

PLANETA DE DESTIERRO

ARCADIUS



GALAXIA
Ciencia · Ficción

Lectulandia

Este libro contiene las siguientes novelas cortas:

Planeta de destierro

El hijo del sol (de Leigh Brackett).

Lectulandia

Arcadius & Leigh Brackett

Planeta de destierro

Galaxia - 08

ePub r1.0

Titivillus 13.05.16

Título original: *Planète d'exil*
Arcadius & Leigh Brackett, 1951
Traducción: René Paris
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PLANETA DE DESTIERRO

CAPÍTULO PRIMERO

—Estoy casi en seco —rezongó Lionel tanteando en un bolsillo los pocos estelares que le quedaban.

—No te preocupes por esto —respondió Jean, con la mirada fija en el raíl que desfilaba a toda velocidad—. Conozco a la joven, no nos hará pagar nada.

El taxi-trineo se deslizaba con un ruido chirriante bajando y subiendo las curvas con brusca rapidez. En cada cruce experimentaban un sobresalto. Con alegría sádica Jean dirige la palanca de dirección. El vehículo se balancea peligrosamente de un lado a otro y Lionel se agarra fuertemente en la barra que les rodea. Como una tromba se adelantan a los otros taxis, cuyos ocupantes se les quedan contemplando con cara despavorida y mirada reprobadora ante su temeridad.

—¡Apártense, sardinas! —grita Jean.

Las luces de la bóveda desfilan a toda velocidad. Debajo de ellos, súbitamente, se abre el puerto. En la parte baja se oye el chirriar de unas cadenas, grúas que giran, hombres con cara ennegrecida y demacrada van pasando bajo la claridad pálida de unas lámparas.

Los han dejado atrás. El aire silba en las orejas de Lionel.

—Venga, corre. Acabaremos por rompernos la cabeza.

—¡Ah, tienes canguelo!

Lionel va a replicar pero un concierto de gritos entusiastas estalla. Viniendo en dirección contraria, un taxi abarrotado de voluntarios les cruza. Sus ocupantes incrustados, no importa dónde, agitan el brazo en dirección a ellos.

—¡Salud, camaradas! —Aúlla Jean.

—¡Mandadlo todo al diablo! —grita uno de los ocupantes—. El dinero no sirve de nada en la cuarta.

—¿Adónde os dirigís? —pide otro.

Pero ya se han perdido de vista.

—¿Por qué no los invitamos? —dice Lionel.

—No vale la pena. Es un lugar tranquilo, que va al pelo, y yo no tengo ganas de organizar ningún jaleo.

—¡Allá tú!

El taxi para bruscamente. Salen de allí, balanceándose aún un poco, metiendo un pie sobre la plataforma de acero. Descienden por una escalera que une el raíl aéreo con la calle.

La borrachera de la velocidad ha pasado ya. Mientras ellos se hunden en la locura de este distrito perdido en la periferia de la base. Nadie se fija en ellos.

—¡No hay más que sardinas aquí! —explica Jean.

Sardinas... una expresión de desprecio que se da a los que jamás han aterrizado

sobre un planeta, que siempre viven metidos en estas latas astronáuticas de hierro, como en una lata de conservas.

Hierro, hierro, hierro. Negro, deforme, basto. Toda la base está construida enteramente de hierro. Todo lo que hay es artificial, aislado, lo mismo que dentro de un submarino. La atmósfera pesa, parece oprimir la cara. Esta gran armadura ahoga. Lionel mira los enormes canales polvorientos que se levantan hacia lo largo de una muralla para comunicar quién sabe dónde. Todo lo que hay es feo, sórdidamente utilitario, tan viejo que uno no puede nunca imaginarse que haya sido nuevo alguna vez. Una fábrica enorme, muerta, hecha con las manos ávidas de los arribistas del progreso. Voracidad de los vientres. También aquí, lejos de la Tierra, de la que él ha huido, el cielo está manchado por la indecente codicia de aquellos seres.

Estos hombres ocupados, limitados a sus equívocos apetitos, engañados en esos bares cegadores, repletos de billares eléctricos y de prostitutas, hormigas insensibles, sin pensamiento, absorbidas por el implacable mecanismo que las sujeta a su destino. La base está rabiosamente iluminada. Droguerías, cines, letreros luminosos, todo empuja al ciudadano a distraerse de la opresiva noche negra que siente a su alrededor. Todos prueban de olvidar la noche negra y fría que les acosa por todas partes, llena de mundos extraños, indiferentes, atrayentes. Decididos todos ellos a no mirar jamás por las ventanas de su hermética casa de acero.

—¿Estás seguro de que no vamos a encontrar voluntarios por aquí? —dijo Lionel.

—¡Qué va! Están demasiado ocupados haciendo el tonto por la ciudad. Hay muchos de ellos que han ido al baile del gobernador a pasar el tiempo contemplando los fuegos artificiales.

—Va a haber jaleo.

—¿Qué quieres que suceda? Además, las sardinas éstas, ya están acostumbradas. ¿Te das cuenta? Todos los años llega su día de marcharse... por eso se callan.

—Deben estar contentos cuando ven que nos vamos, esperando que reventemos.

—En cualquier caso, no se atreven a decírnoslo. Y tienen razón. ¿Te das cuenta? Dieciséis chaveas que vienen, no se sabe de dónde, y que no tienen nadar que perder. Tiemblan como hojas, te lo digo yo. La última vez, un sardina ha estado a punto de que se lo cargaran. Intentó proteger a su mujer.

Jean se ríe, embriagado por este reinado efímero que impulsa a los voluntarios a un desesperado desafío de terror antes de su partida.

—¿Dónde está tu artilugio?

—Espera, ahora llegamos.

Con el dedo señala una insignia en jerga interestelar. Debajo hay una puerta, como la de una carlinga.

—¡Eh, diablos! ¡Parece un avión!

—Es un antiguo almacén. Ha sido acondicionado.

Bajan los dos por una escalera de hierro, restó pintoresco de un cohete, y entran en una sala estrecha y bajá de techo.

Pueden distinguirse aún las viejas paredes del almacén, pintadas en amarillo y manchadas. Un *cabaret*, estilo taberna, que colorean algunas lámparas verdes de luz fría. Las mesas aparecen próximas en la penumbra. En el fondo sobresale un pequeño estrado. Aquí hay de todo: obreros portuarios, traficantes, pilotos, etc., no importa. Un público seleccionado de habituales «Probablemente aventureros», piensa Lionel.

Ante la cortina, que un proyector ilumina progresivamente, una mujer, joven aún, sale de la sombra entre los aplausos confiados de los clientes. Es la inevitable cantante-animadora, sin duda alguna.

La joven se da cuenta de la presencia de Jean, que está sentado al lado de Lionel, muy cerca del escenario. Le hace un gesto amistoso, guiñándole el ojo, y mira a Lionel con interés. Se trata de una mujer hermosa, en el camino de la madurez, como una ruina altiva. Cabellos rizados y trigueños, como formándole casco, y dos ojazos negros y profundos.

—Se llama Flum —dice Jean—. Va a cantarnos algo dedicado.

En la orquesta una guitarra hawaiana, instrumento favorito de las tripulaciones interestelares, preludia la naturaleza, evocando la vida fácil y la Tierra de añiño. Lionel observa cómo Jean se retrepa en su silla, preparándose con éxtasis a escuchar lo que se avecina, como un melómano disfrutando con un fragmento que sólo él conoce.

—*El canto del exiliado* —anuncia Flum.

Inicia su canto con una voz de *mezzo*, algo ronca a causa del aguardiente. Es un canto de guerra, eso parece, de una tristeza áspera. Recuerda algo a *La marcha de los escoceses*, de Juana de Arco. Sí, música cíe regimiento, redoble, pero hay alguna cosa que recuerda ese sueño de amor nostálgico —¿amor de mujer?— que flota siempre sobre la guerra.

«*He soñado en una tierra olvidada por vuestros mapas, donde brillaba una sonrisa desconocida*».

Exilio, sí, destierro. No nostalgia de la Tierra, pero búsqueda de una patria que nunca conoció, en cuyo empeño errará de planeta en planeta, lejos de la Tierra, que ya no es nada para él y que nunca lo ha sido; donde no le esperan más que las caras escandalizadas de sus parientes.

Lionel creía ser el único que experimentaba esta nostalgia; pero, no, nadie está solo cuando está solo, y la cantante muestra, esparcidos por el espacio, a sus hermanos de rostros desconocidos.

La contempla en sus evoluciones, diríase una bestezuela con sus largos miembros y esa piel, pigmentada al parecer, como si fuera de bronce violeta, obtenido artificialmente por medio de las radiaciones de una lámpara o el maquillaje. Su vestido de seda color esmeralda, abierto por los dos lados hasta los muslos, forma contraste con el color de su tez.

—Luego la invitamos —dice Jean, contento al ver el interés de Lionel.

La melodía se desvanece, se extingue igual que la luz del proyector y los

espectadores aplauden al caer el telón, mientras la orquesta prosigue tocando estribillos a la moda.

Encienden las luces de la sala. Ahora llega Flum, que se abre camino entre las mesas. Se sienta y pide un cigarrillo. Lionel mira su cara llena de finas arrugas, sus pechos casi a punto de salirse del escote de su blusa, muy apretada, y con mangas abollonadas, y sus piernas enfundadas en un pantalón de piel. Su tez parece, en efecto, quemada, y sus brazos delgados, casi raquíuticos, muestran sus aristas huesudas en la espalda.

—¿Entonces, es verdad que te marchas?

—¡Pues, sí! —dice Jean, sonriendo con esfuerzo—. Yo mismo lo he solicitado.

—¿Tu camarada también? —dice Flum, volviéndose en dirección a Lionel.

Este hace un signo afirmativo con la cabeza. Flum se le queda mirando largamente, y en sus ojos hay una mirada de ternura, de hermana mayor, eso es lo que a él le parece comprender.

—¿Qué es lo que crees que vais a encontrar allí? —dice ella con laxitud.

—Ya veremos. De todas maneras, ya estoy harto del puerto y de mi trabajo. Tengo un poco de ganas de volver a ver el cielo, no importa cuál.

—Tú tienes la Tierra cuando menos. Tú podrías...

—No, allí me conocen demasiado. Y aquí apenas si se me tolera. Yo no puedo quedarme. Allí, nadie me irá a buscar, mi alistamiento me salva.

—¿Y tu amigo? ¿Ha hecho alguna tontería?

—No —contestó Lionel, sintiéndose incómodo.

—Entonces, ¿amor a los viajes?

—Sí, un poco hay de eso, a decir verdad —contesta Lionel con aire molesto.

—¿Una mujer? No, eres lo bastante atractivo para encontrar quien te consuele... ¿No será por los sesenta mil estelares?

Jean, se ríe.

—¡Ah! ¡ah, sesenta mil estelares para los gloriosos pioneros! ¡Sesenta billetes para mandarte al infierno!

—Me extrañaría que hubiese un tipo capaz de hacer eso por dinero —murmuró Lionel.

Flum se le queda mirando, y le dice:

—¡Ah, sí, te comprendo! Yo también estoy harta de permanecer en esta lata de conservas. Pronto hará veinte años que estoy aquí. Ha habido muchos otros que también se han marchado lo mismo que tú. ¿Cuál es tu planeta?

—La cuarta de épsilon.

—El cuarto planeta a partir de la estrella de épsilon —dice Flum—. Lo conozco. He cruzado por allí varias veces. Está muy lejos.

—¡Muy lejos, sí! —dice Jean con la mirada fija—. Ya lo sé... Puede estar allí... —señala con un gesto evasivo.

Lionel terminó la frase en su mente:

«Puede que allí no encuentre nada de lo que ha hecho de él un residenciado».

—¡Y pronto!... —continuó diciendo Jean, con una alegría forzada—. Van a meternos dentro de un hermoso cohete, bien atados...

—¿Atados?... —repitió Lionel, con una voz carente de expresión para disimular su inquietud.

—¡Pues, sí! —dice Jean, volviéndose hacia él—. Atados unos con otros. Oficialmente se te dirá que es porque hay corrientes poderosas en la superficie del planeta; hay que formar una cordada. Pero yo creo que lo hacen también porque algunos cambiarían de idea en el último momento y así te ponen eso para convencerte de que eres un voluntario.

Flum les estaba mirando con una mezcla de anhelo y temor.

—¿Y cómo te mandan allí? —pidió Lionel, demostrando poco interés.

—Pues meten a los muchachos en unos cohetes individuales autodirigidos. Los habitantes del planeta están prevenidos por anticipado y vienen a recogerte al lugar en que has caído, que, según parece, es en medio de la naturaleza.

—¿Es seguro eso?

—Sí, sí, a su debido tiempo se les advierte por radio. Y además lleváis equipo y suministros a bordo.

Impresionado, prosigue a pesar de su baja naturaleza de bandido.

—Una vez llegado al punto de destino, ni tan sólo te piden cómo te llamas, ni de dónde vienes. Solamente se te conoce por un nombre. Estás allí; eso es todo. Nadie tiene derecho a exigirte explicaciones. Aún el mismo Comendador del planeta es elegido por los mismos pioneros. Los servicios astronáuticos terrestres no tienen nada que ver.

—Lo mismo que cuando una toma el velo de profesa —dice Flum.

Lionel se pone a soñar: ¡Ser los únicos hombres del planeta! ¡Sería formidable!

—Quien quiera que seas, puedes llegar a ser el conquistador de un mundo nuevo, sin importar la categoría de instrucción recibida. Puede uno incluso llegar a convertirse en embajador del Hombre en el Cosmos. Me veo marchar hacia estos horizontes vírgenes, llevando conmigo las últimas creaciones de la técnica humana. En cualquier parte de los confines del mundo un Jefe Supremo os necesita.

Esta propaganda la había leído por lo menos cien veces. El Jefe; este personaje casi legendario que las novelas, las revistas y las películas imaginaban de tantas formas diferentes. Él era quien dirigía a los pioneros como enjambres alejados de las regiones del universo. Cada planeta inhospitalario tenía el suyo propio, un jefe desconocido, perteneciente a los desesperados. ¿Cuántos habría de éstos? ¿Diez, cien, mil? No se sabe. Decían que era el jefe absoluto del planeta. Se ignoraba todavía por los que habían partido hacia este exilio del cual no se volvía jamás, quién era el que llegó a esta dignidad suprema.

¿A qué terrible tarea se dedicarían estos hombres, para que no se les viera nunca por televisión y para que no se oyera hablar de ellos más que a media voz?

En todo caso, se daba una prima de sesenta mil estelares a quien se alistara voluntario.

—¿Pero a qué se dedican?, ¿qué es en realidad lo que hacen estos muchachos?

—No te preocupes más; seguro que no es para el retorno a la Tierra por lo que te han alistado. Eos que están allí hacen lo que quieren: cazan, exploran, y otras cosas por el estilo —respondió Jean, alegrándose ante una perspectiva de vacaciones perpetuas.

—Pero —insistió Lionel—, ¿no hacen antes una especie de prueba?

—Sí —dice Jean, con aire desconcertado—, toda una historia de selección... Al parecer, las cadenas sirven para esto. De todas maneras, nadie ha vuelto y los pioneros que han ido no son gente habladora. No usan su radio.

Flum miraba a Lionel con aire de saber algo más y que no se atreviese a decirlo.

—Tú te has enrolado porque las cosas no te iban bien... —dice Lionel. Su vaga afirmación contenía una pregunta que no se atrevía a formular por discreción o quizá por respeto a la ley de los pioneros.

Lionel se encogió levemente de espaldas.

—Bueno... un día quise examinar toda mi vida y llegué a la conclusión de que mi lado feo era mucho mayor que el bueno. Una vez analizada mi vida, me he sentido como perdido dentro de una cueva. Entonces... es cuando decidí alistarme.

¿Cómo explicarles esos deseos frustrados con palabras lo suficientemente sencillas, esa confusión, que le parecía puramente intelectual? Aunque, por lo visto, parecían comprender.

—¡Eso es como un intento de suicidio! —agregó Flum.

—Como si fueras a salir para irte a... a... Bueno, ya sabes, lo que antes llamábamos parque público, espacio verde, jardín en plena ciudad.

—Sí —dijo Lionel.

Flum le estaba contemplando con un aire que al mismo tiempo que curioso era también de piedad, intentando comprender sus razones. Lionel se percató de ello y, con un gesto de gratitud que disfrazó como deseo banal, le puso la mano sobre el brazo. Ella le correspondió con una mirada de complicidad, sonriéndole. Jean metió la nariz dentro su vaso.

Flum se dejaba acariciar, mientras su pensamiento volaba lejos de allí. Podía muy bien haberse enamorado de Lionel, pero sabía por experiencia que era inútil intentar retenerlo. Y sólo se lamentaba, mirando con resignación a esos dos hombres que cada día querían ir más allá, mucho más arriba, siempre más lejos, dispuestos a la aventura o la guerra. «Esos ideales» que no llegaba a comprender y de lo cual estaba celosa, como toda mujer.

Con un despecho arisco intentó imaginarse a esos dos rostros destacándose sobre la verde penumbra, muy cerca en ese momento, pertenecientes a cadáveres expulsados por los astros, varados en cualquier playa a lo largo de la noche.

Con tristeza contempló la mano de Lionel, cuyo contacto sentía sobre su pecho,

esta mano que tocaría lejos de ella, en algún lugar ignorado, unos objetos de metal frío y negro. Luego se hundiría en un suelo sin nombre. Se disolvería en un elemento desconocido.

Dormitaban en la taberna, que en aquella hora permanecía casi desierta. La noche se acababa, esa noche artificial en la que el alumbrado de las calles era disminuido y se respetaba una queda silenciosa; para el reposo de los habitantes.

Lionel estaba apoyado encima de la mesa, cerca de Flum, dormitando. Jean dormía, vencido por el insomnio. Flum, fatigada, aunque solemne, lanzaba su mirada por encima de su cigarrillo en el vacío.

Lionel, abriendo un ojo, miró la esfera de su reloj. Enderezándose, apartó los vasos de cerveza espesa y dorada que le daban náuseas, sólo con verla, de tanta como había bebido.

—Sólo faltan seis horas —dijo Lionel, mirando las manecillas de su reloj, que le acercaban a su destino.

—¿Sabes una cosa? —dijo Flum—. Aún estás a tiempo de volverte atrás.

—¿Y la prima? —rió sarcástico.

—Eso se arregla fácilmente. Hay muchas maneras...

—No, Flum, todo es inútil.

—¿De verdad deseas marcharte? —dijo ella, mirándole a los ojos—. Si es así, sígueme. Quiero enseñarte algo.

Subieron al escenario, atravesando piezas y corredores. Un delicioso desorden de perifollos y demás adornos se ofreció ante la mirada de Lionel.

Flum, que le precedía, llegó hasta su camerino. Aquí también se veían por todas partes vestidos tirados con negligencia, afeites fuera de sus estuches, chucherías, bibelots ridículos y chocantes. Ella abrió una pequeña puerta de un armario, semejante a esos tan reducidos que sirven para los utensilios de limpieza de los teatros. Lionel descendió detrás de ella por una escalera muy empinada.

—Nos encontramos cerca de la cubierta exterior —dice Flum.

Al final de un estrecho corredor que está oscuro del todo, algo se ve brillar allí, en lo más profundo de la oscuridad. Flum, adelantándose, quedó iluminada por una luz indirecta.

Aproximándose, Lionel se encontró ante una gran ventana que se abre sobre la noche exterior. Instintivamente da un paso atrás.

Abajo, muy abajo, sólo se distingue una masa confusa en la que se presiente la enorme presencia del planeta gravitando. Una niebla envolvía su gigantesco orbe de color amarillento.

Él lo miraba. Era como un enorme diamante que le hubiesen dado para él solo, un peso gigante puesto en el plato de una balanza, y él sobre el otro plato, que remontaba de una sola vez, saltando como una paja bajo el titánico peso.

¡Dueño de todo eso! ¡Vaya regalo!

Contemplaba los mares de color amarillo, los continentes más sombríos, con

algunos trazos verduscos.

Se imaginaba dando vueltas y más vueltas como un paracaidista, invisible a simple vista, perdiéndose en esos extensos continentes desconocidos, extraviado.

A su alrededor la noche tintineaba inmensa. Las estrellas se veían a considerable distancia en profundidad las unas de las otras, no dando la falsa impresión de bóveda, pero sí de vacío real, evidente.

Sin haberse despejado del todo de su borrachera de la noche anterior, se imaginó por un momento verse como un náufrago navegando a la deriva en medio de la niebla, con sus miembros esparcidos extendiéndose por el infinito como una nube. En ese mundo indiferente y formidable era como una gigantesca máquina.

Se cogió a la barra vertical que iba de arriba a abajo del cuadrante del agujero.

Era enorme, muy enorme ese planeta, que avanzaba en el espacio como un barco poderoso y majestuoso a la vez. Los hombres que habían llegado hasta él, ¿qué hacían allí? ¿Qué eran? Quizás eran como unos piojos o polillas dentro de una casa. Solamente Humanos, perdidos en esta inmensidad, completamente desarmados ante lo imprevisible.

De lo alto de la brecha llegó una luz de color anaranjado, que seguramente provenía de un cuerpo celeste que no lograba ver.

—El Sol —dijo Flum.

La expresión le causó asombro. ¡No! La estrella épsilon de la constelación...

Claro que sí. Su sol. Esto era para él, por ahora, el sol. El otro estaba perdido en medio del espacio. El otro no era más que una estrella más en la actualidad.

Flum permanecía inmóvil, absorta, mirando el espectáculo, esperando su reacción.

Lionel, haciendo un esfuerzo, para calmarse, dijo:

—¡Debe de haber mucha niebla allá arriba!

—Todos los planetas son así —dijo Flum—. Esto te ocurre porque nunca has salido de la Tierra, y asimismo las gentes de aquí no se entretienen mirando eso a menudo. No hay nadie más que yo...

Flum extendió su raquíptico brazo:

—¿Ves esto? ¿Y mi piel? He mirado demasiadas veces a través de las ventanillas. Y esto quema. Y más tarde es necesario adaptarse... Voy a explicarte. Esto no depende de los pioneros. Es el planeta quien te acepta o no. Es lo mismo sobre la Tierra, en Australia. La sangre experimenta un cambio.

De golpe, Lionel sintió bajo sus pies el suelo de la estación de relevo sideral que navegaba en el espacio. ¡Qué ambición había suscitado la astronáutica en los hombres! ¡Como parásitos desplazándose de un animal a otro! Era denigrante.

La superficie del planeta iba precisándose. Estaba observándolo con un interés apasionado, como si se tratara de contemplar el rostro de una mujer que se deseara conocer. Viose errando por esos campos. ¿Dueño de un planeta? ¡Como beberse el mar!

—Ahora vamos a entrar dentro de su órbita, el puerto va a girar para poder efectuar el lanza-miento —advirtió Flum.

Lionel subió de nuevo la escalera, temblándole las piernas. La luz artificial le deslumbraba. Se encontró encerrado entre las paredes de la cabina. Miró el desorden que reinaba en la mesa de maquillarse, seguro que volvería a ver una cosa humana. Esta cabina de *cabaret* suspendida encima de un gran cuerpo celeste... Lanzó una rápida ojeada inquietante a las paredes, golpeándolas instintivamente con el puño, como queriendo cerciorarse de la solidez de los muros. Después, pensándolo mejor, y ante esta gigantesca construcción, se sintió seguro.

—Es como si fuera lo mismo que el vértigo —rezongó él—. No hay que mirar ni arriba ni abajo, pero sí asegurarse con ambas manos.

Se dirigió hacia el escenario para alejarse del lugar desde donde había visto el planeta.

—Aún estás a tiempo de rehusar —dijo Flum.

Después balbuceó:

—Después de todo, no se está tan mal aquí...

Contempló el rostro macilento de esta mujer, dentro de esta cabina, llena de paredes desconchadas, con la mesa llena de grasa; por un rincón pasaban los tubos de aireación.

Por encima de todo esto, existía un planeta, fresco como el mar cuando apunta el alba. Flum, el gobernador y los ciudadanos continuarían viviendo allí, aferrados a su lata de sardinas, con su pequeño confort, con su baño calentito en la piscina, todo muy limpio, comiendo los manjares bien condimentados, todo desinfectado, desodorizado, con una sonrisa a flor de labios, como queriendo excusarse de su nulidad.

Miró a Flum a los ojos, respondiéndole ella con una sonrisa enigmática. ¿Alguna treta de mujer para darse importancia, quizás? Entonces con un gesto que ella no estaba acostumbrada a observar en nadie, él puso sus labios sobre su brazo deformado.

* * *

—¿Lionel?

—Presente.

—¿Jean?

—Presente.

Los nombres se sucedían unos a otros con monotonía entre las filas de hombres aún medio dormidos, con los vestidos a medio abrochar. Lionel levanta la cabeza y contempla las vastas bóvedas de acero frío y oscuro que cubren la sala en donde reina el ruido de una gran maquinaria y el misterio de un observatorio. Minúsculos, perdidos en el gran espacio, unos albañiles se desplazan por encima de unas pasarelas

que cruzan por encima de la extensión de suelo alumbrado por unos proyectores amarillos. Un enorme telescopio está colocado allí como un cañón. Solamente en este punto de la base, donde se está en contacto con el exterior, donde se realizan los aterrizajes, las salidas, los mandos, y el turno de vigilancia de noche.

Sobre un andamiaje de acero, como un torpedo, estaba situado el vehículo.

—He aquí el momento —dijo alguien en voz baja.

—Sería mejor decir que es el bólido de Campbell —agregó, riendo, Jean.

Lionel no está aún despejado del todo y, cosa curiosa, le parece que se levanta el día, que apunta el alba.

—Encontrarán todo el material necesario allá —dijo el oficial.

—Si llegamos —apunta una voz.

—Hemos advertido a su destinación. Empezaréis el descenso de madrugada, no veréis grandes cosas y sobre todo no os quitéis las cadenas antes de que los pioneros os hayan encontrado.

—¿Y los que no sean aceptados? —pide tímidamente alguno de los presentes.

—Ya se ocuparán de ello —dice el oficial, con aire brutal que clasifica su carácter.

Los hombres enmudecen: empieza el embarque. En un lado del vehículo, un aprendiz abre una puerta de acero. Dieciséis asientos alineados, inmóviles, frente a frente, de color amarillo caqui. Estas sillas recuerdan quizá a las de cámaras de gas de ejecución. Sombrías, lúgubres, se amoldan a todo el cuerpo, como los sitiales de los antiguos egipcios.

Los mecánicos colocan a los pasajeros en los asientos y ponen los candados a las cadenas con absoluta indiferencia, como si se tratara de una expedición de animales.

—¿Te crees aún en el tiempo en que se metían monos en los cohetes? —vociferó un hombrecillo.

—Déjalo correr —dice otro.

Los mecánicos prosiguen su trabajo desdeñosamente, disimulando con su desprecio el temor que sienten a los voluntarios; que nunca abandonan su condición de sardinas.

Los pasajeros forman un solo bloque contra esta abierta hostilidad y se miran furtivamente entre ellos.

—Espero que podrá pasar a través del «revelador» —dijo alguien con aire satisfecho, sirviéndose de una palabra que había podido oír en alguna parte.

—¿Qué es eso?

—La atmósfera —contestó el otro vagamente.

Ahora ya están todos completamente instalados. Y todos coinciden en mirar el estrecho departamento y por encima de las sillas una larga hendidura horizontal, que sirve de ventana, lo mismo que en un tanque.

—¿Preparados? —dice una voz en el exterior.

—Sí, sí —responden varias voces. Lionel escucha salir de su garganta un sonido

que podría pasar muy bien por una negación.

La puerta se cierra. La oscuridad reina en el interior del vehículo. Los ruidos exteriores se apagan.

No tienen que hacer más que esperar. Se encuentran a las puertas de su destino. Inmediatamente serán lanzados hacia «las tinieblas del exterior».

* * *

Lionel mira ante sí, están frente a frente, inmóviles, empotrados en sus asientos. En la penumbra ve brillar los ojos. Con la mano que la cadena le permite moverse, hay uno que fuma. La gran embarcación parece silenciosa. Los ruidos que antes se sentían y que vibraban bajo sus pies a través del espesor de la cubierta, habían enmudecido. Ningún ruido se oía en el departamento. Lionel contemplaba sus muñecas inmovilizadas, sujetas a la cadena que ataba las dieciséis sillas. El tapizado era frío y blando. Su vecino dormitaba sumergido en espesos sueños de digestión. Lo embarcaron estando medio inconsciente después de una orgía de sesenta mil estelares.

Lionel hace un esfuerzo para pensar, para hacer memoria de cómo había llegado hasta allí. Estaba intentando recordar los preparativos de la salida, el grandioso andamiaje de acero negro, bajo la fría bóveda. Cree volver a oír las voces de los mecánicos, y la frase del hombrecito. Vuelve la cabeza tanto como puede, para intentar localizarlo. Parece estar postrado, inmóvil.

—¡Vaya reunión! —suspira una voz frente a él, hacia a la izquierda.

—¡Si mi mujer me viera! —bromeó un bigotudo que estaba enfrente.

—Mejor para ella que no sea así —respondió calmamente otra voz.

Es uno flaco, de unos cuarenta años, que se ha dejado embarcar con indiferencia irónica.

Reina el silencio. Una vez más el bigotudo se dirige al que antes ha dicho:

—¡Vaya reunión!

—Puede que nos acepten a todos.

—Puede —dice Jean.

—Quizá —repite Lionel. Después se da cuenta del tono en que lo ha dicho: un tono de falsa seguridad. El hombre que está frente a él tira una gran bocanada de humo y aplasta su cigarrillo sobre el brazo del asiento. Cada uno mira el punto rojo que se apaga. Alguien silba una tonadilla que se desvanece en el acto. Lionel quiere mirar hacia atrás: ¿Qué hacen los de abajo?

Súbitamente siente un violento dolor en el estómago. ¿Acaso sentiría miedo? ¿Podían ser los nervios? Pero alrededor de él varias exclamaciones y movimientos le hacen comprender que todos los que están allí han experimentado lo mismo.

Después repentinamente parece como si resbalasen, resbalar, sí. El hombrecito alza la cabeza y murmura con voz blanda, suave.

—Se ha disparado el cohete.

Todos respiran aliviados. Ahora ya no hay modo de volverse atrás.

* * *

¿Cuánto tiempo hace que dura está oscuridad? ¿Horas, días?

El hombre que tiene delante fuma sin cesar, cigarrillo tras cigarrillo. Una voz surge de la negrura, burlona, discordante:

*¡Saturno!, ¡enorme esfera!, ¡astro de aspecto fúnebre!
Presidio del cielo, cárcel que brilla en nuestra ventana,
Mundo presa de las brumas, los vientos y las tinieblas,
¡Infierno hecho de frío y de oscuridad!*

Los versos caen sobre ellos.

—Sesenta mil estelares —repite la voz—. Sesenta mil estelares.

Lionel se pregunta si estará soñando. No sabe en qué sitio están los demás. Le parece que se desliza así durante eternidades, en un movimiento lento, inexorable. Abre los ojos, y mira para volver a la realidad. Los rostros se distinguen ahora mejor. Una luz azulada y amarilla resplandece alrededor de ellos, indecisa. Súbitamente, la cámara parece haberse ensanchado; la escena no se limita ya a dos filas de asientos. Levanta la cabeza alguna cosa de aspecto lívido que está ante su cara. Hace un gesto intentando cogerlo. Se oye el ruido que hace la cadena al moverse. Después se da cuenta que es más allá de la hendidura longitudinal: una gran masa aérea espesa y densa, cuyo resplandor va alumbrando paulatinamente los rostros pensativos que se vuelven hacia ella, uno a uno. Silencio absoluto. El hombre ha dejado de fumar.

El planeta va precisándose poco a poco, a través de la ventana. Todos ellos miran fascinados, intentando imaginarse ya en esa atmósfera amarilla. Unas estrellas brillan alrededor del oscuro astro. Los atrae insensiblemente, con una fuerza lenta pero inexorable.

Se oye la voz de un hombre que habla, habla para sí mismo, con acaloramiento. Nadie comprende lo que está diciendo. Parece defenderse ante un tribunal con una obstinación desesperada, propia de un enfermo mental o de alguien dormido y en plena pesadilla.

Murmura en la oscuridad con voz baja, de sonámbulo. La mano de su vecino le sacude. Parece desvelarse sobresaltado, para seguir otra vez inmóvil, calmado ya.

Contemplando el planeta, piensan de antemano en cómo serán sus paisajes.

Al cabo de un momento, le parece a Lionel que todo se tambalea, lo mismo que le ocurre a un borracho cuando se acuesta. Y a través de la hendidura puede distinguir un océano lleno de brumas, como una perpetua espuma amarillenta, hacia la cual

caen irremisiblemente, como si fueran piedras. Se trata de una caída lenta, una caída que parece que no va a terminar jamás. Están pensando en la Tierra acogedora y familiar que ha quedado lejos, detrás de ellos, ese puntito del espacio que entre la multitud de cuerpos celestes es único para ellos.

¿Antes? ¿Después? ¿Están sumergidos en un sueño o acaban de despertarse?

He aquí su nuevo país, este mar brumoso, reluciente bajo unas nubes oscuras; enormes cabos viscosos a causa de la neblina y humedad, como un mundo recién nacido, salido del vientre de la madre naturaleza. Bajo la constante amenaza de hundirse en él, esta amenaza parece continuamente diferida.

De repente tienen la sensación de que están planeando, sintiéndose ligeros como plumas, liberados, teniendo muy poca consistencia. Sería suficiente una corriente de aire para poder desplazarles.

El aire. Parece como si les faltara aire en la garganta. ¿De dónde sale este hedor de estercolero? Estas nubes negras huelen a heno podrido. Lionel tose, como para despejar su garganta, se ahoga, extendiendo los trazos. Las cadenas que están a su alrededor tintinean. Los pasajeros se debaten desesperadamente. De repente todo oscila y vuelve a adquirir su peso.

Han aterrizado.

La ventana nos muestra un cráter frío, sin límites.

Jean levantándose ha encendido la luz. Empuja la puerta, La lámpara traza por la hendidura de la puerta un haz de luz que se pierde en la noche que les rodea.

Se miran unos a otros. Han abordado en el planeta.

Bajo la luz amarillenta de la lámpara, se ayudan mutuamente para salir de los respectivos asientos. Un ruido penetra en sus oídos: es como una exhalación que no tuviera fin.

Uno a uno van saliendo.

El cohete ha dado un salto como una pelota y se ha tumbado hacia un lado. Miran con los ojos bien abiertos. Es de noche. Poco a poco se destaca en la oscuridad el contorno de la nave. Parece que haya ido a caer contra un gran montículo rocoso. Se mueve, diríase que a causa de unas corrientes invisibles. Lionel está observándolo todo, abriendo unos ojos enormes en la oscuridad. Una espesura negra lo cubre todo: podía uno imaginarse que está en el fondo del mar. Tantea el suelo con el pie: arena, rocas.

Los ojos se van habituando a ver a medida que va pasando el tiempo, distinguiendo al mismo tiempo unos reflejos blanquecinos, después ya se disciernen unos a otros.

—¡Ya empieza el «revelado»! —exclama el bigotudo.

Pero el flaco hace notar al oído de Lionel que este habituarse es una cosa sin importancia, una simple adaptación de la vista a la oscuridad. A todos les ocurre lo mismo.

Después de esta observación se calla. Se da cuenta de que ha sido muy optimista.

Todos están esperando, de una manera un tanto vaga, ver llegar al equipo de salvamento o bien el faro lejano de su refugio.

Ahora se dan cuenta, cuando están ya sobre el planeta que veían antes a través de la hendidura de la astronave, de que nunca más regresarán a la Tierra. Un gemido de temor se escapa de algunos.

Se deciden al fin, y, cogiéndose todos a la cadena, se ponen en fila para marchar, sumergiéndose en las tinieblas. Muy lentamente, Lionel ve cómo van alejándose del armatoste de hierro, parecido a una pieza de fundición iluminada por la luz amarillenta. En esta inmensa extensión extraña, intentan encaminarse hacia donde encuentren luz, esa luz solitaria que es todo su anhelo.

Les parece, con intermitencias, que están atravesando alguna cosa espesa. Unas formas blanquecinas se precisan vagamente, formando remolinos, avanzando hacia ellos a toda velocidad. Van a la deriva, llevados, traídos, golpeados, sin saber lo que tocan, sofocados.

—Rápida la trasmutación —gime—. Me ahogo.

Rápidamente Lionel se apresura a demostrar su capacidad de ayuda mutua, de toda su capacidad de amistad hacia quien hacía poco era un desconocido. Pero los momentos que acababan de pasar contaban por años.

Felizmente tocan de nuevo el suelo con los pies; han dejado de flotar. Continúan su marcha. Cogiéndose unos a otros de la cadena van avanzando. En medio de la columna algunos de ellos tropiezan. Los demás los sostienen.

De repente en esta noche opaca, en la que las formas que se ven no son más que unos contornos de vagas apariencias relucientes, Lionel tiene la sensación de salir de un sueño: la luz no es mayor que la de un eclipse de sol. Todo el horizonte se ve negro, inmenso, sin límite. A su alrededor sólo brilla una masa, pálidamente, con una fluorescencia verdosa, parecida a leche cuajada rodeando la astronave. Están sumergidos en este mar, no cabe duda. Unos acantilados abruptos, de aristas rectas, reflejan la luz, opalescente.

Tiene la impresión de que su pecho acaba de liberarse de pronto, que puede respirar más fácilmente como si dentro de él se hubiese abierto una puerta.

En este momento continúan marchando a ciegas sobre una: playa en la que el mar viene a morir formando una espuma luminosa. Va a sacudir al hombrecito, pero éste permanece inmóvil, como estupefacto. Asombrado, le mira: en la dudosa luz, la mano se vuelve de color verdoso, desecada...

—Déjalo —dice el flaco—. Ha terminado.

En efecto, el hombrecillo ha quedado petrificado, helado, sin duda. Como si fuera de cristal translúcido de un color azul, la claridad de las estrellas lo atraviesa.

Se oyen varias exclamaciones: ha habido otros desgraciados.

—Quitarles las cadenas —grita una voz—. ¡Aprisa! el mar va a arrastrarnos.

Junto con el flaco deshacen las argollas de la cadena que sujetan al hombrecito, que yace sobre la arena. Se desliza. El mar, como una perpetua tempestad de nieve al

nivel del suelo, lo arrastra. Sube y baja una y otra vez como un ciervo volante sobre la playa de un mar ávido.

Otro cadáver se va. Apresuradamente se ponen a correr mientras que el mar los sigue de cerca. En el infinito, Lionel ve esa extensión luminosa de color verde bajo el negro cielo. Corren, corren, sus pies se hunden bajo la húmeda arena, helada como la nieve. A su alrededor dominando el rumor del mar unos ruidos raros como de risas, ensordecían sus oídos. Unos pájaros de aspecto fantasmagórico les rodeaban como alegrándose de su agonía. A su llegada se levantan en bandadas, blancos como la misma espuma del mar. La fuerza de la corriente arrastra la cadena. Lionel tropieza, cae de rodillas, llenándose su boca de espuma.

Nunca hubo pioneros, ni ha existido jamás la colonización. Ha sido un medio para desembarazarse de ellos. Hacerlos extraviarse, como si fuesen niños en un bosque. Nunca más se sentirán al abrigo, ni hartos.

Están todos agrupados, doblando el cuerpo bajo la furia del mar, hundiéndose en la arena. Una ola cae sobre ellos con intervalos regulares; cada vez les parece que no podrán volver a salir a la superficie. Jean esta tendido, en medio de la espuma que vuela, hundiéndose poco a poco. Con su brazo nervudo, remueve enloquecido la arena.

—¡Los sinvergüenzas! ¡Los sinvergüenzas! —repite sin cólera.

Más tarde.

—Me habría gustado ver algo más.

Coge un puñado de arena, que contempla levantando su brazo, y la deja deslizarse. Lionel se inclina hacia él. Sus labios se mueven aún en su petrificado rostro.

—Tú, haz un esfuerzo para vivir.

Su vida mientras, se absorbe en el paisaje. Lionel se levanta.

El alba levanta como una neblina sobre el mar y a lo lejos, se precisa una forma de color negro, corriendo a ras del suelo. Se trata de un vehículo que se detiene. Unos hombres parecidos a robots con armaduras negras, saltan a tierra.

Se apresuran a deshacer las cadenas. De entre los expedicionarios sólo quedan seis supervivientes.

—¡Embarquen! —grita uno de ellos, apoltronado en la silla del piloto—. Vamos a recuperar la carga de los restos del astronave.

—¿Entonces erais vosotros? —exclama el gran flaco—. ¡Por lo menos hace quince minutos que vienen persiguiéndonos! Creía que se trataba de un animal. ¿Por qué no han intervenido antes?

—¿De qué habría servido? —respondió una máscara negra—. No se les puede socorrer. Los que sobreviven deben ser salvados. Nosotros hemos resistido el «revelado».

—¡Vaya, en esta hornada no ha habido canguros —exclama otra máscara negra.

Los van introduciendo en el vehículo. Amontonan los cadáveres petrificados y les

prenden fuego. La llama se eleva frente al mar, crepitando con el aire de la mañana. Lionel ve cómo arden los cuerpos enfundados aún en sus uniformes de la base. El fuego va consumiéndose poco a poco y piensa en que es todo su pasado lo que se ha quemado.

CAPÍTULO II

La jungla y la señal que repiquetea como un tambor. A través de las altas vegetaciones que hay por doquier y que llegan a la altura de los hombros, Lionel hace su recorrido, escudriñándolo todo. Abundan las plantas de aspecto vigoroso, musculosas llenas de fibras, como algas bajo el viento.

Vigila a través de las hojas escarlatas y verdes la silueta del Jefe, rígida bajo la máscara sombría y continúa su marcha.

Levanta las piernas por encima las raíces de un blanco reluciente que se cruzan a través del camino como si quisieran atrapar sus pies en un lazo. De una fuerte patada las rompe limpiamente, saltan a pedazos, y se retuercen como gusanos aletargados. A lo lejos, rocas escarpadas, árboles en los cuales pululan miles de pájaros multicolores, rojos, verdes o azules, con largas colas colgantes. Muy cerca ruge el mar ópalo, con su incesante espuma. ¿Dónde están los enemigos advertidos?

Nada parece hostil; todo es raro, simplemente extraño, pero no tanto como esperaba. Planeta nuevo, nueva patria como es natural.

Desterrados... lejos de la Tierra, hediendo a ozono, a caucho y encerrados. Todos en jaulas, domesticados, hombres, bestias, plantas; la tierra, como una inmensa prótesis ortopédica...

Mejor no pensar en ello. Aprieta con sus manos el corto fusil pavonado. Contra su muslo rebota la espada: casi un machete, un arma de héroe griego. Con hoja que sirve para todo, lo mismo para cortar bejucos, como alimentos, y también para defenderse; un arma amiga.

Un gruñido como la crisis rabiosa de un felino. Se lanza vientre a tierra. Las balas pasan a lo lejos, segando a la altura de un hombre las plantas que exceden el nivel de la abundante vegetación.

Nadie le ha visto. Debe tratarse de una batería volante, con una metralleta de fuerza centrífuga, de poco alcance, lanzando gran cantidad de balas minúsculas y explosivas, que al reventar en el cuerpo agrandan las heridas.

Le parece ver, en lo alto de la cresta rocosa, la máquina, grácil como una langosta, brillando al sol. Ya han vuelto a llevársela, desapareció. Los tiradores han desaparecido también y los ruidos de la naturaleza vuelven a apoderarse de su lugar.

Algo vibra como la cuerda de un violín que se pulsa. Las rocas que hay más allá se iluminan con una luz roja. Lionel levanta la cabeza: el Jefe acaba de disparar.

Lionel se dirige hacia él. Está inmóvil, con el arma aún humeante en la mano. Escudriña atentamente la roca, de donde se desliza una sangre violeta: uno de los atacantes se ha entretenido demasiado. *Mata como si segara, sin cólera y sin odio*, piensa Lionel.

Ya nada se mueve sobre el roquedal; es inútil ir a ver lo que ha ocurrido. Los dos

se sienten bien protegidos por su coraza y su casco, robots impasibles y anónimos.

El Jefe guarda su larga pistola en su cinturón. Los demás se levantan y se ponen en marcha. Sus pies aplastan las plantas con un ruido seco y se dirigen hacia las rocas que están a su derecha. El terreno sube; al resguardo de los enormes bloques de la cresta examinarán la depresión que se extiende más allá.

Al fin llegan, jadeando, y se deslizan sobre las rocas, mientras vigilan con precaución.

Están en el país negro, país de algas, de juncos rezumantes, pesado, salvaje; en tierra de brujos, sueño de reptiles.

La comarca parece formar una inmensa marisma de plantas vivas como las vegetaciones de un intestino gigantesco. Entre ellas aparecen aún más rocas y profundos escarpes. Los límites se pierden en un inmenso espejismo azul prusiano.

El aspecto del paisaje es amenazador; dejando de lado el peligro real que representan los hombres-canguro que habitan allí. ¿Quién sabe si, escondidos en la tupida vegetación viven en profundas cavernas? Se diría que esta región está maldita, como un bosque de manzanillos, o de arenas movedizas. ¿Temor de intoxicación por medio de las plantas? ¿De ser tragados por el suelo? La depresión parece estar en continuo movimiento. Puede que se deba esta impresión al aire espeso que se mantiene sobre su superficie y hace imposible así distinguir los movimientos propios de las plantas de los que efectúan los ocupantes del país. ¿Es una ilusión o es real ese repentino deslizarse de un dorso negro y reluciente, allí a los lejos? ¿Ese ronco aliento, tan cercano, es el del mar que nos trae el viento?

El Jefe examina metódicamente, y con una minuciosidad tal que Lionel se pregunta si en realidad está buscando enemigos o experimenta simplemente la curiosidad de un botánico.

«Sería preciso hacer reventar, remover toda esta tierra con granadas o con bombas, si al menos las tuviéramos», reflexiona Lionel. Casi los ve, como si su mirada atravesara las hierbas, a esos centenares de enemigos que están vigilando sus gestos, apoyados en sus pesadas armas, tan oscuras como la misma vegetación.

—Bueno, todo va bien —dice el Jefe después de haber aspirado profundamente el aire—. Regresemos ya.

Descienden del acantilado y vuelven a hundirse en lo profundo de la selva, mientras Lionel contempla el oleaje que forma la vegetación sobre las colinas a su alrededor.

—Pasa adelante, yo te sigo —le dice el Jefe.

Lionel desciende por los senderos trazados entre la masa vegetal. La noche pardusca empieza a descender, todo se vuelve impreciso. A su izquierda, en lo alto, una roca. En las sombras silenciosas, algo parece moverse cerca de él. ¿Es una falsa alarma debida a la fatiga y al crepúsculo? Parece ver unas cabezas que se mueven, sucediéndose incesantemente. Se diría que se trata de un grupo de hombres, quizá colocados en batería ante una ametralladora.

Lionel se para de nuevo, volviéndose. El Jefe se le une y sigue la mirada de Lionel, que a su vez queda perplejo, también. Este no para de moverse...

Coloca la mano en su casco, y pulsa el control de la alarma radiofónica, inaudible en estado normal, que permite a los pioneros avisarse entre ellos. Lionel conecta su auricular oyendo solamente el sonido grave del aparato. Nadie responde desde el acantilado.

—¡Los adversarios... aquí!

Ante un gesto del Jefe apoya el fusil en su hombro. La ráfaga hace cundir la alarma. La detonación dura largo rato, rasgando el incierto crepúsculo. Allí a lo lejos se ve retorcerse una forma, después se queda inmóvil. Se encaminan prudentemente a su encuentro.

Un enorme molusco acaba de morir sobre la roca; su mismo caparazón es parecido a una piedra. Su masa viscosa estriada de negro, se estremece sin cesar.

Se trata de uno de esos caracoles gigantes que se nutren de plantas y que llegan a ser peligrosos cuando, asustados, se agarran a un hombre, intentando sujetarlo para servirse de él como punto de apoyo.

—Es más extraño y repugnante que otra cosa —dice Lionel El Jefe sonríe:

—¡Confundir un caracol, con una batería de ametralladoras! Este planeta nos va a volver locos.

Ríen los dos, satisfechos, libres por un instante de este insólito clímax. Luego descienden de lo alto, en donde el gran cuerpo colgante forma una gran masa negra.

Muy pronto una luz verde aparece a través del crepúsculo. ¡Por fin, el refugio!

Lionel hace la señal convenida. Otro le responde de igual manera. Allí, en donde tienen su refugio, el hombre que está vigilando ha comprendido. Se aproximan al fiordo. Se recorta sobre el océano que a esta hora tiene un aspecto fantasmagórico.

—Harían falta unas gafas para rayos infrarrojos —dice el Jefe, volviendo a colocar su pistola en el cinto. Dice esto maquinalmente, con pesadumbre, sabiendo que no podrá tenerlos jamás.

Muy arriba sobre sus cabezas, unas luces se filtran a través del roquedal.

Suben a lo largo de los caminos que ellos mismos han marcado en la roca, cogiéndose a las plantas trepadoras que crecen por entre las rocas. La escalera es estrecha, abrupta, imposibilitando por su escarpadura todo ataque. A través de la niebla brillan los respiraderos de acero, incrustados en las sinuosidades que los elementos habían creado. Fijando su mirada en el fondo del fiordo Lionel cree vislumbrar las corrientes arremolinadas, cuya furia hace llegar hasta él, alguna vez, su espuma.

En lo más oscuro de la roca se ve una hendidura iluminada: la de un amplio ventanal que se cierra por un panel corredizo, y que mira hacia el mar, encubriendo como una bestia agazapada, una ametralladora pesada.

Al fin, llega a la cima, y golpea sobre la puerta horizontal. Ante él, se levanta silenciosa, centinela alerta, una ametralladora doble, ligera, cuyo emplazamiento

comunica con el interior de la base.

La puerta bascula, por una fuerza interior. Lionel penetra en su abertura, seguido por el Jefe y la puerta se cierra por su propio peso; hemisférica, ha sido copiada de las de los nidos de migalas. Nada puede abrirlas desde el exterior, y la furia que desencadenan las tempestades no hace más que cerrarlas con más fuerza.

El ruido de los elementos se ha apagado. Sin embargo subsiste un murmullo sordo, lejano, que vibra por todos lados.

Alumbrado por lámparas de luz fría, el estrecho tubo se hunde poco a poco bajo la superficie, Lionel abre las puertas herméticas, parecidas a las de los submarinos que defienden su refugio contra las inundaciones y la invasión de los enemigos.

Llegan al puesto de guardia. Lionel abre la pesada puerta de acero, penetrando en una amplia pieza de la planta baja. Dos pioneros están jugando a las cartas encima de una mesa. Otro fuma su pipa. Por un tragaluz se ve el horizonte nocturno. La cerrazón bate contra el cristal; se creería estar sobre un navío en plena tormenta. Pero aquí reina una calma tranquilizadora.

El Jefe se quita los guantes. Los dos hombres paran de jugar, y levantan sus ojos hacia él.

—Un simple golpe de mano. Un enemigo muerto —añade dejando su casco. Tras un breve saludo, desaparece.

Lionel se quita el casco, se deshace de su coraza, metiéndolo todo en un armario. Encima de los estantes hay una fotografía del primer Jefe, ampliación de una prueba pálida y sin relieve que le da una expresión de estatua. Otras fotos de los primeros pioneros entre las cuales se hallan las de dos mujeres, de las que los veteranos aún se acuerdan. El fumador las mira también de una manera pensativa.

—Tú no las has conocido. Son las únicas que habían evolucionado debidamente. Ya no quedan muchas de éstas en las actuales expediciones.

—Sí —dijo uno de los jugadores—. Y si llega alguna evoluciona en canguro. No hay suerte.

—Esto demuestra que las mujeres superiores son escasas —dijo sentenciosamente otro jugador.

—¡Desde luego! —bromea el fumador—. Si yo hubiera evolucionado como canguro, no estaría aquí fastidiándome.

Lionel se siente fatigado, mira las viejas revistas, los libros, los hojea negligentemente, duda, y luego exclama:

—Voy a acostarme.

Los otros levantan una mano en señal de salutación y continúan jugando.

Lionel se dirige a su alojamiento. Todos acostumbran dormir a esta hora, con excepción de los centinelas. Su cama plegable le espera. Se lanza sobre ella, contempla meditabundo a través del estrecho ventanuco que deja pasar la luz del mar. A lo lejos se ven brillar las playas de arena dorada. Más allá... ¿quién sabe? Desconocido, como la Tierra en los tiempos de Marco Polo. Se puede imaginar lo que

se quiera... animales fantásticos, ciudades extrañas, o nada más que este mar ópalo...

* * *

Se duerme, soñando en exploraciones sin término por ese mar brumoso.

El incesante temporal de los elementos contra su refugio, su ronco silbido, le parece a Lionel oírlo a través del ventanillo detrás del cual está tendido. Pero detrás del cristal convexo, este mar de nieve agita en silencio sus torbellinos de espuma y le hace el efecto de una bestia compuesta por millares de otras bestias, de una hidra de innumerables cabezas que le espera a la salida del refugio para atacarlo y apoderarse de él. Contempla con atención eso que parecen nubes frenéticas agitadas, ese elemento tan difícil de definir que compone el océano, y que en un asalto incesante se abate sobre el fiordo y se ha apoderado de ese planeta para siempre.

Pero aquí, contra la roca escarpada, ese «nido de gaviotas», el mar ruge en vano; es muy fácil que no exista ningún lugar más como este refugio, desde el cual se pueda verlo tan de cerca.

Siente que alguien se mueve detrás de él y se vuelve. La imponente masa de Michaël está allí. Está contemplando el espectáculo también.

—¡Curioso espectáculo, no! Se diría que es aire líquido; una cosa que se mueve de esa manera y con tanta bruma encima... parece como si tuviera aire en su interior y estuviera evaporándose sin parar.

—¿Pero hay nubes?

—Sí, nubes de vapor de agua, pero no proceden de aquí. No llega a condensarse en el aire. Es invisible.

—¿Entonces, como se origina aquí el sistema fluvial con estos elementos?

—No se sabe. ¡Oh!, hay aún mucho trabajo a realizar antes de tener una idea sumaria del planeta. No hace más que diez años que hay hombres aquí. Los primeros cohetes que llegaron no indicaron otra cosa sino que aquí teníamos aire, agua, una gravedad normal... ¡y, eso es todo! Ahí tienes una cosa al pelo para nosotros. ¡Imagínate: no es necesario pensar en escafandras ni en llevar alimentos! Se atan los muchachos como paquetes, y ¡allá va! ¡Luego que se conviertan en pioneros, u hombres canguros...!

—Me han hablado de la Ciudad de los Pájaros —dijo Lionel meditabundo—. ¿Es de verdad una ciudad de pájaros?

—Yo creo que más bien se trata de algunas colonias de pájaros que se han afincado en las ruinas. Una ciudad muerta, ¡vamos! ¿Acaso te interesa? Bien, ven si quieres conmigo al observatorio. Me parece que podrás ver algunas fotografías de las que se han tomado de todo esto.

Los dos descienden por una escalera estrecha, cortada en la misma roca, y abren una puerta maciza.

La pieza está en la penumbra, apenas iluminada. Sirve también como estudio de

revelado. Un pionero está vigilando el revelado de una prueba sumergida en una cubeta y los saluda con un vago gesto de la mano.

—¿Quién hay de patrulla?

—Mario y Luigi. Aún tienes tiempo para tu turno, acaban de marcharse.

El hombre se absorbe en su trabajo. Michaël se dirige hacia las colecciones de documentos colocadas cerca del periscopio. Toma de allí algunos archivadores llenos de fotografías transparentes y en colores.

—Ves, esto es lo que se manda por la televisión a los Servicios Astronáuticos.

—¿Y ellos qué dicen?

—¡Oh! ¡Sabes, hay tantos planetas! Se debe tratar de un colilla encargado de contemplar esto tres veces por año. A cada emisión nos confunden con los tipos de la octava. Incluso una vez, nos han tomado por la novena de zeta. Como no se han encontrado todavía especies evolucionadas ni recursos... no están muy dispuestos a mandarnos ayuda. Continuamente hemos de reclamar material.

—Total —interviene el hombre que contemplaba la cubeta—, no tenemos ni tan sólo una idea vaga de la geografía del planeta. Más allá de un radio de treinta kilómetros nos hallamos en plena incógnita.

Michaël maneja pensativamente entre las colecciones de fotos sin dejar de refunfuñar:

—¿Cómo quieren hacer una exploración metódica con esos endiablados hombres-canguros? No somos más que sesenta y hay que dejar aquí permanentemente una guarnición bien provista. Esos degenerados... no hacen más que traicionar nuestra misión de conquista. ¡Y pensar que forman parte de la raza humana! ¡Además... un planeta, es un buen trabajo! Y no es cosa de visitarlo como paseando por un jardín, como dice el Jefe.

Coge algunas fotos para contemplarlas a la luz.

—Toma, ahí tienes unas vistas de la Ciudad de los Pájaros.

Lionel las contempla. La ciudad levanta sus murallas y sus terrazas, hundida a medias en el mar como una antigua ciudad en el desierto. Se diría que se trata de un buque varado en la playa. Inmensa, altiva y vacía. Recorre con su mirada las avenidas desiertas y esto le hace pensar en las ruinas de las termas romanas; una Amsterdam, una Aigues-Mortes, de ensueño, una ciudad bárbara y decrepita llena de canales. Motivos ornamentales de metales de varios colores presiden sus pórticos macizos. En las alturas no se ven más que bandadas de pájaros graznadores, de blancas plumas como los cisnes. ¿Serán quizás animales domésticos de los primitivos moradores que, cuando la ciudad fue sumergida, regresaron al estado salvaje? ¿O —Lionel se detiene ante este pensamiento— los antiguos habitantes metamorfoseados, degenerados? Como los hombres-canguros, simples supervivientes de unas expediciones que cambiaron totalmente cuando llegaron, produciéndose la evolución de su sangre de una manera total y, vueltos al estado salvaje, se han convertido en los adversarios irreductibles de los pioneros.

Michaël le indica con su dedo una foto:

—¿Sabes?, estos pájaros... son los mismos que acogen a las distintas expediciones. Has tenido que verlos tú también, cuando llegaste. Nadan encima del mar. Es posible que sea eso lo que hace que todo el mundo los encuentre impresionantes. Independientemente de todo lo dicho no hay mucha fauna. Caracoles, lobos, bueyes almizcleros... Nada peligroso. El Jefe los caza, para hacerse vestidos con su piel.

—¿Y debajo del mar?

—*Habría que descender* —contestó Michaël con una mueca—. Ya hay quien lo ha hecho: Didier. Está convencido de que *allí es donde está la verdadera fauna, la vida...* Mira, estas son las fotos que ha tomado.

—¿Con escafandra?

—No, no. Con casco. Simplemente, no hace falta otra cosa que filtrar el aire, ya que el líquido lo contiene.

¡Sumergirse allí! Lionel imagina este océano formidable, fluorescente, durante la noche... toma sus fotos: debajo del mar también, y encuentra allí las mismas anfractuosidades, recortadas por las propiedades disolventes del líquido.

«No se visita un planeta como quien pasea por un jardín». Se necesitaron miles de años para llegar a conocer la Tierra y muchas cosas raras continúan siendo inexplicables. Y en la superficie de la Tierra ¡hay tantos mundos distintos!

¿En qué fantástico país se ha situado el famoso rey-Pez o pez-Papa del que hablan las narraciones semilegendarias de los viejos pioneros? Lejos, hacia el Norte, dicen, en esa comarca brumosa que es el equivalente del círculo ártico de la Tierra.

—Evidentemente, si juzgamos por las fotos, el suelo submarino es poco explorable a causa de su relieve. A veces —cuenta Michaël—, los nadadores creen distinguir entre las rocas de jade verde y amarillo, arcos, construcciones, muelles... Construcciones difícilmente diferenciables de las rocas por ellas mismas. La vistas evocan, sin poderlo remediar, los clisés tomados al infrarrojo: cielo negro, paisajes rutilantes.

—Al principio, los pioneros partían a la ventura, se esparcían —explica Michaël—. Así fue como experimentamos terribles pérdidas. Y entonces determinamos encerrarnos todos aquí, y nos instalamos lo mejor posible.

—Sí —intervino el hombre, sin abandonar su trabajo—, como decía el anterior Jefe, el que desapareció, «no hacemos más que *camping*». Y como *él era quien mejor conocía el planeta, oficialmente...*

Lionel sueña con ese país «lejos hacia el Norte» que los primeros pioneros apercibieron apenas, los hombres-canguros poco numerosos no significaban una seria dificultad en aquella época, y en ese país de grandes cavernas brumosas... En el conocimiento del planeta estamos limitados en la actualidad a conjeturas, deducciones, relatos improvisados y poco exactos. Todos los esfuerzos tienden a un mismo objeto: subsistir, resistir a los adversarios, incrustarse primeramente en el

fiordo, como una colonia de ostras en las rocas. Luego... Lionel se ve ya partiendo sobre el gran mar lechoso...

Un redoble de tambor le produce un sobresalto: la señal de alarma suena en el megáfono del observatorio. Imposible soñar. Se lanzan todos hacia el puesto de guardia donde están almacenados los equipos. Rápido, el casco, las botas. Ya se ve a los pioneros dando vueltas por allí en busca de sus pertrechos. Lionel no puede por menos que reconocer su rapidez, la seguridad de sus gestos, debida a una larga costumbre. Se precipitan por los estrechos tubos ascendentes, llevando con ellos armas y equipo mientras terminan de vestirse.

Lionel abrocha su cinturón, que sostiene las cartucheras, se coloca la coraza flexible, ajusta el casco, se transforma en un caballero negro.

El redoble del tambor se precisa en el auricular: se diría que se golpea nerviosamente una piel de gato con los dedos. Este ruido no procede del puesto de vigilancia, pero sí de un pionero aislado, allí en lo alto, entre el matorral, la señal no es mecánica.

Sube las escaleras. La luz de fuera cae repentinamente sobre él: el aire y el ruido exterior irrumpen.

—¡Por allí, por allí! —grita una voz más angustiada que asustada.

Siguiendo los pasos de alguien que sube ante él Lionel se desliza. El tableteo de una ametralladora penetra a través del ruido del mar.

Sin darse cuenta se encuentra de cuatro patas en lo alto del refugio. Las balas se aplastan con un ruido suave. Un hombre le mira, huraño, sangrándole el brazo. Otro, sobre la escalera que asciende titubea, herido mortalmente por las balas. Crispa con fuerzas sus manos en su pecho, tambaleándose mira hacia abajo, en el profundo del fiordo lleno de torbellinos de espuma y cae.

—¡Mario! —grita el otro, mientras el cuerpo desaparece en la bruma, lo mismo que se tira un saco.

Morgan comprueba su fusil.

—¿Tú los ves? —pide Lionel.

Lionel da una ojeada por detrás de la roca, mientras que seis brazos intentan herirle. Un gran cuerpo violáceo da pequeños saltos desde el otro lado del fiordo.

—¡A tanto se han atrevido, estos sinvergüenzas! —Gruñe una voz.

—Luigi y Mario han sido cercados por esos tipos —explica otro. Los hombres-canguros han atacado por el lado del mar.

Lionel intenta vislumbrar en esta posición incómoda, y a través de la niebla, como un velo de gasa, la otra ladera. Felizmente, también los oculta a ellos de los ametralladores.

Una nueva ráfaga tabletea. El gran cuerpo violeta, aún sigue en pie, pero algo que está cerca de él se cae, dando vueltas a lo largo de la vertiente invisible, brillando de una manera furtiva al sol. La ametralladora ha sido alcanzada.

Un fuego abundante se cruza entre los contendientes. Unas siluetas desgarbadas

se dispersan.

—¡Un petardo! ¡Aprisa! —grita Morgan.

Una orden suena en el casco de Lionel; la voz del Jefe:

—Seguidles.

La otra cara del fiordo es limpiada a tiros. Después, los hombres —una media docena— bajan la escalera hacia el matorral, tirando al azar, para limpiar el terreno.

En el fondo del fiordo, el cadáver de Mario era visible aún, el elemento era poco profundo en este lugar. Yacía de espaldas, con los ojos abiertos, inmóvil sobre la blanda arena. Parecía mirar pensativamente a los pioneros de arriba, a través de la capa de ópalo. Después sobrevino una fuerte corriente, llevándolo mar adentro.

Acaban de atravesar la zona de niebla y pueden distinguir abajo la gran extensión de vegetación llena de alambradas: los hombres-canguros se repliegan.

La pistola manejada por Morgan tira para rodear a los fugitivos; en el mar movedizo de las plantas se abren grandes agujeros.

—Un lanzallamas, rápido, para limpiar la jungla —grita Sylvestre.

—Y prender fuego a toda la región —concluyó con voz pausada Antoine, el capitán—. Si alguna vez nos mandan alguno desde la Tierra yo los esconderé. —Y volviéndose hacia Lionel—: Lionel y Sylvestre, vayan a examinar de cerca las rocas.

Lionel sonrió: ¡Vaya con Antoine! Siempre un hombre de mundo. Uno de los pocos que os tratan de usted. No para mantener las distancias, sino para conservar un aire de vida civilizada y cortés en su absurda situación.

Seguido por Sylvestre, bordea la costa rocosa. Los dos suben con prudencia, bien agachados para no ofrecer un blanco, y con rapidez, el dedo apretando al gatillo del fusil, presto a disparar, la culata bien sujeta contra la cintura.

—Han llegado hasta aquí, habrá que hacerles perder esta costumbre —dijo Lionel.

Cuando regresaban, pudo ver detrás de sí, en la otra vertiente del fiordo donde estaba instalada la batería: la ametralladora está allí, destrozada y dos cadáveres a su lado.

Sylvestre se agacha súbitamente, y agarra un cuchillo en forma de F mayúscula. Lo examina, hace que la luz lo ilumine. Es un arma como las que se emplean en el Extremo Oriente de la Tierra; un instrumento arrojadizo que cae siempre sobre una de sus dos extremidades: arma traicionera, tomahawk ideal para esa región de bosquecillos, como el búmeran lo es para el salvaje australiano.

Sylvestre esconde algo más la cabeza entre sus hombros, por aprensión. Con una sonrisa forzada contesta a la de Lionel que ha visto su gesto.

—En estos instantes deben pensar más en correr que en intentar una emboscada —dijo Lionel.

De común acuerdo se separan varios metros, uno a lo largo del flanco rocoso más cercano, vigilando las playas rocosas, Lionel se dirige hacia lo que divide la vegetación del acantilado.

Las detonaciones se esparcen por entre la maleza. Dispersados, aparecen unos agujeros oscuros, de donde salen unos hilos de humo, perforando la vegetación. Unas ráfagas de fusil se oyen de vez en cuando.

Prudentemente Lionel y Sylvestre se adelantan. Muy pronto ven aparecer la cresta rocosa que delimita el país negro.

Levantán los ojos: la ladera está vacía.

Se encaminan hacia la jungla. Llegan al nivel de los otros pioneros que adelantan rastreando. La pistola dispara de tiempo en tiempo hacia la cresta.

Pronto se amparan en la vegetación que les cubre más arriba de los hombros.

Se oye un graznido. Sylvestre se echa al suelo, apuntando con su fusil. Lionel levanta la cabeza: encima de ellos, a cinco metros, un pájaro grazna. Han confundido su grito por el sonido de una ametralladora. Se encogen de hombros, despechados, luego estallan a reír.

Al cabo de poco se reúnen con Antoine y el resto de los hombres. Discuten entre ellos, inmóviles a cierta distancia del pie de la cresta.

—Verdaderamente se arriesgan mucho al venir hasta aquí —dice Morgan, frunciendo su nariz aguilina bajo sus cabellos negros y cortos.

—¡Bien! Simple maniobra de intimidación —replica Antoine—. Lo que ellos buscan es alejarnos de aquí por el terror, haciéndonos creer que este lugar es insostenible.

—Será necesario ir allí algún día, a este valle —interviene Lionel—. No se puede continuar viviendo como hasta ahora.

—Sí —dice el capitán con aire de duda—, pero ellos están allí en su territorio, del que nosotros no conocemos nada. Ni siquiera sabemos en donde se meten allí dentro. Tendría que ser muy tonto el que se arriesgara.

—¿Y unas bombas? —pregunta alguno.

—La Tierra no las mandaría nunca. Y después, esto sería como tirar a ciegas. La pistola no sirve para nada en estas algas. A mi entender sería necesario rodear la depresión y atacarla por el otro lado. Quizás de esta manera tendríamos más suerte.

Los desamparados pioneros, miran hacia el fiordo que parece un abrigo muy precario en la inmensidad del paisaje que les rodea.

—¡Oh! Lo que ellos quieren es desalojarnos de aquí, ésta es la verdad. Luego, en cuanto aventurarse en una expedición lejos del refugio... —dice Sylvestre jugando con la visera de su casco que baja y levanta de una manera maquinal.

—¡En marcha! —dice el capitán.

Todos se dirigen al refugio.

—¿Habéis tenido enemigos?

—Sí —dice alguien—. Uno. Por allá.

—Bien. Morgan, ocúpate de los cadáveres.

Seguido de Lionel y de Sylvestre, Morgan se dirige hacia la cuesta, llevando la pistola de grueso cañón. Llegan a la vista del cadáver de un hombre-canguro. Morgan

tira. Una masa incandescente queda fulminada, desapareciendo de repente. El cuerpo no es ya más que un montón de cenizas que se esparcen bajo el viento.

Se dirigen hacia el fiordo, en busca de la ametralladora. Ha quedado totalmente inservible, su frágil metal está retorcido a causa de las balas. La rotación del cargador que gira constantemente permite, utilizar la fuerza centrífuga, empleando proyectiles pequeños en gran cantidad, cuya ligereza queda compensada por la fuerza de propulsión; pero cada ráfaga, aun al emplear una gran cantidad de municiones, es breve. Es el arma ideal para las escaramuzas y los ataques relámpago.

Dos tiros sobre los cuerpos de los servidores; trabajo éste obligado para evitar la putrefacción, peligrosa en este clima en donde el viento sirve de transporte para los gérmenes. La ametralladora se pone al rojo vivo, quemándose como una brasa. El viento sopla.

Regresan.

Están sentados en la rotonda, alrededor de la ancha mesa. Unas tapicerías de lana, gruesas pieles de animales, escondían las vastas paredes cortadas en la roca. Más allá de las ventanas de forma ojival, el mar movedizo, cuya claridad lechosa iluminaba la sala.

Lionel miraba el célebre sombrero del Jefe presidiendo la mesa; ancho, con las alas plegadas, como un tricornio estilo Luis XIV 3 adornado con colas de lobo gris, colgantes. Se diría que era el sombrero de Cagliostro. El mismo Jefe se parecía a una marioneta cualquiera de aspecto fantástico. Sus refinados vestidos de piel habían sido coreados por sí mismo, sus largas botas de negro cuero le daban el aspecto estilizado y aristócrata de una garza. Sea la causa de su impasibilidad, o bien por el hecho de la costumbre de bajar siempre la visera de su casco, al contrario de los pioneros que descuidaban esta precaución para así airearse mejor, ¿sería quizá para aislarse?, ¿para dar un ejemplo de prudencia? Esto había sido el motivo de que le pusieran un sobrenombre o apodo. El de «la Máscara de Hierro». Su fina ropa, sus dedos llenos de anillos, que incluso llevaba sobre sus guantes, encaminaban a Lionel a pensar que él debió conocer en la Tierra otra vida en extremo elegante y fastuosa. ¿Millonario? ¿Modisto? ¿O quizá no pudo manifestar esta parte de su faceta más que aquí?

De hecho, todos —éste era su único lujo— llevaban unos tocados originales: anchas boinas negras, propias de los románticos estudiantes alemanes, gorras de diversas telas. Da palma de la originalidad pertenecía por derecho propio al Gran Mogol, nombrado así, a causa de su gran barriga, de su placidez llena de dignidad y sobre todo de una extraordinaria gorra de brocado, igual que un tocado de una mujer del Renacimiento, oro y verde, del cual pendían unas tiras de seda, que había encontrado sobre una playa, arrojadas por el mar, proviniendo sin duda, de una de las ciudades sumergidas.

—Bien. Treinta: hombres quedarán aquí de guarnición, para caso de ataque. Los otros treinta serán escogidos entre las tres falanges y partirán con sus capitanes. Convendrá patrullar alrededor de nuestro refugio, tanto más cuanto hay por aquí

gente nueva que no conoce estos lugares.

El Jefe reflexiona un momento.

—Esto les distraerá de los últimos acontecimientos. De cualquier modo, los enemigos no volverán tan pronto después de la recepción que se les ha hecho. Calma, pues, por el momento. Mientras tanto, voy a estudiar el problema de los hombres-canguros. Con ellos aquí no habrá manera de llevar a buen término nuestras tareas. Será necesario, cuando regreséis, resolver de una vez este asunto.

Se levanta. La asamblea se disuelve.

Algunos instantes más tarde, Morgan y Lionel penetran en el garaje que está al nivel del mar. El suelo, de suave pendiente, desciende hasta bajo el agua. Los vehículos están allí alineados, con enormes flotadores, sobre los cuales está colocada una sencilla cabina.

Evocan el deslizador hidroneumático y el hidroavión.

—¿Vamos en dirección a la ciudad de los pájaros? —dice Morgan. Iremos solos: los otros ya han estado allí y conocen el lugar.

—¿Queda lejos?

—A un día de viaje. Llegaremos mañana por la mañana.

Con sus ojos grises examina atentamente los vehículos. A su alrededor, los pioneros escogidos para patrullar se apresuran a comprobar la elasticidad de los flotadores trepando en la cabina, controlando el buen funcionamiento de los motores.

Lionel inspecciona los instrumentos de viaje que Morgan ha escogido. Los dos se apoyan en los flotadores y el vehículo se desliza hacia el mar. Pronto se balancea sobre el oleaje, ligero como una piragua, de una estabilidad perfecta, e inmejorable.

Los dos pioneros, izándose, se instalan en la cabina. Alzan su brazo en dirección a los otros que los saludan dando gritos de regocijo.

—¡Cómo vamos a divertirnos, imagínate! —dice Sylvestre.

—Un coche por la sabana, tendremos que agarrarnos bien.

Morgan se sienta en la silla del piloto. Desde el sitio de mando, puede ver por todo su alrededor y también bajo sus pies, lo cual era indispensable a causa de la altura. Lionel se mantiene agarrado a unas anillas de hierro que hay en el interior de la cabina. Evidentemente no es en absoluto nada confortable. Todo el cuidado había sido dedicado a la creación de estos flotadores neumáticos aptos para todos los terrenos.

En cuanto a los pasajeros... es necesario sujetarse fuertemente.

—Espero que no van a divertirse estropeando los vehículos contra las rocas —dice Morgan—. Su flexibilidad tiene un límite.

El motor vibra y el vehículo despegas como una flecha. Lionel contempla el mar que va deslizándose, mientras Morgan pilota. ¡Qué embriaguez se siente planeando encima de las aguas, que se arremolinan como un torbellino, libres como gaviotas en la tempestad! Creían bañarse en las nubes.

Siempre el mar que se extendía hasta lo infinito, sin punto de referencia. El

tiempo pasa insensiblemente para ellos que sienten la impresión de haberse convertido en delfines que se divierten, tal era la impresión que el rudimentario vehículo les daba con la sensación de moverse por la fuerza de sus propios músculos.

La noche se les echó encima rápidamente. El brillo del océano duró algunas horas aún, extinguiéndose lentamente. Lionel miró el cuadrante de orientación.

—Existe una isla de arena cerca de la ciudad y un arrecife —dice Morgan—. Supongo que era una colonia vecina a la ciudad antes de sumergirse. Vamos a pasar allí la noche y mañana abordaremos en la ciudad.

Poco a poco fue apareciendo sobre el tenue resplandor del mar, una masa oscura. Luego una mancha negra hacia el Oeste. Los flotadores arañaron pronto una arena espesa.

Morgan y Lionel sacaron sus sacos de dormir y se hundieron en ellos. El océano a su alrededor no se revelaba más que por su murmullo ininterrumpido. Luego Lionel sacando su brazo fuera de su saco, agarró el fusil.

—¿Y la guardia? ¿No hay peligro?

—No. Algunos pájaros demasiados curiosos que te cosquillean la cara, esto es todo.

Se durmieron. El mar susurraba sobre la arena...

* * *

Es aquí donde comienza el mar, sobre esta playa fangosa hecha de aluviones, y que no es más que tierra impregnada de líquido.

«Seguramente no se trata de una vieja colina», piensa Lionel. ¿Pero... y esta ciudad?

Los pies se hunden en este suelo húmedo. Deben apresurarse para irse de allí. Esta especie de pasta de cristal transparente está llena de arrecifes en donde crecen árboles con extrañas hojas de color violeta.

De repente, a alguna distancia, Lionel cree distinguir unas formas sobre el brillante suelo. Toca el brazo de Morgan. Éste ni tan solo se mueve, ni demuestra sorpresa alguna; parece saber de qué se trata.

—Esto viene de allí —dice él.

Señala con su derecha una gran roca.

Se aproxima hacia las formas.

Allí, en donde el agua muere, una cosecha de hombres, tres cadáveres, de pie como cariátides. Petrificados, transparentes, sepultados de medio cuerpo, contemplan el mar con ojos indiferentes, o quizá duermen con los párpados cerrados.

—A este lado está el arrecife cuya corriente arrastra a los cohetes dice Morgan. Vamos a cruzarlo en el vehículo.

—Es necesario que nos vayamos ya —dice él, dirigiendo sus prismáticos en dirección a la lejana silueta de la ciudad.

Lionel contempla con aire pensativo estos cuerpos arados sobre la playa. Incorporados al reino mineral, no son más que rocas de forma humana.

Vuelven hacia el vehículo, y suben a bordo, metiendo los sacos de dormir en el interior. El aparato arranca, deslizándose por la arena, vira de bordo y se eleva rozando el mar.

—Hay una gran cantidad de corrientes alrededor de la ciudad —dice Morgan—. Estos torbellinos corren alrededor de las construcciones, y esto ocurre sobre la parte sumergida, y es muy peligroso. Vamos a detenernos en el arrecife. Desde allí veremos por donde es posible abordar.

El arrecife se muestra enorme, negro y escarpado. Las aguas se arremolinan continuamente, llegando su espuma hasta la roca. Una vasta cavidad se extiende en su base, en donde el líquido elemento agita un enorme apelonamiento de cohetes destruidos, y residuos que se arremolinan en la corriente. Bajo la sombra aplastante y fúnebre el mar juega ronroneando y entrechocando los cascos destrozados. A su alrededor, hasta donde alcanza la vista, nada más que la desierta soledad.

Es pues allí, en este planeta perdido, en este mar que se remueve como un animal en su fosa, que es el banco donde vienen a naufragar tantos destinos y frágiles esperanzas. Lionel se acuerda de pronto del lugar desde donde durante la noche él estuvo contemplando junto a Flum este planeta por la estrecha ventana. Vuelve a recordarla entre las chucherías esparcidas y el calor de su camerino, notando la diferencia notable de las cosas... «No se está tan mal aquí...».

El vehículo rodea el arrecife y amarra en una zona tranquila. Trepan hacia allí. Desde aquel lugar pueden distinguir mejor la ciudad. El mar bate llenando de espuma sus pies.

A lo lejos, surgiendo entre los vapores, lo mismo que la legendaria catedral sumergida, se distinguen los puntos elevados de la ciudad de los pájaros. Se diría que se trataba de una torre de varios pisos; sus paredes de un verde manzana opalescente, sus cúpulas de oro rojo son insólitas, como un espejismo sobre la vasta extensión marina.

De repente, Lionel se exclama; Morgan dirige la mirada a lo bajo: al fondo del arrecife, unas sombras deslizan entre los remolinos blancuzcos.

—¿Animales submarinos? —dice Lionel, llevando la mano a su espada.

Morgan vuelve a mirar con más atención. Una brusca depresión se origina en el agua, poniendo de evidencia de lo que se trata: son hombres. Quince hombres y una mujer, encadenados los unos a los otros, dando tumbos en el mar, en una danza fantástica y fúnebre a la vez.

—¡Cayó toda la expedición! —dice Morgan—. ¡Ah, perdieron la jugada!

La resaca se los lleva, a lo lejos. Desde su lugar elevado, fuera de la zona brumosa, los dos pioneros pueden ver a los ahogados navegar a la deriva, girando siempre, el rostro huraño.

—Hay muchos cadáveres por aquí —dice Morgan—. La corriente lanza siempre

a los ahogados hacia estos lugares.

Lionel piensa en la agonía de estos hombres, que sin duda: alguna han entrado a ciegas en el mar, y llevados por las aguas, incapaces de deshacerse de sus cadenas...

—Vamos —corta bruscamente Morgan.

Se dirigen hacia el vehículo, descendiendo la cuesta y dando la espalda a esta roca siniestra que se erige como la imagen de la fatalidad. El motor se pone en marcha.

La ciudad se eleva a medida en la densa bruma. Poco a poco sus muros, sus avenidas, sus ventanales se precisan, desplegándose ante nuestra vista.

Todo a lo largo el mar ruge enfurecido.

Amarran el vehículo en lo que se ha convertido en un muelle. Levantan la cabeza: se diría una enorme torre con varios pisos. Está construida con un material transparente parecido a ciertas piedras preciosas. Trepan por un plano inclinado y penetrando por un ancho porche desplomado. Ante ellos, a través de los vapores se extienden unas desérticas avenidas. Una ciudad de terrazas, extraña, en forma de embudo, que recuerda el interior de un coliseo. En todo lo alto se veían unas aberturas en forma de arcos: esto evoca a un decorado de teatro o una: ciudad bombardeada. Un metal parecido al oro rojo cubre las piedras.

—Ven a ver. Aquí hay algo, que es muy curioso —dice Morgan.

Se introducen en el interior de la ciudad. Vastos escalones, como en los alrededores de las catedrales, rodean las construcciones. Se encuentran frente a un raro monumento. Una hilera de arcos de un material negro transparente, rematados de un metal rojo. Bajo cada vuelta está suspendida una lámpara especie de estilo árabe. ¿Para qué sirve? No se sabe.

Calles en hilera, vertiginosas, insólitas. Todo parece construido al azar. Es necesario seguir trepando por allí, escalar este espantoso laberinto, que parece construido por gigantes. Cabalgan, saltando sin parar de terraza en terraza, como sonámbulos que corretean por los tejados.

A veces, más bajo que la talla humana, al nivel del suelo algunas veces, aparecen unas rejas con ventanas sin sistema de cierre, que se parecen al cristal pintado o, mejor dicho, a las ventanas de estilo medieval de vidrio batido y coloreado.

Nada en el interior de las casas, ni siquiera se encuentran por allí conchas de moluscos muertos. Ni traza de muebles. ¿Quizá lo utilizaban para graneros, cobertizos? El interior se asemeja, por su altura, por el vacío, sus altas ventanas y colorido, a las catedrales desafectadas. Solamente algunas veces unos objetos que recuerdan los restos de aparatos de medida del Renacimiento, de metales oxidados, de un amarillo de azufre, polvorientos y sin brillo, como el plomo.

Los dos se encaraman sobre un arco. Aquí las construcciones son de un verde manzana, blancuzco en los muros exteriores.

Continúan subiendo cada vez más arriba, hacia la corona de pendientes que forman la cumbre de esta extraña ciudad. Allí solamente hay muros macizos.

—La ciudad parece estar protegida contra los ataques aéreos —observa Lionel

para sí.

Debajo de ellos, una calle ha sido transformada en canal a causa del mar. En el elemento vaporoso, oscurecido por la sombra de las fachadas, dos pájaros nadan, raros, son los únicos seres vivientes en esta soledad, llevados a la deriva como en sueños... y Lionel sueña en esas hijas legendarias de las razas escandinavas, que se metamorfoseaban en cisnes. Solitarios en medio del silencio, unos piidos lejanos. De pronto notamos algo de frío.

Llegan por fin, sin resuello, a lo alto, por entre un estrecho camino de ronda en el cual, de trecho en trecho, aparecen como derruidas unas extrañas vegetaciones metálicas, esparcidas de cualquier manera, como plantas grasas y rampantes.

Una banda de pájaros sorprendidos, pía, al verlos llegar, con sus terribles ojos tan singulares y hostiles. Tienen una cabeza de búho y unos bigotes como el pez-gato. Se dispersan en un concilio fantástico, hacia el cielo de un azul reluciente.

Les parece a los dos hombres que han interrumpido una deliberación, tal era la expectación que produjeron en los pájaros que, inmóviles ante ellos, les observaron con una mirada grave, como ofendidos.

—¿Viven aquí? —pregunta Lionel.

—Más bien sobre el mar. Sí, como los alciones de la leyenda. «Blancos sobre un mar blanco», un fenómeno corriente de mimetismo.

Lionel los contempla a lo lejos, cómo nadan y se sumergen con gran destreza y seguridad, atrapando al pasar pequeños pececillos. Sobre los muros, espinas de peces, conchas medio trituradas, se amontonan, restos de las comidas.

—Se diría que tienen un poco de cisnes —dice Lionel, admirando su elegante y nerviosa línea... ¡Unos grandes cisnes, casi como avestruces!

Contempla con curiosidad sus ojos. Estos no tienen la mirada astuta e inteligente del loro, ni aquellos ojos de mirada vivaz o perdida, de la mayoría de los pájaros, pero sí, un poco parecidos a los de los búhos terrestres, de mirada grave como de viejos hechiceros.

—Tú sabes que en la Tierra, en donde habitan los cuervos hay siempre de guardia unos centinelas, como en unos estrados. Esto puede ser un caso parecido.

Le cuesta mucho pensar en considerarlos como simples animales. Después de todo estos seres vivían ya en el planeta mucho antes que ellos. Debían conocer todos los secretos que guardaba aquel lugar. Su forma parecida a la de los pájaros terrestres no significaba nada. Una comparación no es en ningún caso una similitud. ¿Son quizá el equivalente de la raza humana sobre la Tierra? Vuelven a recordar sus chillidos de burla exultante con que acogieron su llegada. A lo mejor son los descendientes degenerados de los primitivos habitantes. La ciudad parece construida, en efecto, por seres voladores. Lionel se pierde en sus fantasías sobre sirenas, esfinges, fantasmas nórdicos y todos los extraños relatos de bestiarios de la Edad Media.

Su mirada está fija a lo lejos, sobre los lindes en donde resplandecen los árboles de hojas violetas. Un planeta extraño...

Allí es donde se encuentra el reino de los pájaros, en esta ciudad mágica, muerta. Lionel señala las vegetaciones que hay sobre las murallas.

—¿Qué puede ser esto?

—Uno de los pioneros me contó que eran plantas desecadas, pero él no sabía por qué, exactamente. Parece, por lo visto, que hace poco de esto.

—Quizá son de la época en que la ciudad estaba habitada; fíjate como se habían extendido.

Morgan se encogió de hombros:

—Sí, es cierto. Sería necesario tener con nosotros algunos sabios, pero teniendo en cuenta el paso por el «revelador»...

Descienden de la muralla, siempre bajo la mirada de los pájaros.

Recorren de nuevo las inmóviles avenidas de tonalidad seca, hallándose de regreso en el muelle. El aparato se balancea desde su amarra.

Se encuentran ya instalados en su interior cuando, repentinamente, Lionel se estremece: al nivel del mar, en una pared que está medio hundida, cerrada con una reja, cree haber visto surgir alguna cosa. Los dos se inmovilizan, sorprendidos. Luego perciben el nido de un nadador. ¿Es solamente el mar ocultando o descubriendo algún complicado detalle de arquitectura? Lionel se deja deslizar a lo largo de un flotador, agarrándose a las piedras y con el vientre pegado al muro, se dirige hacia la reja.

—¿Se trata de un pájaro? —le grita Morgan.

—No. Nada de eso. Es algo oscuro y liso, como una foca.

—Apártate de ahí.

Expeditivo, como el Jefe o quizás como los demás pioneros que se vuelven así, maniobra con el deslizador hidroneumático para colocarlo enfrente a la reja, cogiendo su fusil al mismo tiempo. Una ráfaga ilumina brevemente el negro agujero. Las balas rocían todo el interior de la pieza, hundiéndose en el agua. Están atentos vigilando, escudriñando con la vista y el oído.

—Ha sido una ilusión óptica —exclama Morgan— o tal vez un pez de gran talla.

Tras un momento se encaminan hacia su refugio cuando Lionel pregunta:

—¿Estás seguro de que se trata de una ciudad sumergida?

—Así lo creo. Si se tratara de una ciudad lacustre como Venecia, se verían —qué sé yo— ¡huesos!

Lionel se calla, meditabundo, luego dice:

—¿No te parece a ti que estas piedras son semejantes a las de las rocas submarinas que se ven sobre las fotos de Didier?

—Es muy posible. Tendríamos que bajar con el casco y ver los cimientos.

Lionel reflexiona. Bajar por corredores análogos a aquel donde le pareció ver el pez, *como en un subterráneo inundado por el agua*.

Se estremece. ¡Qué carnicería para los peces carnívoros debe haber allí!, un verdadero matadero que habrían formado los cadáveres de los pobladores de la ciudad sorprendidos por la alta marejada... ¡No se siente con demasiados ímpetus

para ir hasta allá!

CAPÍTULO III

Morgan, sentado en un taburete, fumaba al mismo tiempo que desmontaba su fusil. Con aire meditabundo, mira a través del cañón mientras engrasa el cerrojo.

Lionel lustraba su cinturón, lleno de múltiples cartucheras, ordenando cuidadosamente de un lado a otro ante él los prismáticos, la cuerda, el botiquín, la yesca y la lámpara eléctrica, que es todo lo que componía el equipo de campaña de los pioneros.

—¡Es una operación en grande! —dice Cyprien, con los pies colgando fuera de su hamaca.

Comprueba el buen funcionamiento de la radio de su casco, examinando la bisagra de la visera que le daba la apariencia de un casco griego sin cimera, de bronce negro.

—¿Es verdad que está hecho a prueba de balas? —preguntó Lionel.

—¿El casco? Sí. A prueba de todo. Puedes sumergirte con él una vez hayas cerrado la visera. Es un modelo perfeccionado, entre yelmo y máscara antigás. Un buen invento. Lo cargante es que se asfixia uno debajo una vez cerrada. Estás seguro, es verdad, pero resulta penoso, como dice la canción.

—¿Qué canción? —pregunta Lionel.

—¿Ah? ¿No la conoces? Sin embargo es muy célebre. Son unos versos compuestos por un pionero veterano.

Con movimiento rápido se apodera de su guitarra hawaiana.

—¡Recital privado! —exclama.

Rasgueando las cuerdas, entonar un canto con una intensa emoción que trata de ocultar. Los ingenuos versos enternecieron a Lionel, a pesar de encontrarlos quizás un tanto infantiles:

*Eres muy curioso para ser un simple pasajero
que mira por la ventana ebrio de nostalgia.
Tus padres y tu novia reniegan de ti.
Encadenado irás en las bodegas de los cohetes.*

Morgan había dejado de remontar el fusil y hacía como quien presta una atención distraída.

*Ya que tu casco es de hierro, tu corazón debe serlo también.
Nunca más pondrás la cabeza sobre una falda amiga,
y nadie sabrá ya cómo es tu sonrisa.*

—Me gusta más esto —dice Morgan aclarando la garganta.

*Marchando sobre Algol
buscaba una mujerzuela
que no estuviera marcada
por la sombra de la viruela.*

—¡Indecente! —se burló Cyprien.

Todos se pusieron a reír.

—Es el canto de guerra que habremos de emplear en seguida —dijo Morgan.

—De hecho —pregunta Lionel— ¿vamos a entrar en la depresión por el mar?

—Yo qué sé —respondió Cyprien, abandonando su guitarra.

—No —responde Morgan—. Esta idea es de Antoine, pero, puedes estar seguro de que es lo que los canguros esperaban. Han hecho una patrulla en *coche* y les hemos mandado una buena rociada de «dum-dum». Toda la hoya está rellena de baterías a lo largo de la costa. Y por el otro lado hay demasiadas rocas. Seríamos un blanco fácil, estamos en descubierto.

—¿Entonces, recto por la cresta? —pregunta Cyprien.

—¡Pues, sí!

—¡Vamos a divertirnos!

Y Cyprien empezó a ocuparse en serio de su material. Tomó la coraza flexible que contenía, hábilmente plegada en su interior, una manta ligera y caliente, lo cual permitía prescindir de la mochila, la movilidad les era muy esencial, revisó sus largas botas negras parecidas a las polainas de los pescadores.

Morgan sacó su pistola y comprobó el cargador.

—¡Eso! —dijo Cyprien a Lionel mostrando el arma con un gesto de la barba—. ¡Eso es lo que nos hace falta! ¡Todos los muchachos armados así! ¡No duraría mucho todo este tinglado de los hombres-canguros!

—No es suficiente —dice Morgan encogiéndose de hombros—. Una docena para sesenta hombres. ¡Privilegio de los veteranos! —añade burlonamente.

—Esto va al pelo —continúa diciendo Cyprien—. No hay necesidad de cargarla. ¡Funciona sola! ¡Es mejor que un bazuca!, ¿no es cierto?

—No lo sé, seguramente han sido los físicos de la Tierra quienes lo han inventado, poniendo esto a punto. Nosotros nos contentamos en servirnos de él. No hace falta tocarlo para nada; toda la carga está dentro y tal como está puede disparar durante cinco años... Si alguna vez intentas desmontarlo harás estallar los fuegos artificiales. ¡Es lo mismo que un rayo portátil! Creo que es eléctrico.

Comprobó el nudo del cordón que lo sujetaba a su cuello y lo metió en la vaina.

Lionel arregló cuidadosamente los víveres en comprimidos, metiéndolos en su bolsa, verificando los cargadores de su fusil.

—Espero que esto sea suficiente —dijo Lionel, exhalando un suspiro.

—No te preocupes —respondió Morgan—. Dentro de poco un hombre-canguro será una especie rara. Será necesario meterlos en jaulas para preservarlos de la ira de los pioneros. Muy pronto veremos a los inspectores de la Tierra hacer esto. La depresión será transformada en reserva y se hará pagar a los sardinas para visitarla.

* * *

—Se diría que están advertidos —repite el capitán Joachim.

Sobre una roca, ocultos e inmóviles, vigilaban la cresta rocosa. El poderoso telescopio telemétrico, instalado sobre el trípode, muestra los árboles sin hojas, enormes, como olmos retorcidos. ¿Quién sabe si un enemigo se esconde tras el tronco carcomido? ¿Son árboles muertos? Esto deben ser árboles-setas.

El telescopio gira bajo la mano del capitán, hurgando en los lugares oscuros de la depresión.

—¡Vaya madriguera que debe haber allí, peste! —dice Sylvestre, instalado a unos metros más lejos, invisible—. Viven dentro de madrigueras, estoy seguro.

—O encima de los árboles —murmura Lionel.

A su vez, pega sus ojos al objetivo. El mar de helechos se remueve lentamente. Algunas siluetas furtivas aparecen por un momento desapareciendo al instante.

El telescopio escudriña la jungla, revelando pequeños grupos de pioneros que marchan en fila india, avanzando con cautela y muy lentamente hacia la cresta.

La mano de Morgan se crispa nerviosamente sobre su pistola. Todo en silencio. El viento remueve la jungla. El mar murmura. A lo lejos, se oye el incesante rumor de los helechos de la depresión.

Bajo los tallos de las plantas, rastreando, con su espada y fusil en las manos, un hombre evita cuidadosamente las raíces que arañan. Es el que se encuentra más cerca de la cresta. Nada, absolutamente nada se mueve en las landas de helechos que parecen cubrir un agua profunda, muy profunda.

Como un rastrillo implacable, los pioneros avanzan, seguros, irresistibles. Al pie de la cresta unas hojas brillan vagamente, poniéndolos en evidencia. Lionel está agazapado.

¡El tambor!

Y Lionel se siente lanzado de golpe en medio del jaleo. La ametralladora ligera que está cerca de él dispara hacia un punto; el aire se llena de exclamaciones. La sorpresa se ha perdido pero, ¿cómo ha sido posible? se pregunta Lionel levantando su fusil.

Un punto brilla sobre la cresta rocosa. Un tableteo, después otro más lejos. Después otro más. Grandes zonas de hojarasca van cayendo. Alguien que ha sido herido, grita. El telémetro cae, saltando hacia la parte baja de la roca en donde van a aplastarse las balas.

Lionel se vuelve de lado; nadie a su alrededor. El capitán y Morgan yacen,

cosidos de balas, semejantes ellos también a unos árboles retorcidos de la cresta. Unas bolas rojas iluminan la landa, levantando sendas nubes de humo.

Lionel se lanza prestamente, detrás de la roca. Aquí, allí, por doquier, escupen los fusiles. Un hombre violeta se balancea por un momento sobre la cresta, cayendo al fondo de la vertiente, hundiéndose en la maleza.

Lionel se instala debajo de lo más tupido de las vegetaciones. Un arma arrojadiza acaba de partir del lugar que ha dejado hace un instantes antes y rebota la roca con un sonido metálico. Trepa escondido debajo de las plantas, luchando y debatiéndose con manos y pies con las matas y raíces que le arañan, hiriéndole. Aún siguen, de cuando en cuando, las ráfagas de ametralladora, a las cuales responden, tímidos, espaciados los tiros de fusil.

Cerca de donde se encuentra, unas plantas se troncha, abatidas por una descarga.

Lionel espera, con las manos sobre las orejeras del rasco, inmóvil, entorpecido, enloquecido. Se oye el tiroteo de una pistola. Una ametralladora replica entre salvas entrecortadas, se ensaña. Se oye un estertor. En el lugar en donde se encuentra Lionel se oye el rebotar de unas balas. Nada más, sólo el silencio.

Silencio. ¿Desde cuándo? Levanta la cabeza, reposa sus manos. La tierra está salpicada de sangre fangosa; seguramente un pionero debe yacer algunos pasos más allá... o quizá sólo lo que queda de él. Una brisa pasa por la jungla, ligera, haciendo estremecer las plantas. Así es posible desplazarse, sin dar la alarma. Lionel está alerta con sus cinco sentidos. A su derecha, se abre un boquete que se hunde en dirección a la cresta. Del otro lado del sendero, bajo la sombra que producen las vegetaciones, una masa negra se mueve. Es uno de los pioneros. Lionel sólo le conoce de haberlo visto alguna vez. En la batalla ha perdido su casco y lleno de tierra, huraño, trepa.

Lionel silba ligeramente. El hombre levanta una cabeza barbuda y mirando a su alrededor, descubre su presencia. Da media vuelta y se dirige hacia él. Está acercándose al sendero y lo hace deslizándose. Se oye un choque sordo. Un grito estrangulado. La hoja de un cuchillo acaba de hundirse en su espalda, clavándole en el suelo. Inclina su cabeza, quedando completamente inmóvil.

Otra hoja gira brillando al sol por encima de Lionel. Esta le estaba destinada. Se levanta de un salto cayendo dos metros más allá, rodando sobre sí mismo varias veces. Mientras está debatiéndose entre la maleza, piensa con la rapidez que se adquiere en estos momentos que ninguna ametralladora le apunta, sería mucho más fácil para sus adversarios tirar sobre él. Si es que hay alguno debe de estar agazapado o ha ido por más municiones.

Al abrigo de una espesura, queda en observación. Dos adversarios a diez metros de distancia del lugar donde él se encuentra, están vigilando en su dirección. Uno de ellos tiene en su poder un arma. Dan algunos pasos más, dirigiéndose hacia allí, silenciosamente.

Lionel, siempre alerta, está verificando su fusil, sin hacer ningún ruido, apuntando con todo cuidado. Dispara, segando a los dos hombres-canguro, cogidos por sorpresa.

Luego salta sobre sus pies, corriendo a toda velocidad en zigzag entre los zarzales. A lo lejos se oyen algunos gritos. Se pregunta, mientras corre en medio de las vegetaciones, si provienen de los pioneros o bien de los enemigos.

Una nueva ráfaga se oye a lo lejos, en la espesura desde donde él ha disparado. Se lanza de vientre al suelo, dirigiendo una: mirada detrás de él. De lo que resta de la espesura sólo quedan algunas ramas despellejadas.

En el silencio, oye el ruido que produce el tambor de la ametralladora que traquetea.

¡Exacto!, ha acertado. El resorte está fatigado. Permanece inmóvil bajo la vegetación, intentando hacerse olvidar, y pasar inadvertido.

La ametralladora aún dispara algunas balas, hacia su derecha; los hombres-canguros creen que intenta volver a la base. Sonríe de su candidez, viendo la línea que trazan los disparos, entre la plaza que él ocupa y el refugio. Luego se hace el silencio. Sus oídos aún resuenan del estruendo que bruscamente ha cesado.

La sombra invade la jungla. La noche se echa encima. Lionel pega su oreja al suelo: oye unos golpes, ligeros, regulares. La marcha a saltitos, danzante de los hombres-canguros. Igual que pájaros aterrorizados ante la proximidad de la noche, se apresuran dando gritos agudos, agrupándose, dirigiéndose hacia la cresta.

Algunas siluetas pálidas se perfilan sobre el reluciente mar. Dos transportan una ametralladora. Parecen tener intención de rodear el refugio.

Lionel reflexiona un instante: ¿en dónde se encuentran los demás pioneros? Estarían tal vez, como él, aterrados de miedo, después del malogrado ataque.

Unos grupos de hombres-canguros están ocupados sobre las rocas de la costa, desplazando posiblemente sus ametralladoras.

Muy cerca del lugar donde se encuentra Lionel suenan innumerables chasquidos, pisoteos, entrechocan de metales. La movilidad muy bien conocida de los hombres-canguros, de los que él percibe algunas siluetas apostadas a unos veinte metros de allí, parecía servir maravillosamente para cortar toda retirada entre el grueso de la expedición y la base. Mañana al amanecer estaría rodeada y la guarnición de la base echada al mar.

Ante su vista, la cresta rocosa; a su derecha, la costa, llena actualmente de ametralladoras. La expedición estaba cercada. Lionel comprendió que no era necesario pensar en soñar en un posible retorno al refugio al amparo de la noche. Intentarlo habría sido exponerse a ser blanco de las baterías. No le quedaba más que una salida protegida por la vegetación de la jungla: encaminarse directamente a su izquierda. Mientras la suerte estuviese de su parte, sería posible encontrarse con otros pioneros.

La radio de su casco permanecía muda. Estuvo atento al más pequeño ruido: nada vibró en los auriculares.

Reflexionó un instante: esto debía ser una medida de precaución del Jefe. Los hombres-canguros se habrían apoderado seguramente de algunos de los muertos y

podían, posiblemente, interceptar toda orden, y todo cambio de estrategia.

Pulsó el botón de contacto. Los demás cascos de radio pertenecientes a los hombres de la expedición, que habrían debido también llamar, permanecían igualmente mudos. La consigna del silencio debió darse mientras él se batía: no le había sido posible en medio de los diferentes ruidos de la jungla y el estruendo de las armas, conectar su auricular para recibirla. El pionero que había: visto no pudo advertirle, por haber perdido su casco.

Decide ponerse en marcha. ¿Cuántos pioneros estarían como él, mientras tanto; algunos de ellos perdidos, teniendo muchas posibilidades de ser alcanzados por las baterías instaladas en la cresta de la roca o de las que estaban disimuladas en la selva y cortaban la retirada al refugio, qué podían hacer?

La vegetación iba siendo cada vez más alta, lo que entorpeciendo su marcha, lo metía a cubierto seguro. Felizmente no había por allí ninguna roca elevada, que permitiera instalar una batería con un amplio campo de tiro perfectamente dominado. Todo esto significaba una ventaja en favor de los pioneros que hubieran tenido su misma idea.

Durante su marcha fue calmándose poco a poco. ¡Encontrarse aquí! Hacía solamente algunos meses, que ni tan siquiera se imaginaba este mundo, estando aún lleno de prejuicios de la Tierra y de los puertos espaciales. Y ahora encontraba todo esto tan natural. ¡Estaba listo!

La noche era clara, bastante agradable. Los ruidos de los hombres-canguros sonaban en la lejanía. Algunas veces las raíces espinosas le hacían sobresaltarse. Preveía que ciertos adversarios debían recorrer esta región, armados solamente con un arma arrojadiza.

El terreno descendía a un pequeño claro. Es en este momento preciso que se detiene, sorprendido: dos cuerpos están allí caídos, uno encima de otro. Dos pioneros abatidos por una ametralladora.

Permanece clavado en su sitio, atento a no salir del cubierto de plantas, en caso de que la batería enemiga estuviese colocada aún en el mismo sitio. Dando una mirada circular, descubrió a su derecha un largo pasadizo entre la vegetación, excavado por los disparos, y más allá una plaza llena de arbustos, desierta.

Lionel contempla los cadáveres: habían sido mortalmente heridos durante la batalla, mientras ocupaban un sitio avanzado, lo mismo que él, el capitán y Morgan. La ametralladora pertenecía a una batería volante que había resuelto la situación en algunos momentos tan sólo.

Un fusil yacía en el barro. El otro permanecía apoyado sobre una de las piernas. Lionel apoderándose de todo, tiró el suyo, sucio y deteriorado. Coge las municiones y mete en las bolsas del cinto unos suplementos para su botiquín y sus víveres personales. Se apoderó también de un machete de repuesto.

Ha hecho un descubrimiento valioso, encuentra algunos pasos más allá una pistola. Debió de ser por esto que la batería les había tomado como blanco. En el

momento de morir, el poseedor de la pistola debió tirarla lejos para esconderla de los hombres-canguros, para que no se apoderasen de tan terrible arma. Quizás no habían tenido suficiente tiempo para buscarla. Lionel había tropezado con ella por casualidad. Había sido una suerte para él, tanto más, cuanto esta arma no precisaba de municiones. Se detiene a cerrar los ojos de los dos cadáveres. ¿Qué otra cosa podía hacer, más que robarles, para continuar la lucha?

Eran tantos los hombres que habían muerto sin poder haber visto otra cosa que unas paredes de hierro, imaginar otro sol, miserablemente, como prisioneros. Estos, dentro de su desgracia, por lo menos habían muerto dignamente.

Distribuyó sus cosas, ordenándolas de nuevo. Felizmente, las municiones previstas para los pioneros, siempre móviles, no pesaban casi nada. El fusil era lo más pesado.

Rellenó sus cartucheras que llevaba en la cintura, colocándose el fusil en bandolera y la pistola en posición horizontal encima de su vientre, dentro de su chaqueta. Cogiendo el machete del que anteriormente se había apoderado y que al mismo tiempo le servía para cortar, reanudó su marcha.

La fatiga fue apoderándose poco a poco de su cuerpo. Ahora se sentía pesado de llevar las ametralladoras y sólo deseaba encontrar un lugar aislado. Deteniéndose, creyó que debía hacer un hoyo individual. Por suerte, la tierra llena de plantas, estaba muy blanda.

Una vez terminado el trabajo, desplegó su mano, sacando la manta. ¡Diablo del Jefe!, lo había previsto todo. Pero en lugar de acostarse esta noche en la ladera, se encontraba en el borde de la sabana. Deslizándose dentro de su hoyo, camufló la entrada y enroscado sobre sí mismo, se durmió apoyado contra el talud.

* * *

Son muchas las cosas que pueden despertar instintivamente a una persona dormida. Lionel despertó sobresaltado. En seguida pensó si estaría bajo los efectos de un sueño. Lanzando una mirada a través de un agujero preparado en el camuflaje de su refugio, pudo distinguir que aún no era de día. Refunfuñando dio la vuelta: estaba bien allí, confortablemente instalado, no tenía mucha prisa en reemprender su marcha azarosa, al frescor del alba.

Pero ya se había desvelado y no consiguió dormirse otra vez. A su pesar volvía a su lucidez, abriéndosele los ojos, rechazando brutalmente el sueño. Se mantuvo inmóvil. ¿Qué es lo que le pasaba? ¿Era la angustia de las últimas horas? Pero no, todo lo contrario, se sentía dispuesto a todo.

Escuchó con atención. Entre el murmullo del aire a través de las plantas, le llegaba otro ruido, algo así como saltitos, como si un ser se hubiese vuelto, ligero, ligero.

Nada de moverse, sobre todo. Sus armas estaban a su lado. Lanzó una mirada a lo

alto: un hombre-canguro le miraba. Era esto lo que le había desvelado. Pero, ¿por qué no le atacaba? Sin duda esperaba a que se durmiese, para atacarle, los pioneros eran superiores en la lucha cuerpo a cuerpo.

Lionel se giró hacia el lado de las armas, haciendo como quien va a dormirse. Su mano se deslizó; insensiblemente hacia el arma más próxima, el machete que había recuperado antes. Todos sus músculos se tensaron para saltar.

Su adversario no podía saber lo que maquinaba y suavemente, muy suavemente iba apartando el techo de ramas para poder disparar su arma, o quizás poder deslizarse dentro del agujero y caer sobre él de golpe.

La abertura era lo suficientemente grande para que Lionel pudiera lanzarse fuera del agujero sin tropezar con las ramas.

Apoyándose en su brazo izquierdo, se distendió, mandando con toda rapidez un golpe de su machete al azar, suficiente para espantar al hombre, que se tiró hacia atrás.

Con todas sus fuerzas Lionel agarrose al borde del hoyo para poder saltar fuera, haciendo al mismo tiempo unos molinetes. Felizmente su enemigo echado de vientre sobre la abertura, no tuvo tiempo de levantarse. Durante un instante reinó la confusión, entrechocando sus armas, ambos adversarios se sobresaltaron ante la proximidad del arma enemiga.

Lionel apretándose al borde, logró detener con su machete el cuchillo por la hoja superior, bloqueando por un instante las dos armas. Muy cerca de su cara veía los cabellos de crin, y su hocico aplastado. Sentía sobre él el aliento del hombre. Empujándose mutuamente continuaban luchando, luego Lionel cambió de táctica agarrándose bruscamente con su mano izquierda a la espalda curtida, para arrastrarla hacia el hoyo. El hombre-canguro se desprendió dando unas volteretas sobre sí mismo. Lionel lo aprovechó para encaramarse al exterior.

Su adversario repuesto ya, levantó el arma. Lionel bajando la cabeza, lanzó un golpe en las piernas y las sujetó con fuerza, tirándole al suelo. Un golpe dado con la hoja plana le aturdió, llegó al azar. A su vez lanzó un golpe con el machete, también a ciegas, pegando siempre, y otras veces recibiendo heridas, pero una y otra vez devolviendo los golpes.

Continuaban luchando cuerpo a cuerpo. Rodaron juntos cerca del hoyo en donde la cabeza del hombre pendía hacia abajo ahora. Lionel, agarrándose a su garganta, apretó. El arma penetró en su espalda. Bruscamente empieza a salir sangre, ¿la suya? le cae por los ojos, cegándole.

El hombre se echa sobre él. De nuevo ruedan entre las hierbas frescas por el rocío de la mañana, con sus manos llenas del barro y de tierra, luchando con las armas que empuñan con desespero.

Una sangre violeta inunda a Lionel. El arma de dos hojas se le desliza de la mano, y cae, cruelmente, en sus lomos. Se clava en su cintura. Mientras el hombre-canguro intentaba arrancarla, iba lacerando sus carnes. Lionel dejó su machete soltando un

puñetazo entre los ojos de su contrincante. No se trataba ya de la Tierra, ni los pioneros, ni hombres-canguros, nada más que el acto de golpear y golpear, entre el olor de cuero viejo que se desprende de sus cuerpos, como dos bestias sin inteligencia, ni memoria, que se pelean en las profundidades submarinas.

Debió haber estado golpeando largamente, ya que la carne del rostro estaba macerada y el hombre inerte. Lionel se desprendió, recogió el arma en forma de F, y la clavó en el cuerpo, golpeando una y otra vez como queriendo reducirlo a una pasta.

Después lanzó el arma, echándose a llorar, gritando, desesperado, mirando sin comprender, hacia la jungla matinal.

Quedó postrado largo rato, echado de vientre, como si se tratara de una bestia, un jabalí, que se hubiera vuelto furioso, sin inteligencia.

El calor del mediodía lo desveló.

De momento no llegaba a comprender exactamente en dónde estaba. Luego se levantó. La paliza y su descanso interrumpido habían sido reparados por ese estado casi hipnótico. Se acordaba de aquella horrible lucha, de estar lucha de una bestia acorralada por otra en su refugio subterráneo, de esta súbita igualdad animal con un hombre-canguro.

* * *

El riachuelo se deslizaba por entre un grupo de árboles y él iba volviendo poco a poco a su estado normal. La coraza le había protegido gran parte del cuerpo de los sablazos y, habiéndose lavado y curado provisionalmente como pudo, estaba masticando ahora algunos alimentos y la: dulzura del lugar acabó por devolverle a la normalidad.

Cuánta fuerza tuvo que desplegar para regresar hasta el agujero en donde yacía el cadáver desfigurado, anónimo, y tomar de una brazada todas sus armas y continuar errante hacia la sabana. Afortunadamente aquel hombre estaba solo, patrullando sin duda alguna el sector, operación de limpieza aislada, simple rutina. ¿Qué habría podido hacer en el caso de que hubiera encontrado más enemigos? Quizá lo habrían matado por sorpresa en su estado de locura o se habría vuelto definitivamente una bestia feroz en una segunda matanza, muriendo bajo los golpes sin volver a tener uso de razón.

Mientras, Lionel iba recobrándose. Y la región en la cual había penetrado le tranquilizaba. Nada del mar ópalo. Nada de la landa de saurios, ni de la selva, país de inquietantes plantas, pero casi un paisaje de la Tierra; esto recordaba la sabana africana. Una hierba alta, y de trecho en trecho algunos árboles aislados, en parasol, majestuosos, nudosos, llenos de savia, en suma un terreno descubierto.

Este terreno dominaba ligeramente la selva. Lionel lanzó tras suyo una mirada sobre el vago tapiz limpio y verde y la línea brumosa que revelaba a lo lejos el mar. Un reguero negro, recortado, apenas discernible, sin duda la costa, y luego, el refugio.

¿Qué debía pasar allí, ahora? Se encontraba solo y cada paso que daba lo alejaba más de sus semejantes sobre este planeta desconocido. La sola cosa que le quedaba por hacer, sabiendo que se encontraba sobre el mar y bordeando la costa, abordar la base desde el exterior.

Luchó contra la tentación de contemplar la base con los prismáticos, lo que sólo le habría ocasionado una gran angustia, debido a la situación en que se encontraba, como la de otros pioneros como él.

Decididamente reemprendió con vigor su marcha, encaminándose hacia la aventura.

El viento era envolvente y cálido sobre su rostro, como una caricia de mujer, y Lionel se sentía tranquilizado. La alta hierba se doblaba a sus pies. Es así cómo debía ser un campo de trigo, antes de cultivarlo. Unos bejucos y mucho musgo colgaban de los árboles que agitaban su espeso follaje. Volvió a encontrar de nuevo el paisaje olvidado de la naturaleza, que ninguna creación artificial desfiguraba. De esta manera debió de ser la Tierra, siglos atrás, muy parecida en todo a lo que allí reinaba. Sólo tenía que hacer un esfuerzo de voluntad y figurarse que estaba de nuevo en la Tierra, mucho antes de la astronáutica, de esta Tierra que tanto se hablaba en los libros, en la que había soñado tanto de pequeño en las clases polvorientas...

De pronto estalla un tiroteo, lanzándose instintivamente al suelo con el vientre pegado a las hierbas. ¿Se trata de un animal desconocido? ¿Un felino? La hierba se estremece algunos pasos más allá de donde él se encuentra. Alguna cosa se mueve de entre las hojas de un árbol, a una distancia de veinte metros.

Le había faltado muy poco para evitar la ráfaga. Se llamó imbécil cien veces por lo menos: a una cierta distancia se hallaban seguramente instalados algunos sitios de observación de los hombres-canguros, ocultos entre los árboles, para cortar la retirada a los fugitivos haciéndoles creer que estaban en un terreno libre y seguro.

Por fortuna la hierba le ocultaba momentáneamente a la vista de los tiradores. Esto procedía de un árbol que estaba aislado. Los otros puestos de vigilancia debían encontrarse más lejos, más allá, donde los árboles se unían en el horizonte formando un bosque, ya que expuesto como había estado, le habrían descubierto mucho antes.

Otra segunda ráfaga se dejó oír, segando la hierba a un metro de distancia del sitio donde él se encontraba. Unas balas sonaron, esparciéndose por allí. Escuchó el ruido del tambor de la ametralladora, retrasarse. Debían de volver a llenar de municiones el cargador rotativo. Disponía por lo tanto de algunos segundos de ventaja. Sacó rápidamente la pistola y poniéndose sobre una rodilla, levantó la cabeza para inspeccionar la base del árbol, la pistola vibró en su mano con un ruido peculiar de «*pizzicato*» semejante a una réplica musical y civilizada ante este tiroteo bárbaro.

Esto fue como el rayo. Las hojas se iluminaron brevemente y el árbol crepitó de golpe, como una antorcha química. El tronco se abatió con un ruido seco, extinguiéndose. No había más restos que un esqueleto humeante del cual los cuerpos fueron cayendo uno a uno sobre el suelo, con un crujido.

Experimentó un respeto ante la estrategia de los hombres-canguro. Violetas entre las hojas índigo. En seguridad, insospechados, inalcanzables, a no ser con una pistola de las que los simples pioneros eran muy raramente portadores.

Inmediatamente echó a correr, hacia su derecha, al abrigo de un árbol. Los tiradores, vista la eficacia de sus ametralladoras y la seguridad de sus posiciones debían estar muy distanciados entre ellos y quizás a lo mejor ninguno de ellos había presenciado la escaramuza. Sin embargo, desconfiando aún, se colocó detrás de un tronco trepando seguidamente y montando sobre una rama. Sacó sus prismáticos. Estos eran menos poderosos que el telémetro, pero pudo percibir por lo menos los cadáveres quemados de los tres tiradores y la ametralladora abatida y aún rojiza.

«¡Qué suerte la mía, de haber encontrado una pistola! Con el fusil, la lucha habría sido incierta y en la mejor de las suertes sólo habría tenido utilidad de uno en uno. Esto es una batería entera de una sola vez.»

Luego escudriñó el follaje del bosque que empezara a lo lejos. Nada se veía, ni una sombra, ni rastro de ametralladora. Era posible que los demás tiradores hubiesen oído tan sólo el tiroteo, ya que en caso contrario habrían abierto el fuego inmediatamente sobre él y no se habían apercebido del resplandor del árbol quemado, a causa de la distancia y de la espesa masa del follaje. Por dos veces había salvado la vida por casualidad, una por la mañana y otra por la tarde. Era necesario ser menos imprudente de ahora en adelante.

Descendiendo del tronco del árbol, emprende de nuevo la marcha avanzando con precaución. Quizá se trataba de unos tiradores que vigilaban el límite del bosque. Cuando llegó a las afueras del bosque, se paró a reflexionar unos instantes, luego marchando a la manera posible, se aproximó a un árbol trepando por él.

La sola táctica a seguir era adelantar de árbol en árbol, con la finalidad de evitar un posible ataque. Los mismos tiradores, instalados arriba, seguramente sólo miraban hacia abajo. Así y todo en el caso de un encuentro fortuito, había una posibilidad de suerte.

Las ramas estaban resbaladizas. Un mundo de pequeños lagartos corrían por allí, furtivos, asustados, se cruzaban bajo sus pies.

Con infinito placer marchaba a varios metros del suelo tapizado de helechos color esmeralda que parecían fieltro. Los troncos de los árboles eran negros, viscosos, con abundantes hojas que se inclinaban suavemente como las del sauce llorón. Los colores eran oscuros: gris, violeta, ocre, verde oliva. Un verdadero bosque de tapiz.

Temía, mientras marchaba, encontrarse con alguna serpiente, o algún animal venenoso, aunque hasta el presente no había nada más que estos pequeños lagartos que corrían deslizándose velozmente sobre las negras cortezas.

Estaba pensando que marchando siempre en línea recta, atravesando así la península, pronto podría encontrarse en el mar. ¿Qué idea habrían tenido los otros miembros de la expedición, en el caso de haber permanecido con ellos? A estas alturas el refugio debía de estar asediado y la ametralladora debía estar bien

asegurada en el puesto de vigilancia del mar tirando continuamente, igual que las pequeñas ametralladoras colocadas cerca de las aberturas. Toda salida debía ser imposible, y tal vez los hombres-canguro habían intentado atacar por la costa. La mayor parte de los pioneros, a estas horas dispersos, no podían servir ni tan sólo de refuerzo.

Sentándose encima la rama de un árbol, abrió la radio de su casco. Se oía el batir de alerta del tambor. Durante algunos minutos continuó vibrando, parándose al cabo de un momento. La señal no podía ser enviada más que por los que aún quedaban en la base. ¿Con qué nueva dificultad tendrían que enfrentarse? No podía hacer nada. Tal vez los hombres-canguro habían penetrado... ¿Qué debía estar haciendo Sylvestre? ¿Y Cyprien? ¿Y Michaël? ¿Estaban en la expedición?

O quizás sentados tranquilamente en la rotonda cargando con su aire calmoso y negligente su fusil. Quiso imaginarse esta escena para así tranquilizarse, forzándose a ello, como si la posibilidad de hacerlo fuese una garantía de su veracidad. Luego de repente vio a Cyprien con los ojos fijos en el vacío.

Por todo su alrededor se respiraba la tranquilidad, del bosque dentro de su masa burda, como si todo estuviese petrificado, turbado tan sólo por el trinar de algunos pájaros y del roce que producían las hojas.

Quién sabe si... a lo mejor no conseguía, a pesar de su obstinación, encontrar el mar. Sino todo lo contrario penetraba cada vez más y más en este país. Volvió a ver el elemento inmenso, semejante a un océano de algunos pájaros y el roce que producían las hojas, rocas grises, austeras...

¿Qué debía haber allí arriba? Volvió a pensar en el pez que apenas había entrevisto en la ciudad muerta, con Morgan. Este... ¿De qué medios podría valerle uno mismo contra este planeta que dañaba al mismo tiempo que los aceptaba? Sentía pesar a su alrededor los inmensos espacios desconocidos. Dirigió su mirada hacia su pistola, que se parecía mucho a una automática armada con un silenciador, apretándola contra él. Rebuscó dentro de una cartuchera, sacando una pasta nutritiva que masticó con ganas.

Al cabo de un rato reemprendió la marcha saltando de rama en rama. El cielo quedaba medio oculto, debido al numeroso follaje cada vez más alto y tupido.

Apercibió, durante un instante, encaramado sobre una rama de un árbol vecino, una especie de pavo real de blanco cuerpo, cuya cola estaba sembrada de oro, ligero, matizado de carmín y azul cobalto, que desapareció al cabo de un instante.

«Cosa curiosa», pensó Lionel, después de haber vuelto de esta maravillosa visión, ya que este bosque había observado que no tenía mucha fauna.

El bosque cada vez era más y más espeso, mientras avanzaba, no pudiendo distinguir a más de diez metros de distancia. Ninguna señal se observaba de que los hombres-canguro habitasen por estos parajes. ¿Los puestos de guardia instalados en las proximidades del bosque, les habrían parecido suficientes? Es posible (experimentó un ligero malestar al tener que cambiar de idea), que recelaban ellos

mismos también del bosque, y aventurarse en él era tan arriesgado como para un viajero encontrarse en un desierto terrestre.

Sólo avanzaba con mucha precaución. Podía muy bien ocultarse una batería, emboscada en cualquier árbol. Y por lo tupido de la vegetación era imposible distinguirla.

Un recodo particularmente oscuro, emplazado a su derecha, llamó su atención. Asegurando el pie encima de una rama dirigió su mirada hacia el suelo, viendo una cosa que él jamás había sospechado.

Un extraño lugar en la penumbra, semejante a un claro. Pero un claro, propio para elfos, protegido todo él por las copas de los árboles, como si fuese un lugar sagrado de un templo, vedado a la vista de los profanos. Ligeramente hundido, estaba tapizado de un espeso musgo de dudoso colorido, entre el índigo y un azul mineral, y parecía, a menos que la oscuridad hubiese engañado a Lionel, que una ligera niebla se extendía sobre él. Pensó durante un momento que debía tratarse de un lago recubierto de -plantas acuáticas. Ninguna vida parecía animar el paisaje. Dormitaba a la sombra de los árboles, como si se tratara de algún lugar secreto del bosque. El musgo recortado en flequillos llegaba casi a cubrir el pie de los troncos, en los espacios negros que los rodeaban. A distancia parecía presentir lo mullido de su suelo. Se trataba de un delicioso paisaje que atraía irremisiblemente, no sólo debido a la visualidad, sino de una manera táctil. Esto era lo que invitaba al reposo: acostarse sobre el musgo como en un lecho de plumas y hundirse durante el sueño en el corazón del bosque.

Estuvo titubeando durante un largo rato en si debía descender, luego cambió de opinión: una de las causas que le obligaron a cambiar sus propósitos fue el no conocer la naturaleza del suelo, habría sido un blanco fácil para los supuestos tiradores, sobre todo si se escondían entre el espeso musgo.

Decidido, lanzó su mirada hacia lo que a él le parecía una brusca visión de otro mundo, y continuó su marcha.

Llegando a suponer que el claro fuese un pantano, eso podía significar que se encontraba en las proximidades del mar.

No tenía más que hacer que continuar a todo lo largo de la costa, en sentido inverso de su actual camino, para poder encontrar la base.

A medida que iba progresando en su marcha, presentía la proximidad de un río: se dejaba notar un ligero frescor, una languidez absoluta dentro de la oscuridad asfixiante del bosque.

Estaba salvado. Sería suficiente de ahora en adelante, con sólo seguir su curso, encontrar el mar.

Ante su vista, un pájaro cuyas plumas del vientre son de color de oro viejo, semejante a un faisán, más dos pequeños pájaros-mosca de plumaje brillante, con tonalidades de color violeta, daban vueltas ante él sobre las ramas. Este hecho sólo podía significar una cosa: el río se encontraba a muy poca distancia de aquel lugar,

toda vez que los pájaros de especies raras que pululaban por el bosque en este lugar tenían que alimentarse especialmente de peces. ¿Ten: a razón Didier? «Sobre el mar... es allí, donde está la verdadera fauna».

Sintiendo renacer sus esperanzas, aceleró su marcha, mas a medida que avanzaba, ninguna clase de ruido delataba el curso del río.

Algo se colocó al otro lado del tronco del árbol donde él estaba, a su misma altura, dos golpes. Luego un maullido rápido y corto. El pájaro raro cayó agujereado y los demás se dispersaron.

Unas hojas se mueven del otro lado del tronco. En el acto Lionel se esconde. Algunos pasos más allá, una rama ha estallado. Tan sólo dos balas habían sido disparadas. No pudo por menos de admirarse de su virtuosismo en el manejo de la ametralladora. Pegándose de vientre al suelo, dio una rápida ojeada. Una cuerda larga y delgada partía del lado invisible del tronco, perdiéndose ante él bajo las ramas. Por lo que había observado, comprendía que debía tratarse de un cuchillo en F atado a una cuerda. Los hombres-canguros apostados para abatir a los fugitivos que evidentemente cazaban sirviéndose de estas armas, semejantes a los arpones o como hacían los indios que ataban sus flechas a una cuerda para poder atraer a sus víctimas o presa. Habiendo visto a los pájaros y dirigiendo su mirada hacia allí, fue cuando percibieron a Lionel: aquellos animales le habían descubierto.

Cogiéndose a una rama horizontal y trepando por ella intentó ver hasta dónde llegaba la cuerda. Seguramente estaba entre uno de los árboles que calculaba a veinte metros de distancia del lugar donde él se encontraba. ¿Pero cuál de los tres era? Uno de dos era más bien amarillo, el otro verde vejiga y el otro de un índigo mezclado de marrón. Este es el que debía ser, camuflando mejor la piel de color violeta de los tiradores, escondidos entre el follaje de las ramas. Cerró la visera de su casco, para así protegerse mejor de las caídas, luego se preguntó qué es lo que iba a suceder. Inició un gesto instintivo hacia su pistola, pero, pensándolo mejor, se detuvo: el árbol encendido habría prendido sin duda alguna en los demás árboles vecinos y por consiguiente en su misma persona. No había que pensar por ahora en disparar; una descarga enemiga habría transformado en el acto la rama en donde él se escondía en pequeños trozos de leña para hacer fuego. Era necesario encontrar el río lo más rápido posible.

Se agarró a lo largo de una rama horizontal para así poder ganar un nuevo árbol, espeso como una encina, hacia su izquierda y que le protegería de las balas. Los tiradores guardaban silencio mientras él continuaba avanzando, esperando quizás poder descubrirle.

Una vez en la encina se apostó cómodamente detrás de un abanico de enormes ramas. No veía gran cosa del árbol índigo, pero por si, por casualidad, acertase, envió una ráfaga de fusil en su dirección. Se trasladó inmediatamente hacia un extraordinario nudo de árboles que se entremezclaban entre ellos. Una vez allí se detuvo, sacando sus prismáticos.

Encima de una larga rama transversal, los tres hombres-canguro, recortándose bajo la oscuridad movible, saltan con la agilidad propia de los simios, instalando una ametralladora con largas patas debajo. Apenas agrupados detrás, tiran una ráfaga sobre la encina convirtiéndola en un colador. Luego Lionel vio cómo hacían girar sus armas mandando ráfagas entre las ramas como si hurgaran en ellas para encontrarle a ciegas. Repentinamente estalló una ráfaga más violenta que la anterior, en seguida dos cuchillos se clavaron en lo alto del tronco y dos hombres-canguro Agarrándose a las cuerdas y tomando impulso se balancearon para llegar hasta el árbol, llevando sujetos entre los dientes sendos cuchillos.

Se movían demasiado para que Lionel pudiera dispararles con seguridad. Ambos hombres destrozaban las ramas mientras le buscaban, pensando sin duda que al no disparar era debido a que estaba herido o que había ido por municiones, cosa probable en un fugitivo, pero que él había evitado encontrando las de los cadáveres.

El tercer ametrallador estaba alerta con su máquina, vigilando atentamente los movimientos de sus dos cooperadores.

Era del todo necesario eliminar todo aquello. Lionel hizo fuego. Uno de los hombres se tambaleó, inclinándose giró la ametralladora hacia el lugar que la descarga había partido. Otro disparo más prolongado acabó por rematarle. Cayendo de rama en rama terminó su carrera hundiéndose en la hierba, produciendo un ruido sordo. Una tercera ráfaga alcanzó a la ametralladora haciéndola brincar, quedando suspendida de una pata.

Los dos hombres-canguros restantes, habían desaparecido. Lionel aprovechó esta circunstancia para deslizarse con toda rapidez al suelo. Disparó varias veces en dirección a la encina para así intimidar a los dos compañeros y aprovechándose de su huida, se lanzó a toda velocidad a través de la vegetación. Unos gritos sonaban de todas partes respondiéndose a través bosque: los puestos de guardia: de ametralladores estaban alerta.

Con todas sus fuerzas corría en la dirección opuesta del río. La jauría que le perseguía parecía aproximarse.

Cuanto más avanzaba hacia el río, más denso y tupido era el follaje. Se debatía en medio de los altos helechos, lanzándose por allí para abrir camino. De golpe, ve una claridad entre los árboles y detiene su marcha, parándose en seco.

El bosque terminaba de repente en una poderosa barrera; formando una garganta, un grandioso valle se ofrecía ante su mirada atónita.

«Brocéliande», murmuró Lionel maravillado.

Inmensa, en una suave pendiente entre las altas murallas de la roca, extendiéndose a lo lejos en un horizonte gris perla. Le parecía encontrarse saturado de la bruma matutina, húmeda. Nada se destacaba a través de esta bruma, talmente como si una nube le hubiera envuelto.

Agarrándose a las rocas empezó a descender. La bruma le envolvía sin dejarle distinguir la línea de separación, aunque pudo ver sobre él entre las ramas de los

árboles, los rostros de los hombres-canguro, escudriñando atentamente en el gran valle sin lograr descubrirle. Esta jauría no se atrevía a seguirle en aquel país que les asustaba, preservado por el espesor del bosque y de las rocas, cuya visualidad era muy baja para perseguir a alguien.

El paisaje estaba difuminado como si hubiese sido visto en el fondo de dos espejos reflejándose en el infinito. Unos árboles fantásticos se erguían dentro de un silencio total. Este panorama evocaba un parque antes del amanecer, en una hora indecisa, llena de recuerdos y agradables sueños, cuando aún el día está impregnado de los fantasmas de la noche.

* * *

Al fin ha terminado la dura expedición. Terminados también los bestiales combates contra los hombres transformados y degenerados. Lionel vivía mientras, en un país mágico. Quien ha marchado por un camino antes del alba puede imaginarse la atmósfera del valle; se marcha, con las emociones libremente desplegadas y sostenidas como cuando se sueña y no obstante se está despierto en el corazón de uno mismo y en el de la naturaleza más saludable.

Oscurecía poco a poco, a pesar de que la bruma retenía el brillo del día, y a pesar de que las altas murallas del valle le sumergían en una penumbra perpetua.

Experimentaba cierto pesar en avanzar, como si la niebla, aunque no opaca, fuese consistente. Al mismo tiempo se sintió como transportado, flotando en medio de esta bruma. Algo le guiaba suavemente.

¿Hacia dónde se dirigía? ¿A algún palacio encantado, como el del Amor, de Lorena? Creía imaginar ver las sombras de las mujeres que había amado de lejos, imaginadas en las novelas, venían con ropas de baile, sobre este césped azul y amarillo, impacientes y gráciles, donde los guijarros brillaban dulcemente en este país de nostálgicos fantasmas.

Súbitamente le parece verlas. ¡No! ¡Soñaba! Sin embargo le parecían ropas de infantes, ropas nocturnas, ropas de hadas, bailaban dando vueltas, agitadas por la brisa. Todo esto sucedía a su alrededor con la lentitud fúnebre de una danza rodeándole, pero temiendo aproximarse.

¿Es que la bruma daba estas visiones mágicas, un estupefaciente emanaba de estas plantas, podía ser una adormidera, una alfalfa cuyo olor en gran cantidad embriaga?

Alocadamente se puso a perseguir a una de estas sombras. Esta parecía dotada de una agilidad muy singular. Con sus manos logró coger lo que a él le parecía una tela de seda, un maravilloso vestido. Se deslizó como un copo de nieve inaccesible, entre sus dedos. Dio un salto con ligereza en la bruma, y llegó por fin, cayéndole brutalmente encima, a capturarla.

La misteriosa hechicera no era más que un desgraciado ser, si cabe más asustado

que él. Era una criatura que recordaba algo a esas flores semianimadas de las grandes profundidades, cuyo cuerpo llano y flexible evocaba el de la raya. La magnífica ropa no era otra cosa que su carne, revestida de una substancia escamosa, análoga a la que recubre las alas de la mariposa, sus colores recordaban más a los de las efímeras o también de las lechuzas. Ni cabeza, ni ningún miembro visible aparecía en este organismo que semejaba más a un vegetal que a un ser animado y que probablemente no era más que un conglomerado de células apenas especializadas. ¿De qué se alimentaba? En su centro, apenas hinchado, no se veía más que una abertura carnosa, la boca o el sexo, cónica. El animal debía ser una blástula, pero muy plana: era delicado y flexible como un pañuelo de seda. Su cuerpo debía ser, sin duda, enteramente impermeable a la bruma como el de los osos al agua de mar. Dignos habitantes de este país de sombras, como si algún refinado piscicultor chino hubiese creado una especie para dar una última pincelada al cuadro que ofrecía este parque elíseo.

Lionel, petrificado, dejó que se escapase, ondulando en el aire graciosamente, igual que una tela llevada por el viento. Estalló en risas. ¡Qué encuentro más inesperado! Lanzándose sobre el césped, quedose deslumbrado por todas estas maravillas, loco de alegría. Su alma, apergaminada por el mecanismo de la Tierra, se dilataba ahora hasta abrirse.

Luego continuó su camino, escoltado de lejos por esas criaturas danzarinas que aparecían y desaparecían.

En el lejano horizonte gris perla, le pareció ver que se levantaba un castillo de ensueño. ¿Quizá alguna Venecia fantasmagórica? ¿En dónde estaba, pues? Los árboles palpitantes eran de color azul, verde pastel, las rocas de un pálido amarillo, igual a un reluciente cromo. La niebla empezaba a formar unos remolinos, como los tornados, en columnas irisadas, semejantes a las de un surtidor giratorio para regar el césped, y que recibe el nombre de araña. Luego cada vez se vuelve más compacta, cubriéndolo todo, como una muralla movediza. Valientemente se adentró hacia allí, sumergiéndose en ella. Luego le pareció que diez manos le levantaban, lanzándolo, y volviéndolo a coger. Tenía la sensación de encontrarse en una rueda giratoria; algo le colocó en lo alto, volviendo a caer hacia abajo, de cabeza. Sus manos extraviadas intentaron agarrarse a cualquier cosa. ¿Habría caído en poder de los genios? El castillo aparecía y desaparecía.

No sabía por qué prodigio, se encontraba transportado por el aire, por encima de un paisaje montañoso. En un círculo rocoso una ancha arcada de un amarillo deslucido aparecía. Luego, ante sus ojos desfila una extraña construcción; cúpulas, casas, como si se tratara de un decorado de ópera fantástica. Y dentro de esta vasta ciudad, sobre las terrazas y las escaleras, se paseaban, dando vueltas, unos personajes fabulosos, vestidos como los dux de Venecia, pomposos y solemnes, sujetos de un reino olvidado.

¿Será un valle encantado? ¿Son éstos los espíritus hechiceros de los antiguos

habitantes que se acordaban de él, un intruso de un planeta extranjero?

Otra fuerza le atrae. Alguna cosa negra se levanta: un monte, un acantilado. Con un movimiento desesperado, se lanza hacia ella. Deseoso de correr hacia una montaña, de volar. ¿Sabía, pues, volar?

De súbito se hizo la luz a sus ojos, al mismo tiempo que una ola del elemento. Con todas sus fuerzas se agarró a las rocas...

¿Cómo es que ahora se hallaba en la costa?

Y, el colmo de lo fantástico, del país de los muertos, (¿pues qué otra cosa es?). Morgan, un Morgan gigantesco se yergue, y dirige hacia él una mirada asustada.

CAPÍTULO IV

Lionel se encuentra confortablemente instalado, bien abrigado con sus mantas, en su departamento, bebiendo a intervalos un líquido caliente y espeso. Termina de contar su aventura a Sylvestre y Michaël.

—Pues bien, amigo mío —dice ahora Morgan—. ¿Te das cuenta de la impresión, cuando te vi salir del mar, mientras estaba pescando? Por un instante he creído que se trataba de un monstruo desconocido. Alegrándome de no haberte atacado. ¡Aquí nunca se sabe! Las sorpresas son rara vez agradables.

—¿Qué hacía?

—¡Trepabas por las rocas como una foca! ¡Así!

Lionel comprendió por qué en aquel momento Morgan le pareció tan grande.

—¡Tú también me has causado un efecto asombroso! Te creía muerto, y por la manera como te presentaste...

—¡Yo lo temí también! Recibí un balazo que destruyó mi coraza, pero esto había amortiguado el golpe. A consecuencia de la herida me desvanecí. El capitán ha...

Bruscamente se detuvo. Luego, cambiando de conversación continuó diciendo:

—Es preciso preguntar a Michaël la explicación de tu relato. Está muy fuerte en geografía, para poder adivinar lo que hay en realidad en todo esto.

—Pero en realidad —dijo Lionel—, antes de todo esto: los hombres-canguro...

—Espérate, espérate, esto ha sido algo fuerte —interviene Sylvestre—. Hemos tenido bastantes muertos... Nos han dejado en cuadro. Esos imbéciles habían instalado su nido de ametralladoras sobre la costa. Hemos salido con nuestros aparatos hacia el mar, atacándolos por sorpresa por detrás, con las pistolas. No ha quedado ni rastro de ellos —prosiguió con una fingida piedad—. Han tenido lo que buscaban.

—Sí, muy bien, pero aún tienen en su poder la selva —intervino Michaël—. Ya veremos, mañana se celebra una reunión para ver lo que puede hacerse. Lo pensaremos detenidamente para poderlo solucionar de una vez para siempre. Mientras, explícame algo de lo que te ha ocurrido en el valle, ¿quieres?

Lionel le dio ciertos detalles precisos, mientras iba reflexionando. Todo descubrimiento hecho era rápidamente comunicado a Michaël, geógrafo oficial, así era como le habían bautizado pomposamente todos ellos, ya que era el solo pionero que tenía nociones de esta ciencia.

Michaël estuvo un largo rato meditando con aire grave y concentrado, garrapateando algunos esquemas sobre el papel, diciendo luego:

—He aquí. Ahora he comprendido la cuestión del elemento, tan importante para nosotros. Se ha dicho, anteriormente que no se forma en las nubes. He llegado a la conclusión que se convierte en gas en el aire y así, de este modo, viaja, siendo

invisible. Pero en las sinuosidades del terreno, se amontonar, condensándose debido al frío y la depresión. Con certeza debe de existir una zona brumosa y lagos en los polos: seguramente es esto, el país de las grutas brumosas del cual hablaban los viejos pioneros. Tú te has metido simplemente en el lecho de un río. No te has equivocado cuando lo presentías. Aunque evidentemente esto te pareciera niebla, ya que el elemento es menos denso que el agua. Has tenido suerte de bajar la visera de tu casco para protegerte antes, pues de lo contrario te habrías ahogado. Esta es la causa por la que los hombres-canguro no te han perseguido. Lo que te arrastraba era tan sólo la corriente. El elemento se transforma insensiblemente del estado gaseoso al líquido. Y la oscuridad que va aumentando poco a poco, es el elemento que se vuelve opaco, tal como es la noche bajo el mar.

—Pero esto no se parece en nada a las fotografías de Didier —hizo notar Lionel.

—Pues no, no más de lo que en la Tierra el lecho de un río se asemeja a los fondos submarinos. En cuanto a tus árboles que se estremecían, era la corriente quien los agitaba a su paso. Y referente a los genios con que tropezaste y creías que te empujaban, sería una especie de cascada. Por esto te has encontrado dentro del mar, sin darte cuenta.

Lionel iba recordando para sí, todo lo que le había sucedido, y acabó por decir:

—Sí, todo lo que me explicas, tiene su lógica. Mas, por lo tanto, ¿qué podían representar esos personajes que he visto en aquella ciudad?

—Seguramente se trata de una ciudad sumergida, lo cual es muy probable, ya sean rocas recortadas por la composición del elemento líquido que tiene propiedades disolventes, como hemos podido ver en las fotos de Didier. Y los personajes que has visto deben de ser una de tantas variedades de rayas...

—No era nada parecido a eso.

—Como un pez de río no se parece mucho a uno de mar. Ya sabes tú la gran variedad de peces que existen en la Tierra misma. Y no se parecen en nada muchas de ellas. En cualquier caso, amigo mío, has hecho un descubrimiento formidable. Y esto nos será muy útil en nuestras exploraciones. Ya empieza a ser hora de hacerlas de una manera metódica. Hablaré de todo esto con el Jefe. Acabaremos con los canguros, y ¡al fin, la libertad! Ya estoy harto de este agujero de gaviotas.

Lionel, muy a su pesar, se sentía como si fuera extrañamente un forastero. Le parecía como si fuera sólo a él a quien le hubiera sido hecha una revelación. De manera especial, las explicaciones de Michaël, de un carácter tan marcadamente material, no acababan de complacerle. Desde luego que ellos comprendían lo que le había ocurrido, y se lo explicaban. Pero ¿comprender, explicar? ¿Y no había nada más? Conocer... ¿Qué...? No podía comunicar a los demás esa impresión de intimidad, de complicidad con la naturaleza.

La mayoría de ellos parecían desconocerla. Para Sylvestre, era lo normal: alistado por efecto del entusiasmo propio de los dieciocho años. En cuanto a Morgan, era un tipo simplemente loco en pos de una salvaje libertad.

«Vosotros creéis poder explicarlo todo —se decía en su interior—, pero lo que habéis hecho simplemente ha sido disecarlo todo. Habéis atomizado la flor. Actualmente está muerta y bajo una campana de cristal en un museo».

Comprender... conocer el planeta. Como un geógrafo, sí, pero también en un sentido bíblico, no sólo con la cabeza, sino también con el corazón y con las entrañas...

Ahora *comprendía*, era superfluo decirlo, lo que significaba un hombre-canguro, algo más que una silueta sobre la cual se tira. Jamás podría olvidar aquel olor a cuero viejo, ni ese hocico aplastado, ni aquel aliento encima de él.

¿Y aquel claro misterioso? ¿Una marisma? Podría haber estado repitiendo quinientas veces la palabra marisma, y encontraría que no era una explicación lo suficientemente clara de todo lo que él había experimentado.

Es posible que hubiera sentido todo esto porque entonces se encontraba solo, lejos de la protección del refugio, del Jefe, de los demás compañeros...

«*El Jefe es quien mejor conoce el planeta*», había dicho el fotógrafo.

Al día siguiente, Lionel se encontraba ya lo suficientemente repuesto para poder levantarse. Las heridas que había recibido habían curado con bastante rapidez gracias a la ayuda del clima.

El consejo estaba reunido en la rotonda. La situación se había convertido en muy crítica. No podía esperar que les llegara ninguna ayuda ni socorro procedente de la Tierra y los pioneros acababan de ser reducidos a encerrarse en el refugio. Los hombres-canguros se habían enterrado, en el verdadero sentido militar de la palabra, entre el matorral, probablemente, por lo que suponía el Jefe, metidos en agujeros individuales y equipados con ametralladoras. Era poco menos que imposible alejarse más allá de diez metros de la base. No es que los enemigos se dedicaran a hostilizarles tirando sobre ellos; no, nada de eso, no les convenía delatarse, pero los cuchillos caían siempre sobre un blanco seguro. Cyprien había podido evitar uno a duras penas, al intentar, a pesar de todo, efectuar un reconocimiento por los alrededores. Tirar con ametralladora entre esas espesas matas habría sido quemar inútilmente municiones para conseguir un pobre resultado muy aleatorio; por otra parte el empleo abusivo de la pistola podía provocar un incendio total de la vegetación.

—Ahora, para que consiguiéramos recuperar la jungla, tendríamos que ir a desarraigarlos uno por uno —dijo Antoine.

—Habría que pasar el rastrillo —propuso Sylvestre—. Soltar en los cuatro extremos de la jungla vehículos que rastrillaran, apoyados por gente a pie.

—No —dijo el Jefe—. Volvemos siempre a lo mismo: no somos lo bastante numerosos para ellos y la jungla está sembrada de enemigos. Lo que nos haría falta es tener tanques, o unos cuantos morteros, por ejemplo. E incluso me conformaría con granadas; pero no disponemos de ninguno de esos medios, y no hay ninguna esperanza de conseguirlos.

Reflexionó, jugando con un lápiz que manejaba por encima de un mapa muy confuso de la región.

—A propósito, encuentro a faltar una pistola, según lo que me han dicho. Si ha caído en manos de los hombres-canguro habremos de hacer todo cuanto esté en nuestra mano para recuperarla.

—La tengo yo —dijo Lionel.

—¡Vaya, menos mal! Es mejor así. Puede guardarla, Lionel, ya que Fabian ha muerto. Pero, debo advertírselo a todos: no permitan jamás que caiga en manos del enemigo. Un tiro de una pistola de éstas, en una de las puertas o ventanas blindadas, y todo se acabó. No hay medio de reparar el daño: lo funde todo como si fuera mantequilla. Y nos hallaríamos a merced del número superior de los atacantes. Nuestra sola ventaja reside en estas armas. Ved lo que los hombres-canguro han hecho después que han conseguido apoderarse de la expedición de las ametralladoras. Y tienen municiones para cincuenta años, ¡al menos! ¡Por una vez que los Servicios de la Tierra se resolvieron a mandarnos suministros! Si alguien se encuentra en mala situación y tiene una pistola en su poder, mejor es que la esconda y la tire al mar. En otro caso, la base estaría lista. No es posible resistir un tiro sobre las puertas o las ventanas, ya os lo dije. Ni tampoco sobre las ametralladoras ligeras. Desde luego, es seguro que el enemigo busca echarles el guante, ya que han podido observar que llegaba a fundir sus propias armas.

Sylvestre hizo una mueca significativa, dirigida a Lionel.

—Vamos a tener una noche movidita —le dijo cuando salían de la rotonda—. Dime, ¿debe salir bien caro poseer una de estas pistolas?

Lionel no respondió nada. Se limitó a encogerse de hombros. La situación era mucho más grave de lo que dejaba entrever el Jefe. ¿Es que iban a morir como lobos atrapados por los perros dentro de su guarida? Los pioneros que estaban a su alrededor se apresuraban en prepararse para la batalla que iba a tener lugar, dentro de poco.

* * *

Un crepúsculo negruzco invadía ya la maleza. Lionel y Sylvestre se encontraban apostados cerca de las salidas de la cumbre provistos de una metralleta ligera. Ante ellos se extendía la sabana lejana, de color amarillo. A su derecha podían percibir los ametralladores instalados en la costa, silenciosos e inmóviles estaban alerta al lado de sus armas. El océano rugía, poderosa presencia.

La jungla se agitaba. Parecía que por debajo de la maleza corriesen rápidamente a intervalos unos animales, los hombres-canguro, aprovechándose de la oscuridad para cambiar la posición de sus puestos de guardia, aprovisionarse de municiones y comunicarse por si había habido alguna novedad y al mismo tiempo recibir nuevas órdenes.

Impacientes ya, los pioneros instalados en las salidas manipulaban sus ametralladoras.

Un fuerte ataque parecía prepararse.

—Esperan que llegue la noche para llevar adelante su plan de ataque —refunfuñó Lionel.

Una orden resonó en su casco.

—Todos a la escucha, todos a la escucha —clamaba la voz seca del capitán.

Se trataba de los auriculares amplificadores que se usaban en las exploraciones o en los combates nocturnos, que hacían el mismo cometido de acústica que los prismáticos en la óptica: amplificar los sonidos. Bastaba volver la cabeza en esta o aquella dirección para situarlos.

Los murmullos de la noche sonaron dentro de los auriculares. A Lionel le pareció que estaba muy cerca del río. Al mismo tiempo oía también los crujidos y el ruido que producían las botas contra las rocas de los ametralladores que escudriñaban impacientemente la noche. Inclinando la oreja hacia el lado de la maleza, captó un estrujamiento de hojas, unos cuchicheos, el andar pesado propio de los hombres-canguro, transportando un objeto, una ametralladora, sin duda.

Se volvió del otro lado del fiordo. Allá, un rumor muy suave, con precaución. El selector le permitía aislarlo del ruido del mar.

—Hay alguien que trepa por el otro lado de la costa —cuchicheó a Sylvestre—. Hay que advertir al Jefe.

Sylvestre preparó su micro.

—¡No, por radio no! —se apresuró a decir Lionel—. Ellos disponen también de cascos.

Sylvestre hizo un signo de haber comprendido, saliendo disparado hacia el agujero oscuro que formaba la escalera. Lionel continuó escudriñando nerviosamente, agarrando fuertemente la culata de su ametralladora.

Un concierto de disparos estalló, lanzándolo al abrigo de la roca. Muy cerca de allí, protegidas por la oscuridad, las ametralladoras de los hombres-canguro, tiraban sobre el refugio y sobre la línea del río. Ante este brutal ataque, respondieron todos a una, los fusiles. Un estrépito resonó a los oídos de Lionel: cerca de él, los vigías dispararon en la maleza con sus ametralladoras ligeras. Las balas enemigas se estrellaban sobre la roca, resonando en los oídos. Los pioneros disparaban a ciegas hacia la masa oscura y densa de la jungla, las ametralladoras no se descubrían por ningún fuego. Le parecía que todo un batallón subía al asalto del fiordo.

La abertura que había sobre el mar se iluminó y un proyector barrió las olas, fantásticas, espumosas, cogidas en su ascensión, luego dirigió sus rayos sobre el otro lado del fiordo.

Se oyó el disparo de una ametralladora no muy lejana, el proyector se extinguió en medio de un ruido de vidrios rotos y agudas exclamaciones, hechas por los pioneros que replicaron seguidamente.

—Aquí tenemos un proyector estropeado, sin demasiado trabajo —gruñó Lionel.

Apenas tuvo tiempo de percibir, aprovechándose de la luz del reflector, un grupo de dos hombres violetas, curvados al pie de la elevación rocosa. Con un ademán los señaló a uno de los ametralladores, continuando con su tarea de escudriñar el lado del fiordo, detrás de él, en donde había creído oír unos arañazos.

—¿En qué sitio has oído ese ruido, Lionel?

El Jefe se encontraba a su lado. No había oído su llegada. Las explosiones de las ametralladoras iluminaban y dejaban de nuevo en la oscuridad su figura descarnada.

«Parece el fantasma del padre de Hamlet», pensó Lionel un cuarto de segundo, con regocijo.

—Por allí, Jefe.

Indicándole en dirección al caos rocoso, desierto, que se extendía, destacándose sobre el fondo del mar de color blancuzco.

—Voy a ir allá. Proteged mi salida, tú y Sylvestre.

—Yo... yo puedo ir —intervino Sylvestre.

—No. Sólo yo puedo saber exactamente lo que ellos piensan hacer y examinar al mismo tiempo su posición. Estoy acostumbrado a esto. Quedaos aquí y vigilad.

—Nosotros le seguiremos —exclamó Lionel.

—No. Vosotros estáis vigilando desde esta altura. Podréis ayudarme mucho mejor desde aquí, si ocurre cualquier cosa. Si es que ellos piensan instalar un nido de ametralladoras, yo tengo con qué reducirlas, y un hombre solo siempre es menos visible. Conozco el camino.

Tras pasó el umbral de la salida y, con su mano armada de una pistola, se deslizó en la noche. Lionel y Sylvestre adivinaron, más bien que vieron, su silueta que descendía lenta y silenciosamente por las rocas.

A unos diez metros por bajo de ellos se extendía un camino llano, rodeado de rocas. Lionel colocó su auricular, mientras Sylvestre escudriñaba en un punto situado enfrente de él, esperando ver de un momento a otro a los enemigos y también la silueta del Jefe, pero la noche era negra y él no podía seguir su progresión.

—Es un veterano —se admiró Sylvestre—. ¡Va a bajar él mismo!

Lionel escuchó el roce del cuero sobre la roca y adiestrado en la escucha podía adivinar los movimientos que producía el Jefe.

«Allí. Se desliza sobre sus riñones, hasta llegar abajo hacia el camino llano... Se pega contra la roca para no dejarse ver... para confundirse con el terreno. Ahora se detiene... y mira atentamente para ver si hay alguna cosa. Se sujeta... ya está abajo, un tanto brutalmente. ¡Buena técnica, para ir en silencio! ¡Pues sí! Se para... ¿Lo han visto bajar? (Lionel coloca su fusil en su dirección)... No. Todo va bien, ya puede arreglárselas. Aunque, ¡con cuidado! A la manera de los indios. Muy bien. No da la impresión de que haya mucha gente. No le oigo más que a él. Adelante con mucha precaución, pero decididamente. Comprueba su pistola. Vaya, ahora se detiene. ¿Qué es lo que habrá visto? En cuanto a mí, no veo ni oigo nada de extraordinario. Es

verdad que él lleva consigo unos auriculares, él también... ¡Ah, sí!, se diría... que se dirige hacia allá resueltamente. ¡Vaya, otro ruido! Este se acerca, desde luego. ¿Lo habrá oído él? Se diría que está más cerca que él. Con tal que él lo haya oído también. Ahora se detiene. ¡Puercos!».

Y Lionel, crispándose sobre su fusil, escudriñó desesperadamente en la noche.

«No dice nada. Ni tampoco dispara. Esto debe ser una trampa. ¿Qué son, pero qué son esos ruidos? Ellos no disponen de ametralladoras, pero sí de cuchillos».

¡Deben de ser muchos, diantre! (Un aire glacial penetra hasta su corazón). Lo han rodeado. Yo no puedo disparar sin peligro de herirle, imposible. Aunque ellos tampoco, no atacan... quieren apoderarse de él vivo...

¡Cerdos! Se hallaban justamente detrás. Han esperado que estuviese sobre el sitio para rodearlo. Se han asegurado... ¡La pistola! ¡Esto es! ¡Quieren quitársela sin meter ruido!

Lanzó una ojeada hacia abajo. Le pareció ver confusamente unas sombras que se movían. Pero esto se debería, quizás, a la fatiga. ¿Cómo poder distinguir alguna cosa?

Ahora notó como un terrible frotar. Al mismo tiempo, una intensa claridad sulfurosa surgió por encima de la cabeza del Jefe que apareció inmóvil, más negro que la noche, en medio de una columna de fuego en cuyo centro él se mantenía erguido. Una humareda cayó sobre la roca, sofocando a Lionel.

Sólo había durado una fracción de segundo. Las llamas desaparecieron. La forma del Jefe, rodeada de rojo igual que una brasa, parecía haberse convertido en la de un objeto insensible, una estatua, desplomándose poco a poco. Por la mañana, sólo encontraría un cráter Heno de cenizas, sin traza de ningún ser viviente. El Jefe había hecho desaparecer su pistola. Y eso fue todo.

La batalla no se resolvía a favor de nadie. Las dos partes enfrentadas estaban indecisas. Luego el pánico se adueñó de los hombres-canguro, que se largaron como perros salvajes, creyendo que los pioneros estaban provistos de nuevas armas, bombas o lanzallamas. La jungla fue cruzada por enemigos que huían despavoridos, corriendo a refugiarse en la cresta, abandonando sus posiciones, imaginando de antemano la vegetación incendiada. Los pioneros aprovecharon la confusión reinante para aumentarla más aún si cabe, sin dejar de disparar continuamente con sus pistolas entre la jungla, afirmando en su terror a los hombres-canguro. Durante un largo instante no hubo más que un continuo tamborileo de disparos.

La madrugada llegaba sin que se oyera ni un solo disparo de réplica procedente de los hombres-canguro. Únicamente se oía a intervalos el repiqueteo insistente de una ametralladora, que también cesó en su hostigamiento un poco antes del amanecer, de una forma brusca, como hace un grillo que intenta agarrarse a la vida y, por un instante sigue en su grito espasmódico. Sale el sol, la hora más peligrosa para todos los asediados, la hora favorita de los ataques, ya que en este momento el sueño vence a todos los que durante la noche han permanecido de guardia velando sin cesar. La luz apareció sobre la sabana, ascendió en el horizonte. Los pioneros, uno a uno,

extenuados por la tensión sufrida y los esfuerzos realizados, sucumbieron al sueño.

Lionel se despertó hacia las diez. El sol calentaba la roca sobre la cual se había quedado dormido. Era una mañana tranquila; el mar venía a morir en la playa dulcemente. En el cielo, algunas nubes se desplazaban lentamente. Parecía como si nunca hubiera habido hombres-canguro en ese rincón del planeta, ni pioneros tampoco. Alrededor de Lionel, los ametralladores dormían o se removían vagamente entre el sueño y la vigilia. Descendió con precaución, extrañado de hallar un cargador medio vacío, y era el único. La jungla aparecía en todo su frescor. Desde su posición se habría dicho que estaba deshabitada. Cuando hubo descendido del fiordo, la batalla de la noche anterior llegó bruscamente a su memoria; por acá y por acullá sectores de vegetación arrancados y destrozados por la metralla, el suelo acribillado, y mientras iba andando, a medida que dejaba atrás las plantas, pies y manos de hombres canguros se ofrecían a su mirada. Uno de ellos estaba caído de espaldas, cerca del fiordo, una mano descarnada colocada debajo de la cabeza, la boca entreabierta y destrozada por una bala.

Más lejos, un enemigo aparecía abatido al lado de una ametralladora de manera tal que el cañón apuntaba al aire. Otro había sido alcanzado por una bala en el preciso momento en que se preparaba al asalto, conservando aún en su poder el cuchillo. ¿Era él quien lo había muerto?

Un aire de tranquilidad se extendió por todo el paisaje. Lionel dirigió su mirada hacia la cresta rocosa: estaba vacía e inmóvil. Una ametralladora abandonada brillaba bajo la luz del sol.

Mientras continuaba su marcha, sus botas se hundían continuamente sobre las plantas. Las raíces se enroscaban ya en uno de sus pies, segado quizá por una bala perdida. Luego levantó la cabeza: la naturaleza estaba tranquila después de la batalla que no había sido más que un episodio, una anécdota más dentro de los hechos que se desarrollaban en la superficie del planeta, no más importante que una tormenta localizada sobre el mar. Había, pues, que continuar adelante.

Solamente turbaba el silencio el ruido que producían sus botas, aplastando a su paso los tallos, y el murmullo del mar a lo lejos. Luego, poco a poco, lo que él había creído que era un chirriar de un insecto, aumentó de volumen: un zumbido continuo que no bajaba ni aumentaba. Este ruido ininterrumpido parecía no tener fin.

Avanzó hacia donde procedía el zumbido, sintiéndose un tanto inquieto, dirigiéndose en dirección a la costa. Por aquel lugar no se veía absolutamente nada, todo estaba vacío. Estuvo buscando la causa por todo su alrededor: este ruido procedía del suelo. Avanzó, apartó unas matas con gran precaución, sin dejar de vigilar con cautela.

Allá, en una excavación, una ametralladora estaba empotrada, inclinada de lado. El cargador funcionaba incesantemente, disparando unas balas que no salían. La máquina de acero azulado, estaba reluciente. Emplazada en un hoyo individual, en donde apenas había sitio para instalarse. Así, pues, los hombres-canguro no estaban

tan protegidos como habían supuesto. Una ametralladora instalada sobre un vehículo habría sido suficiente para estropear las posiciones enemigas.

Unas sombras se movían sobre la costa y por entre las rocas negras y el resplandeciente mar. Hizo unos signos vagos encontrándose demasiado fatigado para poder reunírseles, tomando el camino del refugio.

Las ventanas provistas de ametralladoras brillaban sobre la roca gris. Remontó escalando. Inmóvil, mirándole, el ametrallador que estaba más cercano a su puesto, sostenía aún su arma.

Se echó a reír. «He aquí uno que no duerme», se dijo. Le hizo algunos signos para tranquilizarle. El otro permaneció inmóvil.

Lionel terminó por fin de escalar la roca. El hombre seguía rígido y duro como una estaca.

«Se ha quedado dormido apuntando: ¡No está mal!», exclamó Lionel.

Dirigiéndose hacia él, vio que el hombre permanecía absorto. Lionel se aproximó más, y lo sacudió. Una ráfaga de ametralladora le había seccionado el tronco, al nivel de la salida del reducto. Y seguía aún, asido fuertemente, con la rigidez y fuerza que da la muerte a los músculos de los que sorprende en plena lucha, sostenido por su coraza y la puerta de salida, igual que el Cid Campeador dentro de su armadura. Lionel le dejó caer. Dio la vuelta, al botón de la radio de su casco. Volvía ahora al mundo de los hombres, lejos de los ruidos indiferentes de la mañana. El auricular sonó. Se trataba del capitán que, desde la costa llamaba al Jefe. Lionel se volvió lentamente. Detrás de él, hacia abajo, vestigios de la lucha nocturna, bostezaba una excavación de bordes negruzcos como la herida de un arma envenenada.

* * *

Están hablando en voz baja en la rotonda, con la cabeza llena aún de recuerdos del combate de la noche y de los sucesivos relatos de los pioneros que parecían hacer revivir la batalla con sus narraciones.

La silla de «Máscara de Hierro» estaba vacía ahora, y esta ausencia tenía algo de escalofriante. Nuestro punto de apoyo se había hundido. Todos nos dábamos cuenta hasta dónde estábamos unidos al Jefe. Todos nos sentíamos huérfanos. ¿Merecía nadie este sacrificio?

Su sombrero seguía allí, fantasma heroicamente elegante como el mismo «Máscara de Hierro», con sus vestidos de piel y sus anillos. Misteriosamente, le parecía a Lionel que este sombrero insólito dentro de esa fortaleza feroz, le hacía una señal tranquilizadora. ¿Pero, qué señal? ¿Qué quería decir?

Sobre la mesa se amontonaban los cascos, los correajes esparcidos por allí, dejados por los hombres que estaban fatigados y negligentes. Todos estaban llenos de tierra. Dos de los hombres habían sido cruelmente heridos por las balas y se curaban ellos mismos de la mejor manera que podían. Las noticias corrían: apostado en la

orilla y tocado en el vientre, Didier había terminado sus padecimientos matándose con su propio machete. Otro pionero había sido materialmente destrozado a cuchilladas por los hombres-canguro.

—¿Cuántos quedamos? —preguntó Antoine.

—Treinta hombres —estimó Sylvestre.

—La mitad —dijo Cyprien a media voz, con un gesto fatalista.

Antoine se irguió, avanzando un paso. Se hizo el silencio. Durante algunos segundos estuvo meditando para pensar bien lo que a continuación iba a decir y comenzó:

—He reflexionado mucho. Me haré cargo provisionalmente del mando. No puedo saber lo que el Jefe habría decidido, pero mientras esperamos que otro sea nombrado, nos hace falta proseguir la misión que se nos ha encomendado. Todos nosotros tenemos una tarea a realizar en este planeta, que es la de explorar. La colonia no puede estar expuesta a merced de un nuevo ataque de los hombres-canguro. No es conveniente que todas las posibilidades de colonización que aún nos quedan desaparezcan con la caída de este refugio. Todos saben que aquel que sea nuestro futuro jefe deberá redactar en el término de algunos meses el informe anual dirigido a los Servicios Astronáuticos Terrestres. Por tanto os voy a proponer lo que sigue: creo que lo mejor que podemos hacer es dividirnos en dos grupos. El primero, el más importante, irá tal como lo había proyectado el Jefe, en marcha de exploración hacia el norte. El segundo grupo permanecerá aquí bajo mi mando para proteger el refugio. Divididos de esta forma el grupo de exploración estará libre de un asedio y, llegado el caso, podrá intervenir atacando a los asaltantes por la retaguardia. Nosotros por nuestra parte, intentaremos aprovechar todo lo que nos ofrezcan los alrededores del refugio, los hombres-canguro nos dejarán respirar tranquilos durante algún tiempo, y mientras tanto intentaremos averiguar de qué recursos naturales disponemos: cuáles son las plantas comestibles, o medicinales, etc. En resumen, nos dedicaremos a efectuar una exploración minuciosa y a fondo: metódica.

En un rincón, el «Gran Mogol» fumaba su narguilé, improvisado con un matraz, un trozo de tubo de caucho y una pipa rellena de tabaco hecho con hojas de helechos, narguilé que trasladaba con él por todas partes y lo fumaba tranquilamente durante las pausas de las batallas o de las exploraciones.

—Desde luego por mi parte estoy completamente de acuerdo con esta proposición. El refugio estará suficientemente defendido con una decena de individuos. Por lo tanto entiendo que haremos muy bien en reconocer con detenimiento los contornos, y estimo que sería muy interesante que el grupo encargado de efectuar estáis exploraciones fuera armado hasta los dientes, sobre todo con pistolas. Nunca se sabe a lo que tendrán que enfrentarse —dijo, y acarició su barba con aire meditabundo.

—Estoy completamente de acuerdo con lo dicho por el «Gran Mogol» —afirmó Antoine, sonriendo al emplear el remoquete.

La discusión era ahora general. La colonia no era un ejército sometido a una disciplina rigurosa: cada pionero, llegado allí por su plena voluntad, podía abandonar el refugio cuando así se le antojara; pero las razones de seguridad y de solicitud material y afectiva, acercaban a todos estos hombres. Los Jefes no tenían otro papel que el de los reyes constitucionales.

Los pioneros esperaban que la colonia estaría, dentro de breve tiempo, lo suficientemente bien instalada, muy importante para que la Tierra se interesara por ellos. Ya que tenían necesidad de su ayuda. Lo que les faltaba era salir de su inseguridad perpetua, de su abandono, tanto material como moral, para llegar a ser el día de mañana un prolongamiento del poder terrestre dentro de los espacios cósmicos.

La expedición iba a levantar un mapa del planeta. Le era muy necesario encontrar animales domésticos, indagar qué raza era la que había edificado la Ciudad de los Pájaros, descubrir las especies evolucionadas del planeta, si es que existían. Debían comprobar la veracidad de las muchas leyendas que corrían: conocer las grutas brumosas, el Rey-Pez sobre todo. ¿Quizás existía allí una raíz humana y su rey se vestía de pez, como hacían los antiguos aztecas que se disfrazaban de pájaros?

Antoine reclamó silencio.

—Bien. No hace falta elegir al nuevo capitán. Este será el que tome el mando de la expedición que se dirige al Norte. Yo propongo a Morgan. Los que estén de acuerdo conmigo que levanten su mano.

Todas las manos se levantaron al unísono.

—Bueno. Ahora que la levanten los que no están de acuerdo con esta elección.

Nadie levantó ninguna mano.

—Entonces, aprobado —dijo Antoine... Veo que ha habido unanimidad.

Morgan se destacó del grupo que formaban y Antoine le prendió la insignia.

Los pioneros pronunciaron el grito ritual, que tenía unos aires bastante bárbaros.

Antoine apaciguó los ánimos.

—Ahora, hay una cosa a resolver, y es la elección del nuevo Jefe.

Los pioneros se miraron unos a otros titubeando. Pero Michaël tomó la palabra y todos se callaron:

—Bueno, creo que esto es un asunto muy distinto, capitán. Hablo así porque yo tomé parte en la elección de «Máscara de Hierro». No hemos de preocuparnos en absoluto por esto. El Jefe ha sido siempre nombrado por unanimidad y nunca ha habido ni una sola protesta respecto a eso: es algo que cae por su propio peso.

—¿Y eso por qué? —preguntó Cyprien.

—Todos lo vais a ver. El que debe ser el Jefe lo demuestra. No hay ninguna posibilidad de intrigar para conseguir el cargo, os lo aseguro. *Se ha dicho que cuando uno menos lo piensa es cuando se convierte en Jefe.*

—¡Esto sí que no lo comprendo! —confesó Sylvestre.

En medio de un silencio general toda la asamblea contemplaba a Michaël, intrigados.

—Bueno. Está bien... Ya que Michaël lo asegura así... Lleva aquí mucho más tiempo que yo —continuó el capitán—. Así que ya se verá. Y mientras, será preciso empezar a preparar el material para la exploración.

Alrededor de Lionel, todos se levantaron, dispersándose hacia sus alojamientos para tomar sus equipos o hacia el garaje. Lionel se quedó solo, mirando a través del ventanillo el mar blanco y calmado.

—¿Quién sería el que se revelaría Jefe? Morgan, quizás, impasible como él. Impasible como la «Máscara de Hierro», o aparentándolo tan sólo porque estaba siempre en reflexiones extrañas, lo mismo cuando contemplaba la depresión, que cuando tiraba contra la batería de ametralladores, «*sin cólera y sin odio*», sin orgullo, siempre tan singularmente natural...

Pero ahora el gran vacío, el gran misterio se abría ante ellos con su desaparición. Ser Jefe, admirado, ¡oh, sí! Pero en esa admiración hay también incomprendiones. ¿Era deseable esto? Él mismo, Lionel, un simple voluntario, era un individuo a quien Flum no comprendía en absoluto. ¿Y quién pudo, pues, llegar a comprender a «Máscara de Hierro», que tenía un nombre involuntariamente tan significativo? Ni sus compañeros exiliados. Es posible que algunos veteranos como Michaël, que nunca alcanzaría la dignidad de Jefe, pero que como un viejo criado que no siente la democracia, sabe mantenerse en su lugar, sin por ello ignorar las debilidades de su patrón.

En fin, ahora podría navegar verdaderamente por el mar; partir, explorar los países misteriosos que bordeaban sus costas. Se levantó para empezar a preparar sus asuntos y mientras estaba contemplando el mar por la ventanilla, se acordó de cuando estaba con Flum cerca de aquella otra ventana. Y sonrió a esa cara inquieta, a través de los inmensos espacios por ahora infranqueables.

* * *

Hace ya mucho tiempo que se han marchado con el vehículo. Lionel, sueña, acurrucado sobre el puente de la embarcación...

—Creo que deberemos llegar muy pronto a las grutas brumosas —dijo Sylvestre.

—Estás sumamente impaciente por verlas, ¿no es así? —preguntó Cyprien—. Si los cálculos de Michaël son ciertos, debemos encontrarnos próximos a ellas, en vista de la bruma que poco a poco va aproximándose.

Con su dedo muestra el espacio que les rodea. El cielo lleno de nubes, iba ensombreciéndose a medida que avanzábamos hacia nuestra meta.

Morgan examinó el cuadrante de orientación.

—Me parece que las cavernas deben estar situadas un poco más al Oeste. En todo caso, continuó la marcha. Seguramente habrá algunas cosas a descubrir.

A medida que el viaje va prolongándose, el aire se va enrareciendo cada vez más, sofocando cada vez más y más, todos los ruidos.

Mientras, todo se ha ido volviendo oscuro. Unas capas de hielo índigo van extendiéndose. Los hombres se parecen a los negativos de fotografías, brillando blancos sobre una atmósfera negra.

Unas masas enormes como casas, navegan a lo lejos sobre el mar. Intentan poder distinguirlas. Morgan dirige el vehículo hacia ellas.

—¡Son icebergs! —exclama Cyprien.

Majestuosos, van flotando a la deriva; extraños ropajes de cristal, de púrpura con brocados de oro, increíblemente parecidos a tubos de órgano, auroras boreales cristalizadas, errantes, huidizas, semejantes a los pájaros-fantasma.

Lionel mira, reteniéndolo todo en esta mirada escrutadora. Se podría decir que eran como unos microbios vistos a través de un poderoso microscopio; gigantes, transparentes, llenos de colorido y movedizos. En este espacio sin aire, los hielos entrechocan lentamente, rompiéndose y aplastándose en silencio. Se podía pensar que su masa entera era elástica al mismo tiempo. En cuanto a la expedición, permanecían inmóviles dentro de su escafandra, asemejándose todos ellos a esos personajes fabulosos que pueblan, según dicen, esta comarca; los viajeros contemplaban atónitos esta batalla titánica que se desarrollaba ante sus ojos. El vehículo hiende las aguas silenciosamente.

Como simple precaución, y curiosidad al mismo tiempo, Cyprien toma una pistola y tira sobre un iceberg, que se deshace al recibir el impacto de la bala roja, que rebota y, finalmente, se hunde entre los tubos. Algunos trozos se esparcen en silencio dentro del aire negro, como hacen los cohetes de los fuegos artificiales.

—El Erebo —murmura Sylvestre.

—¿En dónde hallaremos seres vivientes? —se pregunta Lionel.

Como una oruga gigantesca y asustada, el iceberg tocado zigzaguea, luego se dirige hacia ellos. El hielo salta en mil pedazos bajo su quilla. El gigantesco bloque se yergue, levantándose en derechura hacia el cielo.

—¡Todo a estribor!

El vehículo salta, vuelve a caer en el mar, inicia un viraje y se larga a toda prisa. Un instante después, en el sitio donde se encontraba, saltaba en mil pedazos. Tuvieron el tiempo suficiente para ver dentro del cuerpo del monstruo, docenas de animales ingeridos, consumidos poco a poco.

¿Era posible? ¿Un banco de hielo viviente? Un animal inorgánico, pensó Lionel, mientras el deslizador avanzaba fuera de la zona peligrosa. Semejante a esos seres semivivos creados por ciertas experiencias químicas, indiferenciados, pero poseyendo sin embargo, apetitos y reacciones, o ¿quizá fuera solamente una variedad de coral?

A lo lejos ven ahora el iceberg completamente calmado, simple reacción de defensa. Poderoso y pesado se dirige hacia alta mar.

—Son peligrosas las experiencias por aquí —comenta Cyprien, agitando lastimosamente su pistola.

—No tengo ningún deseo de volver a ver eso; larguémonos de prisa —exclama

Morgan.

Los ruidos van renaciendo poco a poco a distancia, mientras que el cielo va aclarándose. Aún unos días más de viaje y entonces tendrán a su vista las grutas brumosas, que tan ansiosos están todos por contemplar.

* * *

—¿Qué esperas encontrar allí?

—No sé, nada —dice Morgan, encogiéndose de hombros.

Quedan mirando el horizonte marítimo por la embocadura de la gruta. A distancia se levantan vastos picos azulados, excavados y agrietados por efecto del elemento disolvente, como si fuesen extrañas esculturas.

—En fin, nos las veremos de todos colores, dentro de esas famosas grutas brumosas —continúa Lionel—. Creo que sería conveniente que Michaël nos acompañara. He aquí la ilustración de sus teorías hidrográficas, aunque el elemento no sea el agua.

—Anda, expone lo que sabes —dice Cyprien deteniéndose en la roca que se levanta en mitad de la caverna, mientras Sylvestre, que está dentro del mar sumergido hasta la cintura, busca debajo del elemento para recoger fragmentos de rocas.

—Muy sencillo —dice Lionel—. Estamos ahora en el polo, país montañoso donde el líquido que llamamos elemento se amontona formando bruma, por efecto del frío. Se deposita en el fondo de las anfractuosidades rocosas pasando al estado líquido, de donde proviene el origen de los lagos, y cavernas marinas, como ésta, por ejemplo, en la cual nos hallamos nosotros ahora.

Cyprien levanta la cabeza hacia el fondo de la grúa, inmensa bóveda llenar de bruma.

—En ese caso es de suponer que habrán unos formidables ríos subterráneos de elemento por acá.

—¿Tú conoces esto? —interrumpe súbitamente Sylvestre.

Tiende a Morgan una piedra transparente, ligeramente violácea, formando prisma.

Morgan la coge:

—No. Parece un cristal. Esto puede pertenecer a los restos de una de las ciudades.

Lionel tiende la mano, apoderándose de la piedra. Es elástica por el exterior y con un núcleo duro dentro.

—Podría tomarse por un cristalino, sabes, lo que hace las veces de lente óptico en el ojo.

La mantiene pensativamente dentro de su guante.

—Tiene gracia. Esto da pinchazos. Yo diría que se trata de una piedra radiactiva.

—Pásamela un momento —dice Pierre.

Al cogerla con la mano lanza un grito; la piedra irradia bruscamente, cegándole, e ilumina el elemento una claridad lívida, extensa.

—Tira eso —aúlla Morgan, que ha comprendido.

Pierre forcejea. Partiendo de su mano, una escarcha de pequeños cristales, como la sal marina, pulula sobre sus brazos que quedan helados. Lionel saca su pistola.

—¡Eso no! —dice Morgan, bajando el cañón con su mano.

Saca su machete y se lanza sobre Pierre, golpeando sobre los brazos enfundados ahora dentro de una armadura de cristal. La marea de cristales sube al asalto de la boca aullante del hombre, cubriéndola, anegando el rostro. Morgan sigue golpeando, una y otra vez como un leñador. Enfrente de él sólo queda un árbol resplandeciente. Pierre no es más que una sombra en su interior, una sombra que va perdiendo la forma poco a poco, disolviéndose. Las cortaduras que Morgan ha hecho en el brazo, muestran una carne ennegrecida, salpicada de cristales, semejante al polvo de cristal.

Morgan permanece, inmóvil, estupefacto ante este fantástico bloque de cristal.

—¡Salgamos! ¡De prisa! —grita Cyprien.

El momento de estupor ha pasado, y con un mismo movimiento, se marchan todos hacia la salida. Se reúnen de nuevo en el exterior, sumergidos de medio cuerpo, afianzados a los flotadores del hidrodslizador amarrado cerca de la boca de la gruta.

—¿Qué era, de qué se trataba? —balbució Sylvestre.

—Un germen del banco de hielo, sencillamente —suspiró Lionel—. ¡Qué imbéciles hemos sido!

—A mí no me ha hecho nada cuando lo he tomado —dice Sylvestre.

Morgan se encoge de hombros.

—No. Ha debido calentarse poco a poco, al contacto de nuestras manos. Seguramente no puede reproducirse si no es a expensas de los cuerpos vivientes. Y como que por aquí hay muy pocos animales, los asimila inmediatamente.

Cyprien se estremece.

—Subamos al bote y alejémonos de aquí. Creo que es lo mejor que podemos hacer.

Antes de partir lanza una mirada inquieta a su alrededor, sobre las inmensas grutas en laberinto, azulinas, enormes.

—¡Diablo de piedras! —dice Sylvestre—. Espero que no haya muchas de su género como la que hemos visto.

—Ya verás, tendremos seguramente otras sorpresas del mismo estilo, por aquí —continúa diciendo Morgan—. Haríamos mejor en dirigirnos hacia el Sudoeste.

—Ha sido por mi culpa —profiere Sylvestre, bajando la mirada.

—Déjanos tranquilos. Tú no tenías obligación de saberlo. Y, además, estamos aquí exclusivamente para explorar el terreno. Hasta ahora no habíamos tenido ninguna baja. ¡Si hubieras estado aquí al principio, hace diez años!

Se meten todos en el aparato y Morgan se instala en el puesto de mando.

—Pongo rumbo en dirección hacia un clima más templado de todas maneras. Dentro de unas veinticuatro horas, aproximadamente, habremos dejado atrás el círculo ártico.

El vehículo se dirige en dirección Sudoeste, mientras las inmensas grutas van descendiendo lentamente sobre el horizonte. Agarrados a la plataforma, contemplan a través de la visera de sus cascos el mar que parece no tener fin y todo él cubierto por la bruma. El viaje resulta monótono: el elemento lechoso, el cielo de un verde azulado, las cavernas y los picos recortados, que a distancia parecían semejantes a fantásticas esculturas.

Mientras el mar burbujea bajo los flotadores, Lionel sueña sobre el sistema hidrográfico del planeta. El país de los hombres-canguro debe tener alguna relación con esto. ¿Sería necesario penetrar en una de estas grutas oscuras, seguir el curso del elemento hasta el final...? ¿Qué debe haber dentro del mar? Ya han sido víctimas de los cristales carnívoros. Aquí mismo en este sitio, una piedra puede representar un peligro.

Lionel permanece inmóvil contemplando la superficie brumosa. Unos versos italianos le vienen a la memoria.

*Siento el olor de un abismo, invisible y omnipresente,
el aire pestilente de un inmenso mar aletargado,
pero lleno de una oculta ferocidad, de vida devoradora.*

El vehículo marcha, transportando a los viajeros soñadores e inmóviles.

* * *

El sol había salido mucho antes que despertaran. La playa espaciosa estaba iluminada como por un polvo de oro. Morgan y Lionel se dirigen hacia allí, por la mañana muy temprano aún, mientras los otros continúan dormidos en el interior del hidrodreslizador.

—Tendremos que sumergirnos al fondo de este mar —dice Lionel.

Están situados en la orilla. Morgan examina atentamente el dispositivo respiratorio del casco.

—Hay que tener mucha precaución, por aquí hay numerosas rocas. Podremos agarrarnos a ellas si la corriente quiere llevarnos.

El sol cae a plomo sobre el mar, dándole un color encendido. En algunos trechos, tiene el color del agua marina. Lionel mira este sol y piensa en las propiedades desconocidas de este sol que aparecía de color amarillo-naranja a través de la ventana, durante la noche...

—¿Vamos? —dice Morgan.

Está preparado para sumergirse, revestido con la escafandra para todo uso, que recuerda la armadura negra de un samurái.

—Venga, lánzate al agua.

El casco da un golpe seco sobre la coraza. He aquí, de pie, al caballero misterioso, crustáceo y robot que se dirige hacia el mar.

Lionel, revestido de la misma manera, le sigue. El elemento lanza su espuma dulcemente contra las rocas.

—Ahora voy yo. Es preciso que uno de nosotros permanezca cerca de la orilla — dice Lionel.

El nivel del líquido asciende hasta sus ojos, lo sumerge.

Ahí está en pleno paisaje submarino. Todo aparece nítido, iluminado por el sol... El suelo oro oscuro, se extiende en pequeños valles sembrados de rocas, a lo lejos puede observarse un paisaje montañoso. Lionel nada en el interior del elemento.

Como una torre en miniatura, se erige un extraño arrecife rojo coronado de pústulas violetas, o quizás sean conchas. Esta pequeña construcción evoca un arrecife coralino. El elemento se agita a su alrededor, bordeándola con una franja, como el aire caliente que rodea una estufa y deforma por refracción los objetos. Insólito, parece contener algo misterioso en su interior.

Lionel va aproximándose hacia allí, muy lentamente, como si estuviese sumergido en un sueño. Vuela, nada, marcha lentamente en medio del líquido. Se siente fascinado. Su mano toca, rozándolos, los guijarros violeta, brillantes, y queda sujeta a ellos. Tantea la base con la otra mano y queda también sujeta fuertemente. Le parece como si penetraran en el interior de la materia del extraño arrecife, sin romperlo ni agujerearlo. Tiene la impresión de que, poco a poco, va incorporándose al arrecife.

Desde muy cerca, dirige su escrutadora mirada sobre el fondo de la roca: unas laminillas de oro. ¿En qué sitio ha visto anteriormente esto, esa materia igual que la pasta de vidrio o de cuarzo, púrpura y con unas fibras doradas? ¿Esa materia transparente? Le parece que va a convertirse en piedra también, o que...

Este arrecife parece querer absorberlo. ¡El banco de hielo! Apoyándose con sus pies intenta hacer presión para arrancarse de allí. Consigue extraer su mano derecha de la materia, coge su machete y golpea con energía alrededor de la parte que retiene su mano izquierda. La hoja salta sobre el material, que, muy lentamente en el lugar golpeado, sin que el arrecife se mueva, se retrae, se descompone, vuela en pedazos; finalmente puede libertarse.

Una fuerte patada lo aparta de ese arrecife, nada: a su alrededor. Hay alguna cosa que aparece medio enterrada en la sirena, es un objeto pesado compacto, una gran mole oscura. Lionel regresa a la superficie.

Morgan le ve reaparecer salpicándolo todo como un tapón que subiera desde el fondo. Él se había metido en el agua hasta las rodillas, la mano preparada, sobre su pistola.

Lionel gana la orilla y se pone a explicarle su extraño combate.

—Se trata de un niño polipero —dice Morgan—. Deben nacer por estos parajes y se agruparán luego más al Norte.

—Cerca de él hay ese objeto del que te he hablado —interviene Lionel.

Los dos se lanzan al agua. El objeto al que Lionel se había referido parece ser, en efecto, enorme pero hundido a la sombra del arrecife y medio sumergido en él, les es muy difícil cogerlo. Ambos se encarnizan en esa ruda tarea, utilizando sus machetes para levantarlo de la arena, y si es necesario romper la parte que está retenida por el polipero.

Por fin lo consiguen. Morgan sube a la superficie para ir en busca de un cable metálico flexible de los que llevan siempre en el vehículo. Desciende de nuevo y entre los dos lo atan a la pesada masa que luego subirán poco a poco hasta conseguir extraerla del agua.

Cuando al fin lo logran y la tienen en pleno sol la contemplan llenos de respeto.

Medio sumergida en el lodo lechoso de la orilla, es una cabeza enorme, una cabeza humana, de un volumen superior al metro cúbico. ¿Un fragmento de alguna escultura monumental?

La cara se diría fundida, o forjada, en un metal de reflejos carmíneos, y los cabellos en otro metal de un gris azulado pizarra. Lionel se acerca. Se diría que esa cara ha sido tallada con una paciencia infinita y un extraordinario realismo en busca de la realidad. El rostro, con los párpados cerrados, tiene un aire de estar meditando, como el de un rey que sueña. El pelo —barba, pestañas y cejas de metal gris azulado— está ajustado con destreza al metal, cubierto de vetas rojas, empleado para representar la carne. Todo esto está deslucido y polvoriento como el plomo o el estaño.

Ese objeto, sin duda alguna, era de la misma procedencia, la factura lo indicaba, que los otros objetos e instrumentos descubiertos en la playa cerca del refugio y dentro de la Ciudad de los Pájaros.

—¡Así, pues, aquí hay hombres! —exclamó Lionel—. Han sido ellos los que han construido la Ciudad de los Pájaros. ¡Formidable! ¡Decir que hay pioneros que están muertos sin haberlo sabido jamás, que se han creído abandonados muy lejos de toda la humanidad. ¡Los mismos jefes!... hombres selectos de la especie humana.

Pensativamente examina la cabeza.

—Seguramente no se trata de pioneros como nosotros, en cualquier caso. Toda una civilización ha tenido el tiempo de formarse con su propia técnica una clase de metales muy particular. Mira: ellos saben cuáles son los metales que se encuentran sobre el planeta. Y aquellas piedras también: acuérdate, aquéllas de la: Ciudad de los Pájaros. En ninguna parte de la superficie, he encontrado nada parecido.

Morgan no parecía compartir, por lo visto, el entusiasmo de Lionel.

—Aquí no hay cuerpo —objetó él—. Es posible que sean unas criaturas que solamente se nos asemejen por la cabeza.

Contempló el objeto más de cerca.

—Esto no tiene aspecto de antiguo. Sin embargo la Ciudad de los Pájaros parece más una ciudad muerta desde hace tiempo. Es posible que el elemento y el aire sean

menos destructivos aquí que en la Tierra.

Dos horas más tarde, los pioneros estaban reunidos para la comida, compuesta de pescados y mientras iban comiendo, discutían la posible procedencia de esa misteriosa escultura.

—Nunca se sabrá —dijo Cyprien—. Puede ser una civilización fundada por algunos pilotos perdidos cuando no se iba más allá de Venus...

—O también pudo ser —dijo Sylvestre, con los ojos brillantes por la emoción, por su loco ensueño... la creación de unos hombres muy anteriores a nuestra era, que hubieran llegado a este planeta, hombres del tiempo de los romanos o de esos reinos extraordinarios de los que nos hablan los relatos de los tiempos mitológicos.

—En todo caso, estoy seguro de que nos hallamos ante la evidencia de haber dado con los vestigios de los verdaderos habitantes del planeta, los hombres-canguro no son, por desgracia, otra cosa que nuestros semejantes.

—Desde luego era una idiotez suponer que los pájaros habían sido los constructores de la ciudad, no son más que unas bestias como los demás animales —dijo Cyprien, con un tono reposado y de desprecio.

Lionel no halló demasiado ajustada a la realidad esta reflexión. «¿Bestias, los pájaros?» ¡Expresión cómoda!. Es cierto que cuando llegaron se reían. Pero, es que comprendían los apuros y todo cuanto les estaba ocurriendo a los pioneros. Igual que los cuervos se burlan, lo mismo que los loros saben muy bien lo que dicen, comprendiendo el sentido de las palabras pronunciadas delante de ellos, no al pie de la letra, claro, pero sí a su tono.

—Sí, debían ser animales domésticos de los que poblaban las ciudades —dijo Jeff—. Quizá podamos domesticarlos nosotros también.

—Colonizar, edificar —soñó Lionel—. ¿Es esto una solución? ¿Es esto el reino del hombre? ¿Domesticar también los icebergs?

—Según lo que yo pienso —dijo solemnemente Cyprien—, la raza humana debe estar extendida sobre todos los planetas que son habitables. Puede tratarse de autóctonos, o ¿quién sabe?, de algunos hombres Jefes de la galaxia, que se dedican a civilizar los planetas. Incluso si se han marchado de aquí, podremos ver, eso espero, un testimonio del orgullo humano.

Morgan escuchaba la discusión, con un aire vago y enojado. En el fondo, el hecho de encontrar unos hombres le era indiferente. Todo lo que él deseaba, era la aventura solitaria, la primitiva libertad dentro de la naturaleza.

—En todo caso, hay algo que es evidente —intervino Jeff—. Hay una ciudad sumergida en las proximidades. Sería muy interesante visitarla.

—¡Yo iré —exclamó Sylvestre.

—Yo también —dice Morgan.

—No, si me lo permites —interviene Lionel, volviendo a pensar en el animal que había visto en el corredor sumergido de la Ciudad de los Pájaros, yendo con él—. Creo que sería conveniente que algunos de nosotros permanecieran contigo dentro del

vehículo, para un caso de emergencia. Tú no puedes arriesgar tu vida en esto, en tanto seas capitán.

—Claro, es lo justo —dijo Cyprien—. Deben acechar muchos peligros por allí. Es necesario que algunos de nosotros vigilen las salidas de la ciudad, mientras los otros se dedican a explorar el terreno.

Dicho de otro modo, era necesario sumergirse en ese elemento. Estaban obligados a ello, y a sumergirse muy profundamente, mucho más que para coger peces, como lo habían venido haciendo hasta entonces, Lionel volvió a acordarse de la mueca que hizo Michaël cuando en el estudio del refugio les mostró las fotografías: *Hay que descender allí. Es allí donde se encuentra la verdadera fauna, la vida.* No podían dejar transcurrir más tiempo ni eludir esta tarea; era necesario abandonar la superficie, el aislamiento protector del refugio, para poder ir en busca de los vestigios de sus semejantes en ese planeta perdido.

El gran animal liso y negro como una foca, que había entrevisto en la Ciudad de los Pájaros la primera vez que estuvo allí con Morgan... *Unos sótanos llenos de agua.* «...Un mar inmenso y dormido, lleno de oculta ferocidad, de una vida devoradora».

Terminada la cena, fueron a dar una vuelta por la playa montados en su deslizador. Poco a poco percibieron a cierta profundidad una gran masa oscura.

—Bien. He aquí mi plan —dijo Morgan—. Dos de nosotros se sumergirán y penetrarán en la ciudad por la parte baja. Los otros se sumergirán también, aunque permaneciendo en el centro de la muralla que seguramente debe de haber en esta ciudad, si es que está construida siguiendo el mismo estilo que la Ciudad de los Pájaros. Los dos exploradores estarán encargados de vigilar la ciudad, armados con sus pistolas. Los otros vendrán conmigo y nos mantendremos en el vehículo, preparados para cualquier emergencia y poderles recoger a la menor alarma.

—¡Voluntario para explorar! —declaró Sylvestre.

Morgan se le quedó mirando, como juzgándole.

—Bien, aceptado. El segundo será... tú, Lionel, toda vez que durante este tiempo has adquirido ciertos conocimientos relativos a exploraciones, cuanto estabas en la sabana, etc. No te olvides de llevar siempre la pistola. Creo que lo mejor sería que vosotros dos os sumergierais ahora pero no directamente sobre la ciudad, pues no se sabe nunca lo que puede haber de verdad sobre los peces carnívoros. Entrad en ella andando, si así puede decirse, adentrándoos progresivamente. Y sobre todo tenéis que estar alerta a los remolinos que deben abundar entre aquellas construcciones.

El vehículo giró a alguna distancia de la playa.

—Es preciso que nos bañemos allá dentro —dijo Lionel a Sylvestre.

El desgraciado recuerdo que tienen de este mar a su llegada al planeta, los detiene; durante un momento los dos parecen titubear.

—Vamos, ahora —dice Lionel, bruscamente.

Se deja caer del vehículo, descendiendo interminablemente. Debajo de él una

masa desplazada del elemento: Sylvestre nada de la mejor manera que puede.

Sus pies tocan la arena, da una mirada a su alrededor: ve unos árboles enormes, formando un bosque, como si fueran baobabs. Localiza el camino: arriba se distingue la sombra de un vehículo. Ante él en la penumbra, distingue unos picos y circos parduscos. A lo lejos aparece como una extraña catedral y lanzando sus cúpulas a lo alto, la ciudad.

Sylvestre acaba de caer a su vez cerca de donde se encuentra Lionel. Percibe el ruido de su caída sobre la blanda arena.

—¿Has comprobado bien tu casco? Puedes aún volver a subir, si no te gusta.

—No, no, todo va bien por ahora.

—Bien. En marcha.

Van avanzando lentamente hacia la ciudad que eleva su gran masa negra, en medio de regueros verduscos de las corrientes que la rodean. Lionel no se apresura: es mejor que los otros pioneros tengan tiempo de subir sobre las murallas. Examina su pistola.

CAPÍTULO V

El cielo es de un color azul, casi negro. El sol parece rojo, sin resplandor. Todo está sumergido dentro de una luz de eclipse. Ante ellos, después de los vastos cráteres rocosos, se extiende la ciudad.

Predominan las cúpulas de todas las medidas; escarpada, enorme: en esto sobre todo es en lo que se diferencia de cualquier otra ciudad terrestre.

Pisan sobre un pavimento de piedras opacas que parecen de mármol blanco, verde-pálido o azul-verdoso, que evoca un mosaico primoroso. La avenida es inmensa, rectilínea. Unas sombras azuladas, errantes, solitarias. Jamás han presenciado una tal impresión de soledad.

Todo aparece polvoriento a su alrededor y elevándose continuamente.

—Parece un castillo encantado, un castillo de leyenda —dijo Sylvestre.

Ante ellos, se ofreció a su vista sobre la muralla, un prodigioso jardín colgante. Contra el negro cielo, se levantan gran cantidad de árboles con el follaje púrpura, con alargadas flores verdes, como muselina.

De un salto, se aproximan nadando a la muralla y trepan por ella. Se encuentran dentro de un jardín. En el centro, cosa insólita, hay una pequeña glorieta adornada con un dosel de hojas, que se destaca sobre el horizonte de terciopelo negro. Sobre la hierba muerta, de cuando en cuando, se levantan unos pedestales que parecen soportar como unos astrolabios, esferas similares, y toda clase de cuadrantes solares y un raro anillo plano de metal dorado, grabado con figuras o signos incomprensibles.

—Esto debe ser —dijo Sylvestre señalando con su mano el quiosco— una cabina telefónica londinense abandonada en un bosque.

—O la caseta del timonel, en un barco de recreo.

Lionel se aproxima, sus pies resbalan sobre la hierba azul.

En lo alto de la construcción de cristal grueso, hay lo que parece un gallo de bronce negro, con el cuello y pecho de oro verde, de un extraño realismo. La armadura del pabellón es una red de acero negro, reluciente. Todo está cubierto por completo por un polvillo pardusco.

—Qué curioso, esto parece orfebrería rusa —dice Lionel—. Es a lo que más se parece.

—Sin duda, la cabeza que encontramos en la playa, procedía de aquí —dijo Sylvestre.

—Sí —respondió Lionel, maquinalmente.

Con sus dedos aparta el follaje, e intenta mirar a través de los rombos verdes al interior. Una luz amarilla, suavísima, la bañaba y pudo ver una especie de pieza pequeña almohadillada con delicadas telas, como bajo una rara tela de color ocre, rameado de oro, una joven de cabellos caoba, danzaba, girando sobre sí misma. Era

alta y esbelta, de rostro fino. Parecía estar jugando sola, como una niña pequeña que habla consigo misma. De repente dejó de dar vueltas y miró a Lionel con sorpresa.

—¡Caramba! —exclamó éste.

Sylvestre, aproximándose, quedó estupefacto.

—¿Un habitante?

—No habría creído jamás que se nos asemejaran tanto —agregó Lionel.

—¡Sí! ¡La cabeza!

La joven les contemplaba con un aire lleno de confianza y de loca esperanza, como el de un perrito que espera ser adoptado. Golpeó impaciente en el cristal.

—Tenemos que encontrar la puerta —dijo Sylvestre.

Dio la vuelta al quiosco, tanteando para encontrar una entrada, pero todo resultó vano.

—Tiene un aspecto un tanto raro —dijo Sylvestre—. Es cierto que es de este país. Lionel, de vuelta otra vez, volvió a mirar por la pared.

—Sí, tienes razón, tiene un aire un poco animal.

Con una sonrisa desgarradora, la joven les hacía grandes signos.

—Se tratará quizás de su reina —dijo Sylvestre—. Dentro de una construcción como ésta...

—En todo caso, no tiene un aire normal. Aunque parece saber que nosotros somos seres humanos, a pesar de nuestros cascos, que nos ocultan.

—¿Y si fuese una prisionera? —dijo bruscamente Sylvestre.

—Es posible. O uno de los habitantes atrapado por la marea.

—Espera un momento. Voy en busca de una escafandra. Dentro de este quiosco hay aire.

Un ruido de cristales rotos les hizo dar un salto. Un objeto de metal rodó hasta sus pies: la joven había roto el tabique.

Lionel saltó dentro del quiosco.

Un torbellino como de nieve blanca le cubrió. La arena roja del parque, voló. Al mismo tiempo un viento luminoso levantó a Lionel, un ruido fantástico ensordecedor llenó sus oídos. Intentó coger a la joven. Un violento agitarse de los elementos furiosos le cegó y la joven se escapó de sus manos. Llevados por la corriente, volaban lentamente cara a cara. Ambos veían a la joven dando vueltas, su amplia ropa desplegándose sobre ella como una flor que se abre.

Ya no quedaba ni suelo ni techo ni gravedad, nada más que un mundo blanco en donde él y la joven evolucionaban y en el cual, como en un sueño, intentaba inútilmente alcanzarla. Parecía que la muchacha se fundiera poco a poco, se disolviera, se difuminara.

Consiguió por fin alcanzarla, pero era ya demasiado tarde; se dejó caer en sus brazos. Su rostro empapado por el elemento se esfumaba progresivamente, se volvía transparente. Lionel no sujetaba nada más que a una sonriente, ahogada, apaciguada, liberada. Ahora la tenía muy cerca y además inaccesible, exactamente igual que una

imagen reproducida en un espejo.

El cuerpo resbaló suavemente de sus brazos, dejando en ellos trozos consumidos de su ropa que caían formando como una ceniza, mientras la corriente lo llevaba lejos del quiosco, agitando sus vestidos alrededor de la muerta, que parecía aletear, como un enorme pájaro.

Lionel volvió a caer, mordió la arena. Los copos se esparcían como espuma que salta sobre una roca. Se levantó, ridículo ante el viento, el elemento y todo el mar que la había absorbido.

Desconsolado, Sylvestre seguía con la mirada el cuerpo de la joven, que ahora bogaba a la deriva, como una extraña medusa luminosa sobre un fondo negro.

—¿Qué crees tú que ha ocurrido? —gritó consternado—. ¿Un truco de los habitantes?

—No —dijo Lionel con impasibilidad—. No había más que aire en el interior de la cabina. En contacto con el elemento se ha originado una especie de catálisis, una formidable reacción química.

De él pendía aún un pedazo deleznable y gris de la tela de la joven, que se desprendió bajo los efectos del movimiento del agua y se dispersó. Se volvió hacia la cabina desaparecida, destruida como por un rayo, en la que las telas que la guarnecían remolineaban por efecto de las corrientes.

Quedaron un tiempo silenciosos. Lionel contemplaba abstraído la ciudad.

Sylvestre reflexionó:

—Debía de tratarse de una prisionera que los habitantes dejarían abandonada en el momento de producirse la marea que los sumergió. O quizá un habitante mantenido así en una especie de sueño artificial, algo parecido a la bella durmiente del bosque. Seguramente había visto antes algunos hombres como nosotros, en esta ciudad, ya que nos ha reconocido.

—Sí —afirmó Lionel—, esto explicaría la cabeza. ¿Pero se trataba verdaderamente de una mujer parecida a nosotros en todos sus aspectos? ¿Sería conveniente recuperar el cuerpo y examinarlo?

—Oh, además, es casi seguro que encontraremos otros individuos parecidos —dijo Sylvestre—. ¿Y si nos dedicáramos a ir en busca del cadáver? ¿O vamos a buscar los que están arriba? Es de suponer que subirá flotando a la superficie.

—Es una idea —dijo Lionel buscando con la mirada el círculo de murallas en donde debían encontrarle encaramados los demás pioneros.

Sylvestre adoptó un aire misterioso.

—Escucha —dijo con gran excitación— ¿y si nos pusiéramos a explorar la ciudad cada uno por su cuenta?

—Quizás se encuentren monstruos marinos dentro las casas —dijo Lionel—. ¡Hay que tener cuidado con esto!

—Esto no significa nada. Disparas tú, o yo —agregó después de un titubeo.

Lionel sonrió, comprendiendo.

—Bien, toma la pistola. Pero ten cuidado.

—¿No la necesitas? —se apresuró a decir Sylvestre con aire de remordimiento, casi de escrúpulo.

—No, no. Estoy acostumbrado. ¡Piensa en tu machete! Con él desafiaría a un batallón de pulpos. Te cortaría un cachalote en rodajas... si hubiese alguno aquí.

—Entonces, de acuerdo. Yo voy por este lado, allá, hacia los muelles.

Vio cómo se alejaba, blandiendo la pistola como un muchacho, lleno de entusiasmo.

—Este... tenía que haber sido arqueólogo. La verdad es que en la Tierra... ya queda muy poca cosa para desenterrar.

Se puso a soñar. ¿Cómo eran, pues, los habitantes de la ciudad? Anteriormente había observado unas estatuas sobre un muelle alejado, a la entrada de la ciudad. A fuerza de paciencia quizás podría él reconstruir su manera de vivir y la razón del porqué de su extraña arquitectura. Se dirigió, sintiendo curiosidad por examinar de más cerca las figuras de metal.

Un ruido repercutió sobre los muelles solitarios, amplificándose. Volvióse inmediatamente y buscó en el cielo negro y en el muelle rojizo. ¿Quién había disparado? Este ruido no procedía del cerco de murallas. Era Sylvestre, seguramente, pero ¿contra quién?

Agarró su radio:

—Oye, Sylvestre. ¿Me oyes, Sylvestre?

Un ruido raro le dio a entender que la radio de Sylvestre estaba conectada, aunque él no respondía.

Se dirigió corriendo hacia el muelle, empuñando el machete.

Sobre el suelo anaranjado se destacaba contra el horizonte negro una sombra que se deslizaba. Era Sylvestre, con su pistola en la mano.

Lionel se precipitó sobre él, sacudiéndole.

—¿Qué te pasa?

El más intenso pavor se destacaba en los ojos de este último, que él veía a través la visera. Sólo pudo balbucir:

—¡El dux... su fantasma!

—¿Qué dux? ¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

Poco a poco Sylvestre iba recuperándose de su espanto, recobrando su serenidad. Levantose.

—Allí... yo estaba mirando una escultura, muy rara. ¡De repente! No sé si fue debido a la atmósfera de la ciudad... un sueño quizás... Una alucinación provocada por algún tóxico del elemento... He visto...

Llevó sus manos hacia su visera.

—¡Bien! —dice impacientemente Lionel sacudiéndole.

—Una sombra que se paseaba.

—¿Un pez?

—¡No! Un ser... un hombre. Se cubriría con una capa adornada... como un obispo, sí, una capa o una manta, y cubierto... De esto estoy bien seguro, se adornaba... ¿te acuerdas del gorro del Gran Mogol?

—Sí, ¿entonces?

—Bien... como aquel, dentro de ese estilo. Y avanzaba con una majestad... Le he mirado... Y se ha precipitado sobre mí. Entonces he disparado. Ha huido a toda velocidad.

—¿Su cabeza?

—Yo qué sé. Una masa oscura. No lo he distinguido bien. ¡Sobre todo con esta luz! Pero ¡esos vestidos tan brillantes...!

Lionel reflexionó durante algunos momentos.

—Veamos. Yo pienso que debe tratarse de algún pionero que ha encontrado unos vestidos dentro de unas de las construcciones, quizás un tipo algo loco.

No se sentía satisfecho con la explicación que había dado, pero no quería asustar más a Sylvestre. La aventura, el ambiente, en esta coyuntura estaban bastante espantados.

—¡Oh! Y además... andaba de una manera rara... Majestuosamente. Sí, ya te lo he dicho: ¡como un dux!

La historia del Rey-Pez vino a la memoria inquieta de Lionel, aunque nada dijo.

—Tenemos que encontrar a los demás. Hay que explorar la ciudad.

Recogió la pistola.

—En concreto, ¿llegaste a tocar a tu dux?

—No. No estoy seguro de mi puntería...

«¡Tú tienes miedo!» —pensó Lionel—. «En cierto modo lo prefiero así. Si se tratara de uno de los nuestros, o de algún tipo de la expedición extraviado, que hiciese el imbécil... Un tipo que hubiese caído en el mar... Evidentemente que con el casco en su poder puede vivir indefinidamente. Pero ¿y qué comerá? ¡En fin!».

—Bueno. Voy a ir a ver por dónde se ha metido. Si no regreso... ya sabes... la señal de alarma. Tú aporrea sobre el micro. ¿OK? Los otros vendrán.

—Entendido —dice Sylvestre.

Todavía quedaba en él una sombra de terror, pero estaba subyugado por la rápida decisión de Lionel. Este sonrió interiormente: él también estaba perplejo, pero no lo dejaba traslucir.

Se dirigió hacia una de las construcciones con la pistola en la mano y el machete en la otra, adentrándose en la gran sala. Nada.

Reflexionó. Quizás el hombre se encontraba en los pisos inferiores de la ciudad.

Volvió: Sylvestre deambulaba solo por los muelles a lo lejos. Lanzó una ojeada hacia las construcciones ciclópeas, que se levantaban muy alto por encima de su cabeza, presididas por grandes arcos muy oscuros.

Continuó su marcha. Los muros eran verdes, o rosa, brillando en el cielo negro como iluminados por lámparas de sodio o de mercurio. Eran una especie de rocas

submarinas.

Ante él una escalera estrecha y oscura se hundía entre dos construcciones, conduciendo hacia abajo, sin duda hacia un lugar vasto y negro que desde allí no podía distinguir. A lo mejor el hombre se había refugiado allí. Presentía a todo su alrededor la presencia formidable de este enorme resto del pasado dentro del cual deambulaba solo. ¿Hacia dónde conducía esa escalera?

—¿Lionel?

—¡Sí!

—Veo unas sombras que se mueven.

—¿Dónde?

—Allí cerca de... una cosa negra.

—¿Cuál...? —pidió Lionel, luego se interrumpió. Ni uno ni otro conocían la ciudad, ni su topografía. Pregunta inútil, pensó, para razonar con Sylvestre esta cuestión y consigo mismo:

—Puede ser uno de los nuestros.

—¡Oh, no! Esto resbala... Se diría que son rayas.

Lionel pensó en los peces que había visto en el río del bosque.

—No te preocupes. Ya sé lo que es.

Descendió la escalera, hacia la plaza oscura.

Súbitamente... ¿Qué son esas bestias horribles, allí, en la oscuridad, que se arrastran marchando paso a paso, plateadas? ¿Esos extraños seres que le contemplan desde abajo, con cabezas y garras de buitre, con ojos inmensos, sin blanco, azul-gris, líquidos?

De ambos lados de la escalera, una algarabía burlesca de gárgolas vivientes que se introducen por las aberturas de las fachadas, sueño delirante de un demonólogo.

Palpitan, se agitan, deslizándose uno por encima del otro. Se dirigen penosamente hacia él.

Se lanza rápidamente hacia lo alto de la escalera. Abajo, en el fondo, una jauría incongruente gruñe, unas siluetas de grotesca majestad ondulan, brillan los ojos.

Corre, corre hacia las salidas superiores, las calles verdes y desiertas. Lanza una ojeada hacia atrás y fe a los seres infames, confundidos, volver en su persecución.

Los pierde de vista en un recodo y se larga en dirección hacia la primera puerta que encuentra: una pieza vacía con losas blancuzcas, iluminada por una ventana coloreada al nivel del suelo.

—¡Llamando a Sylvestre! ¡Llamando a Sylvestre! ¡Llamando a Jim! ¿Serge?

Sólo le responde el batir de un tambor, luego otro. Después otro aún.

Por la entrada mira la vasta ciudad desierta, bajo el inmenso cielo negro y pesado. Intenta imaginar a los otros pioneros, deambulando sobre los muelles, subidos sobre las murallas atacados ellos también por estos seres. ¿Qué significará el tambor?

Se lanza fuera de la pieza, mira alucinado a las formas negras que saliendo de la calle suben del fondo de las avenidas.

Corre. Los tambores baten incansablemente en los auriculares. Ninguna llamada, ni tan sólo una voz: nada más que el sonido monótono que llega de todas partes.

Una vez más llama por el micro, mientras recorre con la mirada la inmensa avenida desierta, impassible, insólita; pide socorro, pero ya sabe que todo es inútil.

Cae.

Un rumor le indica que la jauría está detrás de él. Batir de tambores, o de su corazón extraviado. Mira otra vez las fachadas lívidas donde se arrastran las sombras azules de los monstruos.

¡Ya llegan!

Los fantasmas, los seres de las profundidades infectas, de las cloacas de la creación, criaturas de la noche, los malos habitantes de los planetas que no deben ver los hombres.

Un aullido resuena. Una claridad deslumbrante se extiende; arriba en la cima, una arcada se ilumina, se balancea. La ciudad está iluminada de un brillo anaranjado.

Lionel se vuelve, levantándose.

Sobre una larga escalera negra que está a su izquierda a la luz espasmódica de los relámpagos, percibe una jauría salvaje de monstruos, sobre los cuales pasa un viento de tempestad, agitando los oropeles ¿su carne? como pingajos.

Una bola de fuego deslumbrante se hunde, formando chispas sobre ellos.

Se dispersan despavoridos. Uno de ellos, más que un esqueleto, cae a pocos pasos de Lionel, su cuerpo se consume como una brasa.

—¡Lionel, al extremo del muelle rojo!

Lionel corre, corre en medio de los soplos de las pistolas.

Negros, terribles, semihombres, semirobots, tiene el tiempo justo de ver a los hombres manejando las pistolas.

Se sumerge, vuela, se encuentra al pie del muelle rojo. ¡Ya era hora!

* * *

Sylvestre está allí inmóvil. Cuando Lionel se ha repuesto, le dice:

—¿Tienes la pistola?

Lionel hace un signo afirmativo con la cabeza.

—Prefiero esto. Porque con un cuchillo...

Sylvestre silba.

—¡Diablo! ¿Has visto esas bestias?

—Sí.

—¿Qué crees tú que puede ser?

—Una variedad de peces de río —dijo Lionel— o... unos peces que han encontrado refugio en este sitio.

—Yo no sabía que el planeta contara con tal colección de monstruos —dijo Sylvestre.

—Sí. Una forma abisal, esto es: lo mismo que en el Pacífico. Aunque nosotros no estamos a gran profundidad. Es verdad que la presión no es mayor, vista la densidad del elemento.

—Y si eran fantasmas —dijo Sylvestre, con voz excitada—. Sabes, algunos llevan sombreros como el que tenía el gran Mogol. Con su ciudad hundida, quizás se han despertado ante nuestra aproximación. A lo mejor son unos espíritus malignos que tienen como guardianes los brujos de esta ciudad. Conoces la historia de la tumba de Tutankamón...

—Párate. No sabes nada de lo que estás diciendo. De hecho tus espíritus se han ahuyentado ante la amenaza de las pistolas. Lo que hace falta sencillamente es saber en dónde se encuentran ahora.

—¡Yo no voy! Se deben contar a centenares, a millares. ¿No puedes liquidar los peces del mar? Supongamos que tú quisieras limpiar las fosas de las profundidades del Pacífico...

—No, no se trata de eso, pero me gustaría saber lo que hay bajo el suelo de la ciudad.

Sylvestre titubeó; luego por amor propio y también curiosidad, terminó por levantarse.

Se miran entre sí durante la marcha. Formando centinela los otros seis apostados sobre lo alto de la muralla, vigilan esperando la vuelta ofensiva de los monstruos.

—Cuando yo os avise será preciso acudir rápidamente. A lo mejor hay cadáveres en las cámaras cerradas después del cataclismo.

Sylvestre no responde. Solamente al cabo de unos instantes le pregunta:

—¿Tiras bien?

—Sí, sí —responde Lionel.

La aventura le intriga y le obsesiona. Se dirige con Sylvestre hacia la base de la muralla del jardín público, en cuyo lugar había visto una entrada que comunicaba quizás con el subsuelo de la ciudad.

Llegaron hasta allí. Se abrió sin dificultad el panel de metal rojo. Se encontraron dentro de un corredor largo, de piedras blanquecinas. En un recodo, varias puertas una al lado de otra, de un metal parecido al grafito, provistas de una ventana redonda, como un tragaluz.

—Todo esto está inundado también —dice Sylvestre—. Vamos a hundirnos en las negras cuevas junto con las bestias que se arrastran, allí dentro, con los pulpos. ¡Brrr!

Lionel encogiéndose de hombros no responde, aunque la proposición no le había hecho ninguna gracia.

Continuaron marchando por un desfile interminable de subterráneos de piedras amarillas. La luz que irradiaba de ellas, iluminaba bastante bien, aunque se tratase de una luz dudosa, de manera que la ciudad no tenía necesidad de dispositivos luminosos. Una arena ocre roja, fina, espesa, tapizaba el suelo, en donde relucían gruesos cristales, como brillantes.

—¡Rediez! ¡Qué largo resulta esto! ¡Hay muchos subterráneos como éstos! Nos vamos a perder bajo su superficie —farfulló Sylvestre al cabo de una hora de marcha. El subterráneo era cada vez más empinado y largo. Las murallas se convirtieron en un verde pálido. Uno se creería metido en una gran avenida de la necrópolis.

De súbito, en medio de una luz vaga, Sylvestre señaló un objeto que estaba en el suelo, delante de ellos.

—¡Mira!

Alarmado, Lionel blandió su pistola hacia la forma desdibujada. Pero Sylvestre se precipitó hacia ella, levantándola.

Era una vasta tela, parecida al terciopelo azul, brocada de plata. Un vestido de una forma rara, probablemente se trataba de algo para una ceremonia.

Sylvestre extendió lo que parecía estar destinado a cubrir las espaldas, para calcular la envergadura del ser al cual estaba destinada la túnica.

—¡Diablos! ¡Tres metros!

Quedaron estupefactos.

—Tiene que ser un gigante —dijo Sylvestre.

Lionel examinó el vestido de cerca, sacudiéndolo lo extendió a lo largo del brazo.

—Sí. Quizás la cabeza de la playa era de tamaño natural.

—¡Eso, una estatua! Esto no prueba nada. ¿Te acuerdas del sombrero del Gran Mogol? Eso debía ser un sombrero. Y era de su medida. Un poco grande, quizás, pero no como para un gigante como éste.

Lionel añadió:

—Puede ser el vestido de una estatua como la que nosotros hemos quitado la cabeza.

Examina minuciosamente el vestido.

—Sí, hay un sitio para meter la cabeza. Para los brazos también. ¡Vaya! La parte de abajo está hecha como un vestido. Un vestido de mujer.

—O una especie de túnica, sabes, como en el siglo XIII.

—Sí. Es posible. ¿Acaso era moda ir con las piernas desnudas?

—¡Claro! ¡No ves que se trata de una estatua!

—Es verdad. Debe tratarse de un vestido como los de las esculturas de la edad de oro española. Y puede haber sido copiado sobre los vestidos habituales de los habitantes, como los griegos vestían a sus dioses a la moda de su tiempo, el peplo de Atenas, etc.

Continuaron haciendo su recorrido, abandonando el vestido. De súbito, Sylvestre volvió a detenerse.

—¡Vaya!, otra cosa.

Bajándose recogió un guante, más o menos de la medida de una mano humana, de cuero blanco forrado de rojo, cuya forma se parecía a un guante de halconero.

—He aquí una dimensión más normal.

Blandiéndolo, intentó ponérselo, y exhaló un grito de sorpresa.

—¡Fíjate! ¡Sólo tiene cuatro dedos!

Lionel lo tomó.

—Sí. Y son dedos largos.

—No me he fijado cuántos dedos tenía la joven del quiosco. Esto debe ser algo por este estilo. Continuemos avanzando. A lo mejor nos vamos a encontrar con esqueletos.

Sylvestre estaba animado de un juvenil ardor, la pasión de las investigaciones dentro de las ciudades muertas. Aquí el interés era doble por el hecho de que esto fuese un planeta nuevo, desconocido de los arqueólogos terrestres, que podían descubrir formas totalmente imprevisibles de civilización.

En un recodo, una puerta apartada se mostró a su vista.

—Vamos allí —dijo Sylvestre.

—Quizá haya monstruos escondidos allí dentro —dijo Lionel con una mueca.

—¿Sabes tirar? —dijo alegremente Sylvestre.

Lionel sonrió, un poco incómodo por haber dudado y empujó la puerta que no quiso abrirse.

—Puede ser que el aire que hay en estas piezas —dijo Sylvestre—, haga presión.

—Voy a disparar —dijo Lionel. Luego cambió de parecer—. No, esto podría dar la alarma a los peces.

Escucharon, ansiosos. Ni un ruido.

—Espera —dijo Sylvestre—. Sujétame por la cintura. Si la puerta: se hunde al interior, podría arrastrarme.

Lionel se agarró a su correa, aferrándose él mismo a una anfractuosidad.

Sylvestre apretó y tiró de la puerta, en vano. Sacó su espada, metiendo la punta en los detalles del marco de la puerta que se deslizó bruscamente de arriba abajo.

Retrocedieron los dos, retrocedieron, pero el líquido no se precipitó por el agujero; la pieza que se descubrió estaba rellena también por el elemento.

—Curioso —dijo Sylvestre.

Apenas una ligera corriente entraba, igual que puede hacerlo una corriente de aire en la superficie, dentro de una pieza que se abre.

Una sala alargada se presentó ante sus ojos, iluminada como toda la ciudad, por la luminosidad inherente a las piedras. Se hubiera dicho que estaba revestida de finas hojas de oro, polvoriento y verdusco. Contra los muros, unas columnas que parecían de esmeralda, y un techo artesonado con piedras parecidas a la amatista. Por el momento ellos las nombraban así a falta de otras palabras, a pesar de que seguramente no había ninguna analogía entre esas extrañas piedras y las que existían en la Tierra: La sala era muy larga, como un corredor, terminándose en su extremidad por una bifurcación en donde se abría un orificio en el techo. A lo lejos se veían otras columnatas. Esto parecía un atrio romano, con sus lucernarios. Ninguna ventana se abría al exterior.

Avanzaron hasta el final, levantando la cabeza: el orificio comunicaba con otras

piezas, como la caja de una escalera.

Examinaron las distintas partes del edificio que se veían por el orificio. Estaba rodeado por una columnata de material escamoso.

—Diantre de atmósfera —dijo Sylvestre—. Aquí falta el aire.

Lionel reflexionó.

—Puede que haya ventanas debajo de las columnas.

—Sí...

—No es por la luz, desde luego, ya que aquí todo es luminoso, sino por el aire. Esto es lo que debe ocurrir, ya que todo se ha hundido. El elemento no pudo entrar más que por allí.

—Piensa que a la larga pudo filtrarse.

—Sí, evidentemente.

Paseáronse por entre las columnatas, que parecían repetirse hasta el infinito.

—Esto me recuerda, de un modo vago, los palacios de ilusión que hay en los parques de atracciones de las ferias —dijo Sylvestre—. Sabes lo que quiero decir, estos trucos que están hechos con sus espejos.

Se dirigen hacia el orificio trepando por él.

Se encuentra ante un rellano circular. Por todo alrededor, unas paredes desnudas y una puerta de metal trabajada burdamente, de oro verde como el cuello del gallo del quiosco.

—¿Qué crees que hacían aquí?

Lionel se encogió de hombros, con un signo de ignorancia, lanzando una mirada hacia lo alto, que formaba como la caja de esta extraña escalera. Arriba, se veía un ventanal encristalado, de brillante color purpúreo.

—No sé lo que puede representar eso. ¿La sala del Consejo? Pero sería curioso saber si hacían la misma gimnasia que nosotros para llegar a los pisos superiores.

—¿A lo mejor volaban?

—Es posible. Es una idea.

—Pero... y la joven... Unos seres humanos alados, quizá, como si fuesen arcángeles.

Se dirigen hacia la puerta.

Lionel empuña su pistola, preparado a cualquier posible eventualidad. Abren. Una estrecha escalera oscura estaba ante ellos, subieron por ella.

Luego se encontraron dentro de una sala circular parecida a la de una torre. Una luz brumosa la bañaba, emanando de las piedras de ámbar amarillo que la formaban. De vez en cuando se veían unos espejos elípticos, de un metal oscuro y cobreado, brillantes, empotrados en las paredes.

Lionel se aproximó hacia allí, en medio de la confusión del metal le pareció ver otra cosa distinta a su propia imagen: unas luces purpúreas, unas nubes negras, todo esto moviéndose muy lentamente, como si se tratara de sombras de hojas que se agitaran proyectadas por la luz del sol contra el suelo. ¿Una estación de televisión,

quizás? ¿O una obra de algún arte desconocido?

—Me preguntaba a mí mismo para qué podía servir todo esto —dijo Sylvestre. Titubeando tendió su mano hacia la superficie del espejo, rozándolo con ella, dejando caer su brazo temeroso.

En medio de aquella extraña ciudad, se sentían abandonados, solos, visitantes tardíos de ella.

—Nosotros no somos arqueólogos —dijo Lionel... y de aquí a que vengan a este planeta...

Cuánto habría dado para poder hablar con uno de aquellos antiguos habitantes, extraordinariamente ricos de una ciencia misteriosa, pudiendo fabricar tales instrumentos. Pero ahora ellos no eran gran cosa más, después de tanto tiempo, sin duda alguna que pasto para los peces.

Observaron a su alrededor. Sylvestre descubrió una especie de corredor en rápida pendiente, muy estrecho.

—Vamos por allí —dijo él.

Emprendieron la marcha. Anduvieron durante algunos instantes en la oscuridad, luego de golpe se iluminó todo por encima de sus cabezas.

De momento no se dieron cuenta del lugar en donde se hallaban.

Poco a poco volviendo de su deslumbramiento, reconocieron que se encontraban dentro de una especie de inmensa esfera: de materia transparente. Unas es caleras, con nervaduras de metal formaban el armazón.

—¡Qué raro! —dijo Lionel—. ¡Se diría que se trata de un esqueleto! ¿Qué forma puede tener esto?

Su voz resonaba largamente bajo la bóveda, haciendo vibrar unos invisibles instrumentos. Por la pared, vieron que desde allí dominaban una parte de la ciudad, distinguiendo varias terrazas, montadas también con raros instrumentos.

Lionel miró de izquierda a derecha para darse cuenta del emplazamiento del edificio. Sin duda alguna se trataba de algo parecido a un observatorio. Repentinamente estalló en una exclamación.

—¡Fíjate! ¡Yo diría... pues claro está! ¡Es una cabeza!

Sylvestre levantó su nariz al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Claro que sí! ¡Oh! ¡Es divertido eso!

Examinaron minuciosamente el armazón del edificio e intentaron hacer un esfuerzo para representárselo tal como debía ser, visto desde el exterior.

—¡Es curioso! —dijo Lionel—. Un cráneo, sí... ¡Pero no es un cráneo de hombre!

—Evidentemente, el metal rojizo no ocupa exactamente el lugar de los huesos. Se trata simplemente de una estructura...

—Sí —dijo Lionel—. Una estructura curiosa.

Deambulan por encima de los puentes y escaleras que hay dentro del inmenso edificio. La luz violácea caía sobre las armaduras de metal cobreado.

—Seguramente que podían volar —dijo Lionel—. Se diría que estamos dentro de una jaula de pájaros. Fíjate, parecen ancladeros.

Reflexionó.

—Es curioso, por lo tanto. Sobre sus vestidos no se veían escotaduras para las alas...

—¿Y las escaleras? Si vuelan no las necesitan.

—No. Esto puede ser lógico en caso que se encuentren fatigados o deban de llevar peso.

Subieron hasta lo que era la reproducción metálica de los ojos. Desde allí podían vigilar toda la ciudad.

—Se trata sin duda de una torre de mando —dijo Sylvestre—, o una atalaya.

La atmósfera de la ciudad, sumergida dentro del elemento negro, resultaba fascinante. Las torres, las murallas se perfilaban sobre el lejano paisaje de circos grisáceos. Todo evocaba su parecido con la Torre de Babel, con sus muelles, sus aberturas, sus ventanas, Sylvestre miraba a su alrededor con los ojos abiertos de asombro. Se dio cuenta de que a unos centenares de metros en el centro de una gran plaza, se elevaba un palacio construido de una materia negra, muy parecida de color al ébano y con el techo plano. Macizo, rectangular, pilastras de verde jade lo rodeaban, encuadrando unas altas aberturas por las cuales se filtraba una luz amarillenta. Situado en el centro de la plaza aparecía majestuoso y formidable.

—Es curioso lo que pasa aquí —dijo Sylvestre—. No sé si es debido a los movimientos del elemento, pero yo diría que algo se mueve en su interior.

Lionel miró hacia allá.

—Sí, parecen peces. ¿Qué estarán haciendo? Desfilan dando vueltas, creo yo.

Sacando sus prismáticos los colocó en dirección hacia los ventanales amarillos, que lucían.

A medida que regulaba la visión reconoció en seguida que las aberturas iluminadas por lo que debía ser el revestimiento interior de la pieza —unas piedras amarillas— asemejaban a unos triángulos cuyos vértices romos estaban inclinados en relación con el edificio, de manera que la sala parecía haber sido construida para vigilar el cielo. Los peces que se veían por allí, dando vueltas y más vueltas, parecían ser sombras fantásticas y abigarradas, de bellos colores, parecidos a los peces chinos de los acuarios.

Luego las ventanas se difuminaron al enfocar, con precisión, y los personajes aparecieron nítidos. Lionel quedó paralizado de estupor.

El interior de la sala contenía como una inmensa mesa sobre la cual se levantaban lo que parecían ser unos manteles, grandes vasos de cristal y adornos de sobremesa, parecidos a ostensorios, ricamente trabajados, a su alrededor, magníficos, pomposamente vestidos con atuendos suntuosos, giraban y se afanaban aquellos seres que habían entrevisto en la ciudad y que de momento había tomado por peces. Una especie de salamandras gigantes, con crestas, y provistas de pico y patas de pájaro,

cuyo cuerpo terminaba, por su parte inferior, en una especie de cola de cocodrilo.

Uno de ellos, sobre todo, en el centro, era de una talla gigantesca. Su rostro, diferente a los de los demás, parecía el de un enorme pez.

¿Se habían revestido los peces con los restos abandonados por los antiguos habitantes?

No. Lionel distinguía perfectamente bien sus patas escamosas de cuatro dedos. De pronto comprendió la disposición de la ciudad, hecha, no por seres humanos, sino por peces, libres de peso. Las ciudades estaban construidas en el fondo del mar, y en consecuencia, la ciudad de los pájaros no había sido tragada por el elemento sino al contrario desecada posteriormente y abandonada por este motivo por sus primitivos constructores. Esos seres monstruosos que había visto en el interior de la ciudad habían sido los que habían construido esa extraña, por lo extraordinaria, civilización.

Reflexionó de nuevo al acordarse del miedo que experimentó ante el aspecto desagradable de esos animales, y en la carnicería que de esos seres inteligentes habían hecho.

Sin decir ni una palabra había cedido los gemelos o su compañero Sylvestre.

Este no dijo nada ni tan sólo dio un grito: pero se quedó boquiabierto de estupefacción. Se produjo un lapso, muy largo, de silencio, luego:

—¿Qué hemos hecho? —dijo Sylvestre.

Lionel continuó callado.

—Deberíamos probar de ponernos en contacto, de parlamentar con ellos. Al parecer tienen a su jefe allí, probablemente era suyo aquel vestido tan suntuoso que encontramos en el subterráneo, y espero que puedan entendernos.

—Después... —Y Lionel, al decir esto, designaba con un gesto el emplazamiento en donde había tenido lugar la matanza.

—Sería de sumo interés.

Lionel meditó, y luego respondió:

—No. Reflexiona. Míralos y piensa en nuestro refugio y en esto, nuestros trajes, nuestras costumbres y las suyas: no, para ellos nosotros seríamos siempre unos seres inferiores.

—¿Pero, cómo? ¡Tenemos la Tierra!

—Sí. Pero está lejos. Y nosotros no vamos a volver jamás allí. Piénsalo bien, ellos cometerán con nosotros el mismo error que antes cometimos con ellos, cuando no habíamos hecho nada más que apercibirnos.

—¿Qué dices?

—Para ellos los animales somos nosotros —terminó Lionel.

Golpeó maquinalmente la palma de su mano izquierda con el cañón de la pistola.

—Y esto —dijo mientras lo mostraba—, está en nuestras manos de la misma manera que las avispas tienen un aguijón para defenderse. No somos más que unos animales con pistola en lugar de aguijón.

—Pero... Nosotros podemos hablar con la Tierra —protestó Sylvestre—. Un día

u otro nos comprenderán.

—Esto no acabaría más que originando un conflicto, una guerra, ya que lo más sencillo es que cada parte se considere superior a la otra. Y además, ¿es que piensas que estos tritones no conocían ya la existencia de los hombres ya, antes, mucho antes, de habernos visto? Desde luego, esto es evidente. Aquella cabeza de la playa es la de un tipo lanzado a este planeta y que ha sido petrificado. Es su misma expresión. La han reproducido de la misma manera que nosotros, los hombres, reproducimos a veces un caballo aumentando sus dimensiones. Han debido copiarlo de un cadáver cualquiera, que fue a parar al fondo del mar.

—Pero... ¿Y aquella joven? —exclamó Sylvestre escandalizado—. Estaba alhajada y vestida como una reina.

—Ni más ni menos que un pájaro curioso dentro de una jaula o un pez en un acuario. Una joven Helada en una expedición, que fue capturada y la vistieron con un atuendo de tritón instalándola, como una curiosidad, en un *aérium*, si se me permite la palabra —dijo entonces Lionel que se dio cuenta en ese instante de toda la magnitud de aquel drama.

Permanecieron mudos unos instantes.

—Estoy pensando en los animales de la Tierra —murmuró entre dientes Lionel—. Hay muchos entre ellos que están en una situación parecida, con relación a nosotros...

Dejó la frase sin concluir. Sylvestre prosiguió:

—Pero ellos tienen que darse cuenta de que estamos dotados de la facultad de razonar. Nuestras herramientas... ¡No crees! ¡No podemos ser para ellos una simple curiosidad como lo es para nosotros esa especie de campana acuática que fabrica, no me acuerdo ya, qué especie de araña...!

Se lanzaron los dos con rapidez hacia las paredes para mirar a través de ellas. Las extrañas salamandras empezaban a moverse por las avenidas.

—Allí las tienes —dijo Lionel.

—Tomad la dirección del bosque —gritó por su micro—. ¡Proteged nuestra retirada!

—Han debido bloquear los subterráneos y los corredores —se quejó Sylvestre.

—No te preocupes por esto —le respondió Lionel.

Examinaba los muros transparentes y al cabo de un momento golpeó con la culata de la pistola las partes metálicas de los zócalos. Cuando por fin sonó a vacío retrocedió y tiró tres veces.

Una densa espiral de humo se desprendió, girando, mientras el metal se fundía, formando grandes gotas.

En esos instantes uno de los habitantes de ese extraño país penetraba en la sala.

Se lanzaron de cabeza por el boquete que acababan de practicar.

Lionel cayó de pie, se levantó dándose impulso, mientras llamaba por su radiotransmisor:

—Atención, atención. Estoy llamando a Jeff, Jim Replieguense hacia el bosque submarino. Repito: replieguense hacia el bosque submarino. Dirección, hacia la costa.

Mientras, una sorda agitación conmovía la ciudad, y por todas las aberturas aparecían cabezas negruzcas; ellos no dejaban de correr. A lo lejos se notaba vibrar alguna cosa.

—Mientras no tengan armas de tiro —gimió Sylvestre.

Siempre sin dejar de correr, bajando las escaleras como si estuviesen soñando, medio nadando unas veces y medio saltando las otras, empleando las cuatro extremidades precipitadamente.

—¿Cómo es posible que no nos hayan visto desde el principio de nuestra llegada? —preguntó Sylvestre.

Lionel no respondió nada. Reflexionaba profundamente, buscando a su vez una razón que explicara eso. *La torre en forma de cabeza de salamandra*, como un gigantesco yelmo, brillaba. Alguien hacía chirriar alguna cosa y un gruñido ronco, y rápido, lo llenó todo. En lo alto de los edificios empezaron a abrirse como extrañas flores, unas cúpulas, mostrando unos raros artefactos de metal a cuyo alrededor se afanaban las salamandras. Un aparato empezó a silbar y a girar muy rápido sobre sí mismo.

Bruscamente una cosa oscura cayó sobre la ciudad. Los dos pioneros se lanzaron al suelo enterrándose materialmente en él, presintiendo un arma desconocida.

Aquella sombra se elevó, envolvió las casas, y luego descendió formando como un gigantesco velo de tul negro, igual que cuando el viento levanta una nube de arena.

La ciudad se llenó de un vivo clamor. Lionel lanzó una ojeada detrás de sí: pero no, no se trataba de los pioneros, no eran ellos los que armaban este griterío, eran viendo sus ojos brillantes, su pico abierto, podía comprenderse fácilmente, las salamandras.

Aquello silbaba, rastreaba. Los habitantes fueron llevados por los aires, arrollados, y lanzados por esa extraña nube negra que se iba extendiendo.

Lionel y Sylvestre se sintieron arrancados del suelo y salieron volando por la fuerza de tan raro meteoro. Revolotearon y giraron exactamente igual que si de hojas muertas se tratara, después fueron lanzados de nuevo contra el suelo, en el cual pudieron tomar pie y agarrarse.

Los adornos de una de las fachadas se despegaron, volaron y fueron a caer sobre el pavimento, en el cual empezaron a dar saltos girando por el impulso del viento.

—¿Qué ocurre? —gritó asustado Sylvestre—. ¡Es ésta su arma! Estamos perdidos.

—¡Cállate! —dijo Lionel golpeándole la espalda—. No estás viendo que su ciudad se derrumba también. Esto no es cosa de ellos.

En los callejones estrechos, formando escaleras, que bordeaban la avenida, se

formaron verdaderos torbellinos. Otros dos pioneros pasaron por encima de ellos, con los brazos abiertos, llevados por esta enorme corriente.

El empuje perdió un poco de su videncia, momento que aprovecharon para volver a correr.

Volvieron a encontrarse, siempre sin dejar de correr en la región de los circos. Las salamandras iban persiguiéndolos como flechas, sus patas dobladas sobre el pecho y dando con la cola, a intervalos regulares, golpes poderosos y luego dejándola inmóvil, completamente erecta. Parecían gárgolas.

Los demás pioneros corrían ya en dirección a la playa, mientras una parte de salamandras cortaban la retirada a los dos hombres, introduciéndose entre el grupo de pioneros y ellos.

—¿Y ahora qué hacemos? —gritó Sylvestre.

—¡Hacia el bosque! —respondió Lionel a su vez lanzándose sin dudar un instante para cortar cualquier indecisión de Sylvestre y empezando por dar ejemplo.

Podían ver los gigantescos troncos, enormes, horadados y las ramas que se juntaban de un árbol a otro formando como oscuros pasadizos.

No tardaron mucho en introducirse entre ellas.

—¡Anda, sube! —gritó Lionel—. Vamos a alcanzar la superficie.

Era su única posibilidad. Como las anguilas, las salamandras estaban penetrando por el bajo bosque, rodeándolo. Lionel, a patadas, con las manos y dándose empuje con los riñones y con las piernas, subía como podía hacia lo alto de las ramas.

No tardaron mucho en alcanzar la cima de los árboles.

No tardaron mucho en alcanzar la cima de los árboles.

—¡Uf! —exclamó Sylvestre.

Ambos reposaron un poco, y luego tomaron aliento para nadar hacia la superficie.

Alguna cosa extraña, sin nombre, algo vigoroso, sibilante, y ondeante se desplegó por encima de ellos. Sylvestre levantó la cara asustado. Lionel adivinó en seguida de lo que se trataba. Dio un salto, abrió los brazos. Pero la red había caído ya encima de él, envolviéndolo como si fuera una funda. Sus hombros estaban sujetos. Se debatió, girando a derecha e izquierda, contorsionándose. Sentía ya a los pescadores recoger con lenta seguridad, llevando la red hacia ellos.

Lionel sacando su machete golpeó con él la malla, que crujió. El filo de su machete era insuficiente. La red estaba hecha de metal que tenía la apariencia de la plata, increíblemente flexible.

Por su peso descendía hacia los árboles arrastrando a los dos pioneros que había sorprendido en vuelo, nadando en el elemento.

—¡Salta! —gritó Sylvestre—. La red va a enredarse entre las ramas.

Lionel comprendió su idea: si esto llegara, se encontrarían perdidos: la red prendida en las ramas les inmovilizaría: e irremisiblemente se encontrarían reducidos a la impotencia en medio de aquel caos, imposibilitados de hacer nada.

La red caía poco a poco por fortuna, agitada por las corrientes de la superficie.

Con todas sus fuerzas intentaron por todos los medios subir.

Lionel percibió una silueta acurrucada entre las ramas. Tiró hacia ella, con lo que hizo un ruido como de un roce en el elemento, el ruido que hace un cohete que se dispara. Alrededor de la salamandra, el agua burbujeó y se volvió más asquerosa, el animal cayó hacia atrás.

En estos críticos instantes Lionel se sentía lleno de una lucidez singular, experimentando un sentimiento del cual nunca se habría creído capaz, nunca sobre la Tierra. En este momento no era más que un pez, aprisionado por un pescador implacable, astuto, amoral. Un nuevo movimiento de la red lo lanzó hacia una salamandra que no había visto.

Se encontró lanzado en medio de un follaje sombrío en donde brillaban dos ojos. Instintivamente se agarró a su machete, golpeando con él. Tropezó con una coraza escamosa, de color pardusco, como la piel de un tiburón y como un matarife clavó su arma.

Un grito ronco, salvaje, salió de la salamandra. La sangre brotó generosa, tiñendo por todo su alrededor el agua. Clavó de nuevo el machete para rematarle, pero acercándose. No se dio cuenta hasta que era demasiado tarde, cuando vio una bola deslumbradora dilatarse, irradiar al mismo tiempo que una fuerte quemadura le hacía soltar su pistola. Luego sintió algo húmedo: un lado de su coraza se deshacía a pedazos, como cuando la lana se deshilacha por fibras, hasta quedar en nada.

Saltó hacia la superficie. Como una hidra la red se lo llevó.

Algo negro se movía por encima de su cabeza.

«El Rey», pensó.

Volvió a su memoria la boca asquerosa del ser que estaba presidiendo en la sala del palacio negro. Ser comido así, como una ostra viva lo es por la boca de un hombre...

A su alrededor resonó un silbido intenso, largo, como el que hace un hierro caliente que se sumerge dentro del agua fría. Esto le ensordecía. Toda la red, con Sylvestre y todo, que veía a cinco metros por debajo de él, medio inerte, fue sacada hacia la superficie.

De repente vio la luz del sol. Alguien le cogió por los sobacos, depositándole en algún sitio y se desvaneció.

CAPÍTULO VI

El vehículo se deslizaba ahora sobre el mar, levando surtidores de espuma.

Morgan, inquieto, se mantenía en el puesto de mando, con la pistola colocada al lado de su mano. Jeff da una ojeada hacia atrás, mirando la estela de espuma, escudriñando con el fusil encima de las rodillas.

Cyprien dirige sus prismáticos al horizonte.

—¿Y si posee algo parecido a unos aviones, o submarinos?

Sylvestre se encogió de hombros. Despreocupadamente tendido sobre el puente, se encuentra ya totalmente repuesto de su pasado terror. A su lado, Lionel está fumando pensativo, con los ojos fijos en el vacío.

—No te preocupes. Por lo menos se está mejor aquí que allí dentro.

Y señala detrás de la popa la red que arrastra mar.

—Morgan ha sido el primero que lo ha visto al salir del mar —dice Jeff—. Inmediatamente se dio cuenta de que ocurría algo fuera de lo corriente. Nos hemos sumergido y hemos terminado con las salamandras a tiros y luego nos hemos tenido que esforzar entre diez para conseguir sacar la red.

—Sí —confiesa Lionel—. Cuando he visto la sombra del aparato he pensado que se trataba del Rey-Pez.

El vehículo se deslizó sobre los flotadores. Su ruido llenaba el silencio. Luego Cyprien, sin dejar de escudriñar en el horizonte, agregó:

—¡En fin! Nosotros ya conocemos ahora al Pez-Papa. Era el mismo que corría detrás de nosotros.

—¡Y los otros que creían se trataba de una leyenda! —dijo Jim—. Pero por lo menos es curioso todo lo que ha pasado. ¿Quién pudo haber visto al Rey-Pez? Jamás he oído hablar a nadie de esta ciudad submarina. Nadie había estado allí antes que nosotros.

—Quizás una expedición de las primeras que llegaron —dijo Morgan—. Los antiguos conocían las grutas brumosas. Muy probablemente debieron ver el Rey-Pez fuera de la ciudad, deambulando por entre los arrecifes. Mira: no ha dudado ni un sólo instante en abandonar a sus semejantes para seguir en nuestra persecución.

—Lo que seguramente prueba —dijo Lionel— que es él quien defiende la ciudad. Sus habitantes parecen no disponer de armas. Sólo el rey debe ser lo suficientemente fuerte para los ataques. Tal como está constituido, es una verdadera ciudadela móvil y eso debe ser para ellos.

Morgan guardó silencio durante un largo tiempo, luego añadió:

—No me extrañaría absolutamente nada: que esta raza nos temiera. Es posible que se hayan dado cuenta de que procedemos de otra parte y nos tengan miedo ante lo que hemos hecho. Es casi seguro que buscarán la manera de exterminarnos —

terminó diciendo a media voz.

—¡Si se lanzara contra los hombres-canguro y nos confundiera con ellos! —dijo Sylvestre—. ¡Nos habríamos librado de ellos! ¡El Pez-Papa comiéndose a los de las bandas y él después convertido en colador por las balas dum-dum!

Se deleitó ante esta perspectiva.

Lionel pensaba en la marisma. ¿Qué era en realidad ese lugar? Algo le había golpeado cuando se encontraba junto a los árboles submarinos del bosque próximo a la ciudad. ¿Qué había sido? Le parecía que esto le daría la llave del problema a propósito de los hombres-canguro.

—En fin —dijo Cyprien—, ahora he comprendido por qué encontramos tantos restos sobre las playas: es debido a esta especie de viento que se los lleva de la ciudad y el agua: los arrastra hasta allí.

—Sí, este hecho es muy curioso, este viento submarino —dijo Jeff.

—No tanto —replicó Cyprien—. Lo mismo en mar, como en la Tierra, existen unas corrientes calientes o frías, la Corriente del Golfo, etc. Además, el elemento contiene una mezcla de aire. No tiene nada de extraño que con estas mezclas se formen a veces vientos violentos.

—En todo caso siempre es muy peligroso —dijo Sylvestre—. ¡Te imaginas que este viento pueda arrancar objetos tan grandes como la cabeza que hemos encontrado! ¡Era un buen pedazo!

—He aquí por qué no encontramos a nadie cuando hemos bajado —dijo Cyprien—. Ha debido estallar una tempestad y los habitantes han ido a refugiarse en el subsuelo. Debe ser la temporada de las tempestades, pues no hace mucho que ha ocurrido otra.

—Sí —dice Morgan—, los habitantes debían ya haberlo visto, ya que cuando el primer viento pasó, no salieron. Nos habrían visto mucho antes. De hecho ha sido Lionel quien los ha visto salir de los subterráneos.

—¡Sí, claro! ¡Te imaginas la sorpresa! —Gruñó Lionel—. ¡Es de un efecto muy raro!

—Has debido pensar en los fantasmas —dijo Cyprien sonriéndose—. Desde luego, estos vientos submarinos o estas corrientes, como quieras decirlo, es lo que explica la estructura de la ciudad: construcciones en forma de embudo, llenas de aberturas para que el viento pueda circular libremente sin formar remolinos.

—Sí, evidentemente —dijo Sylvestre—. Es curioso, no se ha pensado jamás en que esto pudiera ser una ciudad de peces. Es la ciudad de los pájaros lo que nos ha inducido a error. La habíamos tomado por una ciudad lacustre o una ciudad sumergida. Y era mucho más sencillo.

—¿Te acuerdas de la bestia que hemos visto, Morgan? —dijo Lionel—. Cuando estábamos, en la pieza enrejada, ¿sabes cuál dije, verdad?

—Sí. Esto debía ser sencillamente un antiguo habitante encaminándose en busca de alguna cosa, o inspeccionando, no sé qué. No creo, desde luego, que haya

salamandras que siguen viviendo allí aún, la parte emergida es muy importante.

Sylvestre miró al mar pensativamente. Luego, tras un momento de duda, dijo:

—Me habría gustado saber con certeza para quienes servía esta construcción en forma de cabeza donde nosotros nos encontrábamos. Y también los instrumentos que había sobre la mesa, en el interior de la construcción oscura. Y los espejos, ¿te acuerdas, Lionel? Era formidable.

—La víctima de todo esto —exclamó Lionel— ha sido la joven. No debió entender lo que ocurría cuando los habitantes la detuvieron. Comprendo que se hubiese vuelto loca. No hace falta tanto para volverse loco.

—Sí —dijo melancólicamente Sylvestre—. Seguramente se alejó de una expedición, quizá debido a la fuerza de las aguas. Esperaban a los pioneros... Y por esto nos ha reconocido inmediatamente, haciéndonos signos. ¡Pobre muchacha!

Lionel volvió a recordar el rostro de la prisionera entre sus brazos, feliz de volver a encontrar aun al precio de su vida, a un ser humano.

Esa joven, no pudo nunca conformarse pensando: «A fin de cuentas no se está mal del todo aquí». Una mujer en una expedición, era algo muy raro. Este ser tan poco preparado para el exilio no había dudado en exponerse a todos los peligros y encadenarse sin ninguna esperanza de regreso. Queriendo romper todas las jaulas, las de las bases interplanetarias y las de las salamandras, que con seguridad debían tratarla bien por considerarla como un extraño y raro pájaro exótico; loca por su amor a la libertad, no se dio cuenta del peligro. Imprudente esperándolo todo de la bondad de la naturaleza y creyendo en la omnipotencia de los pioneros... Ese ser tan diferente de los sardinas, tan alejada de la falsa prudencia a base de renunciamentos... ¡Murió por una fe loca, una fe de jovencita, por un exceso de fe!

A esta hermana, él no había podido salvarla, ni prevenirla de su loca imprudencia. Separado de ella por algunos metros cúbicos de aire, hasta nunca, hasta la eternidad.

—Tendremos que decir al puerto espacial de situar mejor los puntos de aterrizaje —dijo Cyprien—. Las tres cuartas partes de expediciones pasan de largo, entonces, ¡si además se pierden los que se han adaptado!

—Es justo —dijo Morgan—. Ahora tenemos que enviar nuestro informe anual a la Tierra. Dentro de poco que deben mandarnos otra expedición, y todo el material perdido.

El motor vibra. Inquietos escudriñan el horizonte que lentamente va alejándose. Morgan intenta dirigir el vehículo a lo largo de las costas brumosas, por entre estrechos pasos entre los arrecifes, para despistar así al Rey-Pez y también espera inocentemente que debido a su talla gigantesca, pueda quedar embarrancado en los arrecifes y, a lo mejor, perderlos de vista, extraviarse. Pero no hay duda de que este asqueroso ser conoce muy bien el planeta. ¿Sabe también dónde está el refugio?

* * *

Al fin el fiordo aparece sobre el horizonte del mar. Contentos, lo saludan con gritos de alegría. Después de días y días de viaje, están contentos de volver a ver la alta silueta del refugio cuyos aceros brillan al sol.

Se aproximan lentamente. Del puesto de guardia, que está situado en una de las aberturas, ven a los ametralladores que les aclaman. El portalón del garaje se abre y penetran en su interior gritando de alegría.

Ponen pie a tierra radiantes, sintiéndose felices de estar en compañía de los que les esperan, y suben las escaleras escarpadas del refugio.

Volvieron a sentir el olor tan característico del «nido de gaviotas» su agreste soledad, y su ruda pero leal amistad. Unas veces discutiendo, otras explicando sus aventuras y finalmente llenos de contento, se dirigieron hacia la rotonda.

Una agradable sorpresa les esperaba: de antemano prevenidos de su llegada, la guarnición había preparado un gran festín pantagruélico. Los pioneros que permanecieron aquí se dedicaron a pasar su tiempo en explorar metódicamente los recursos de los alrededores, y el tabaco extraído de las plantas de la sabana se elevaba formando grandes montones sobre la mesa circular de la sala.

En unos platos hechos de madera tallada, se ofrecen ante su vista unas lonjas aromatizadas de caracol gigante, gran cantidad de pájaros asados, enteros, diversas plantas para ensalada, vino obtenido del jugo de ciertas raíces. Maravillados ante este panorama que se ofrecía ante sus ojos, los exploradores se acomodaron, mientras el sol declinaba en el cielo.

Antoine presidía la mesa y Morgan se encargaba de contar todas las aventuras que les habían ocurrido durante su recorrido.

—¡Yo saludo, señores —dijo Antoine, designando con su mano los platos llenos de comida nueva hasta ahora sobre la mesa—, el principio, la aurora de nuestra nueva civilización! Aquí tenemos preparada una comida y manjares «típicamente locales», todos desconocidos en la Tierra. Muy pronto imitando el ejemplo de los bucaneros, podremos hacer nosotros mismos nuestros vestidos, como lo hacía ya nuestro Jefe, «Máscara de Hierro», que fue el primero en intentarlo.

—¡Hurra! —gritaron por todos los lados y Lionel pensó que todo esto se parece menos a una comida de colonos que a un festín de piratas.

Con mirada analizadora echa una ojeada a su alrededor, contemplando esos cuerpos sin grasa, esos cutis curtidos por el sol anaranjado y el elemento. Observa estos rostros alineados alrededor de la gran mesa y vuelve a acordarse de aquellos rostros pálidos, llenos de angustia, y temerosos, dentro de la cabina de la nave espacial, hace ya mucho tiempo, cuando salieron del puerto de partida. ¿Tanto tiempo, pues, ha pasado ya desde entonces? ¡Cuántas cosas han ocurrido desde aquella fecha!

En aquel lugar se siente tranquilizado, bien abrigado, sintiendo el calor del refugio como si se encontrase en una cueva prehistórica. Y mira a través de la ventana el brillante mar, encima del cual se elevan infinidad de estrellas anónimas.

Ellos son los únicos seres humanos que existen sobre la superficie entera del planeta. Únicos dueños de sí mismos y ¡gracias a Dios!, los sardinas jamás volverán a verlos, no podrán alcanzarlos nunca, no sentirán sobre su rostro el soplar del viento que hace rugir al mar, ni su característico olor. Este inmenso jardín es para ellos solos, en medio del cielo, este oasis dentro de las tinieblas, es un lugar acogedor.

Morgan está hablando. Cuenta lo que ha ocurrido durante esta expedición, cómo es la ciudad de las salamandras. Se plantean innumerables preguntas.

—¡Qué descubrimiento tan importante para la Tierra! —dijo Michaël—. Esto es mucho mejor que lo que nosotros hemos llevado a cabo. ¡Mucho más importante! ¡Os dais verdadera cuenta! ¡Bravo por Lionel y Sylvestre! ¡Sois los dos unos exploradores natos! Tú ya habías descubierto anteriormente el río, y además el sistema hidrográfico.

—¡No! ¡Fuiste tú! —protestó Lionel.

—En todo caso, amigo mío, la Tierra va a interesarse por nosotros esta vez. Va a mandarnos rápidamente todo el material que necesitamos y además algunos sabios. Vamos a tener algo que contarles en nuestro reportaje anual, creo que les interesará. Dispondremos de todas las armas, sin restricción y todos los instrumentos de medida y fotografía. ¡Esto será formidable! ¡Ah, ah! Ellos creían haberse desembarazado de nosotros, ¡los Servicios Astronáuticos nos habían tomado por unos locos! ¡Van a ver algo bueno!

Morgan, que había terminado con el relato de los expedicionarios, hizo una mueca.

—¿Ah, sí? Preferible quedarse para toda la vida a bordo de un puerto espacial. Yo no quiero ver sardinas por aquí. ¡Ya lo sabes!

—¡No, hombre, no! ¡No es esto lo que yo quería decir! ¡Vamos a tener una extensión formidable! ¡Te das cuenta de lo que esto significa! ¡Vamos a crear una nueva Tierra! ¿Qué me dices a esto?

—¡Esto depende todo de lo que tú llames una nueva Tierra! —murmuró Morgan—. En todo caso el que debe mandar el mensaje anual, es el Jefe, y como que aún no está nombrado, no sé...

Era ya muy entrada la noche. Los pioneros reunidos estaban discutiendo en pequeños grupos. La: mitad de ellos medio borrachos, y Michaël imaginaba las visiones del planeta modernizado, que un puñado de hombres habría convertido en el igual de la vieja Tierra.

—Creo que él no se da cuenta de lo que sucede —confió Morgan a Lionel—. Según mi parecer, creo que el descubrimiento de las ciudades de las salamandras significa algo muy diferente. ¿No lo crees así? Yo pienso que este descubrimiento nos aleja todavía más de la Tierra.

—Sí, es posible —dijo Lionel.

Morgan miró por la abertura hacia el negro horizonte.

—¿Los terrestres, aquí? ¿De qué nos habría servido entonces hacer todo este viaje

y haber estado a punto de reventar? ¿Sabes lo que esto significa? Yo te lo diré. Ahora tendremos cada semana un lleno de visitantes que vendrán a pasar sus *weekend* aquí, con sus mujeres y todos sus pequeños. Eso, sin contar las parejas de enamorados. ¿No te los imaginas ya metidos entre la maraña con sus «picnics» los envoltorios grasientos y las latas de conserva? Michaël se cree que nosotros vamos a ser designados los jefes. ¡Ahora créetelo! Será el Gobierno de la Tierra quien se hará cargo de todo y con el Gobierno los hombres de negocios. El horizonte estará bordado de aparatos depuradores de la atmósfera y acondicionadores de clima. Y en cuanto a nosotros, nos licenciarán. Posiblemente podremos servir de guías a los turistas, formaremos parte del ambiente local, de lo pintoresco; venderemos postales y recuerdos. El refugio vendrá a ser algo parecido al monte Saint-Michel, con bazares abajo y restaurantes con especialidades del país. Venderemos minúsculas reproducciones, dentro de urnas de cristal, de la ciudad de los pájaros. A los hombres-canguros se les dejará en una reserva natural y los turistas los contemplarán a través de rejas. ¡Oh, sí! ¡Será muy bonito! Ya lo verás, tendremos un bar en la rotonda y los turistas comprarán cascos para llevárselos como recuerdo. Y también tendremos objetos metálicos extraídos de la ciudad de las salamandras, y se venderán mucho. ¡Te lo aseguro! Incluso fabricarán falsificaciones. En cuanto al río, el río se convertirá en un hermoso parque, con altavoces que transmitirán una música suave por entre el paisaje. ¡Oh, sí! ¡Ya lo creo! Van a ponerlo en todos los prospectos. «*Delicioso viaje de bodas con una luna de miel en medio del lecho de un non*». Para mejor conseguirlo se alquilarán unas escafandras muy cucas exclusivamente para; esto: color rosa caramelo, amarillo canario...

—Tú desvarías —interviene Cyprien—. No podrás evitar que nos consideren como unos héroes... ¿Y las ciudades de las salamandras? ¿Te crees acaso que sus pobladores te permitirán hacer lo que tú quieras?

—¡Las visitaremos en submarino! ¡O en campanas de buzo! A no ser que nos decidamos a exterminarlas antes, lo cual no sería muy difícil. ¿Nuestro heroísmo? No te preocupes por él. Desde aquí ya estoy viendo el hermoso monumento que se hará a «Máscara de Hierro», detrás de nuestro refugio. Una hermosa estatua, en medio de llamas de piedra, de una concepción muy audaz. Y el Jefe, desnudo naturalmente, con la mirada perdida en su sueño, vuelta hacia el refugio por el cual se sacrifica, y señalando al horizonte con un gesto épico... ¡Ah, sí, me olvidaba! Las reproducciones exactas de nuestros cacharros, esos vehículos, esos deslizadores de la «edad heroica», servirán para pasear a los turistas. Grabarán sus iniciales sobre las ventanas del refugio. ¿Vas a tomarte en serio lo de que esas gentes nos admirarán? ¡No, hombre, no! Se burlarán de nosotros como de las viejas «Ge-novevas» pasadas de moda. Desde aquí les oigo reír y me los imagino ensuciando con su presencia las escaleras del refugio. ¡Convertir el refugio en museo! ¡No, gracias! ¿Es que a ti te gustaría verte convertido en una figura de cera? A menos que no se les ocurra convertir nuestro nido de gaviotas en una cárcel, que es en lo que generalmente

acaban las fortalezas.

—¿Una cárcel? —murmura Lionel—. ¡Eso sí que no podría soportarlo!

—¡Pero hombre, si es muy cómodo para eso! El mar es peligroso, y nadie se atrevería a intentar una evasión. Y luego los observatorios allá arriba, en la cresta. Es lo suficientemente desierto y alejado, propio para los agitadores políticos.

—No exageres —dice Cyprien—. Ni te hagas ilusiones, los hombres-canguro quieren nuestro pellejo, y el Rey-Pez va a venir muy pronto a asediarnos. Aún no hemos llegado a ese país de vacaciones que estás soñando. Y tenemos una endiablada necesidad de que la Tierra venga en nuestra ayuda, y eso en seguida. Porque aquí todo nos es hostil.

—Es muy posible, pero a mí este planeta me gusta —contestó Morgan en un brusco acceso emocional. Y te aseguro que no me gustaría ser su chulo explotador.

Lionel estaba escuchando todo esto en silencio.

—¿Qué quieres que te diga? —intervino Cyprien—. Todo esto son cosas que dependen del Jefe. Tiempo tendremos para pensar en ello, y quién sabe si el Rey-Pez va a mandarnos a freír espárragos. Creo que no tardará mucho en venir a visitarnos. Sin contar, además, que hay una ciudad de salamandras en la desembocadura del río de la sabana. ¿Sabes lo que quiero decir con eso? Aquella que creíamos que era de peces.

—Sí tienes razón —dice Morgan—. Me parece que nuestro descanso ha terminado.

—He hablado con la: Tierra —dijo Antoine—. Van a mandarnos una nave cerca del refugio. Ha sido muy difícil convencerlos, pero finalmente pude lograrlo. ¡Vaya imbéciles! He tenido que decirles que habíamos perdido la mitad de nuestros efectivos y que ellos se las componían para estropearnos todas las expediciones. Han acabado por comprenderme. ¡No se han dado prisa! El cohete llegará esta noche o mañana.

—Bravo, mi capitán —dijo Morgan—. ¡Con el tiempo que hacía que duraba esta historia! Por fin se nos ha hecho justicia.

—Hay que insistir siempre y no soltar prenda para poder obtener la más pequeña cosa —refunfuñó Antoine—. Espero, sobre todo, que hayan ampliado la provisión de armamento, tal como les habíamos solicitado. Es absolutamente necesario que demos buen fin, para nuestros intereses, a los asuntos del Rey-Pez.

—Si ha conseguido llegar hasta la ciudad de la desembocadura del río, vamos a tener mucho trabajo —dijo Lionel.

—¡Bah, no pueden salir del agua! —contestó Sylvestre.

—Eso es cierto, pero si contornean el refugio, serán dueños del mar y no podremos volver jamás hasta allá, y esto no va a ser muy divertido. Además, es muy posible que nos veamos sitiados y que empleen contra nosotros armas y procedimientos imprevisibles y desconocidos.

—Desde luego —intervino Antoine—, y por esta misma razón es por lo que

conviene que acabemos con el Rey-Pez. Así llegarán a temer nuestro poder y nos respetarán al menos durante cierto tiempo.

—¡Es un buen bocado! —exclamó Lionel—. Estaba pensando en el monstruo que había visto en el palacio negro.

—¡Pensar que con un torpedo sería suficiente! —suspiró Sylvestre.

Antoine fijó sus gemelos en las rocas recortadas que aparecían en medio del mar, luego señaló el lugar con el dedo.

—¿Veis aquello? Hay un verdadero dédalo de cavernas submarinas. Allí es donde se ha escondido.

—No va a ser fácil hacerle salir —contestó Morgan.

—Con seguridad deben conocer palmo a palmo, el mapa del relieve submarino —intervino Lionel—. No poseen coches de ninguna clase, creo yo. Por fortuna nunca habrán pensado en ello. Es muy posible que sea a causa de su facilidad de movimientos.

—Sí, es posible que sea eso —dijo Morgan—, y espero que los hombres-canguro estarán quietecitos mientras nosotros nos ocupamos de este Pez-Papa.

—¡Hum! —murmuró Lionel.

Fijó sus gemelos sobre la cresta y luego profirió una exclamación asombrada.

—¿Ve usted algo? —quiso saber Antoine.

—No, pero... Ahora me parece comprender... ¡Mire allí, a los árboles de la cresta! ¡Son los mismos que hemos visto en el bosque submarino!

—¿Y qué? —dijo Morgan.

—Apuesto lo que quiera que esta landa no es nada más que una marisma.

—¡Hombre! No deja de ser una buena idea —respondió Antoine—. Y eso explicaría muchas cosas.

Lionel reflexionó unos instantes, antes de decir:

—Voy a proponeros algo: mientras vosotros atacaréis al Rey-Pez, yo iré a ver lo que sucede en el reducto de los hombres-canguro.

—Eso es muy peligroso —afirmó Morgan.

—No. No tanto como eso. Si voy solo tengo más probabilidades de penetrar en la landa sin que nadie se dé cuenta de mi presencia. Y cuando los ataque van a pensar que se trata de otra expedición contra ellos. No pensarán en otra cosa que en defenderse y no intentarán sacar ningún provecho de vuestro ataque al Rey-Pez, para intentar algo mientras tanto contra nuestro refugio.

—Creo que Lionel tiene razón —dijo Antoine al cabo de un instante—. Pero lo que va a hacer es muy peligroso, lo mismo que nuestro ataque. A fin de cuentas, sin embargo, esto nos daría la oportunidad de liberar nuestro refugio y de utilizar todos los hombres útiles para atacar al monstruo. Ya conocéis cuál es mi plan: rodearlo con nuestros vehículos. No obstante, creo que dejaré que Morgan se quede al frente de una guarnición reducida que tendrá la misión de intervenir en el supuesto de que las cosas vayan por mal camino. ¿Estás seguro de que conseguirás engañar a los

hombres-canguros?

—Sí —contestó Lionel—. Intentaré penetrar en la landa, pasando a través de la sabana. Daré un rodeo a la cresta, para no llamar la atención.

—De acuerdo —dijo Antoine—. ¿Qué piensas de todo ello, Morgan?

—Creo que puede intentarse —dijo él.

—Sí. Pero por lo menos lleva a otro contigo. El que tú quieras.

—Sylvestre, entonces.

—Bien, sea Sylvestre. Os aconsejo que os arméis hasta los dientes.

Lionel descendió la escalera, encaminándose en busca de Sylvestre. Le encontró preparando su fusil, para un caso de emergencia.

—Cambio de dirección. Voy a llevarte conmigo hacia la landa. Vamos a ir a visitar el país de los hombres-canguro.

—¿Ah, sí?

—Sí. Vamos a tomar un vehículo que nos llevará hacia la sabana y así podremos abordarla por allí.

—¿Los dos solos?

—Los dos, solos. El número justo para acorralar un poco a esos malvados monos. ¿Te conviene?

—Sí, de acuerdo. Muy bien, tengo que decirte que adoro las exploraciones, es mi pasión favorita.

—No lo creas. Así es más fácil, para que no nos vean los centinelas, precisamente.

Pero es peligroso ir sólo dos de nosotros.

Sylvestre lanzó una mirada esperanzadora hacia Lionel, consiguiendo que éste se sintiese halagado. Y que disimuló rascándose sus cabellos cortos y rubios.

—¡Al fin vamos a saber lo que hay exactamente dentro del vientre de la landa! ¡Y seremos los primeros en saber su secreto!

Lionel sonrió para sí mismo. Este entusiasmo juvenil y confiado, consiguió extinguir su inquietud. Nada mejor para estimular el valor de uno que el estar con alguien que le considera un genio.

* * *

Acababan de rodear la cresta rocosa que ahora se levantaba ante ellos, pareciendo una enorme montaña. Continuaron descendiendo por el lado escarpado. Todo el paisaje estaba cubierto por la bruma, como si fuese un montículo coronado por las nubes.

—Vamos a introducirnos en el interior de la cresta —dijo Lionel—. Y seguidamente la escalaremos para sorprender por detrás a los hombres-canguro.

A medida que iban avanzando, percibían continuamente un ruido ahogado. A través de la inmensa bruma, a unos veinte metros hacia abajo, vieron que se trataba

del elemento que corría entre las rocas, saliendo por una anfractuosidad. Se destacaba una nube densa, blanquecina, casi líquida que se elevaba en pesados torbellinos. En el fondo del valle, unas manchas de sombra corrían lentamente. Levantando la cabeza, distinguieron confusamente, a través de la bruma, unas enormes masas oscuras que permanecían suspendidas. Lentamente todo fue oscureciéndose. Habían penetrado en un vapor espeso. Unas burbujas iban formándose sobre sus corazas.

Avanzaban penosamente, intentando distinguir para evitar las asperezas del terreno y poder apoyar mejor el pie. De súbito, una sombra oscura les sobresaltó. Instintivamente se aplanaron los dos sobre la roca, con el dedo sobre el gatillo.

Algunos metros más allá de donde se encontraban, alguna cosa rara salió de entre la bruma. Parecía como un muñón gigantesco.

Se trataba de un gigantesco brazo, deforme, una raíz grisácea, esponjosa. El lento ir y venir de la bruma parecía darle vida.

—¡Un bosque! —gritó Sylvestre.

Empezaron a trepar por allí. Por encima de ellos se agitaban millares de raíces retorcidas que les arañaban y en su prolongación se veían los troncos oscuros de los árboles inmensos que se perdían entre las nubes. Todo esto en conjunto se balanceaba en un lento girar.

Se oían unos golpes formidables, sordos, como dados por un ariete, prolongados arañazos de los árboles contra la roca que bordeaba el lado de la cresta. Muy cerca del sitio de donde se encontraban, un ruido enorme les dejó clavados en su sitio.

—Si esto continúa, van a aplastarnos como viles mosquitos —gritó Lionel.

De pronto comprendieron: la landa que veían desde la jungla no era otra cosa que la cúspide de los árboles de este bosque, del que, actualmente, sólo veían las raíces. Estaba todo él y por entero, en suspensión, sumergido por completo en esta bruma desprendida por la corriente subterránea del elemento que habían descubierto y que desembocaba bajo sus pies. Se encontraban, pues, dentro de una especie de cubeta separada del mar por las rocas. El vapor era el medio alimenticio que bañaba a los árboles. Vivían allí como las praderas flotantes de sargazos que se encontraban en medio del océano.

—Esto, era, pues, el vapor que veíamos flotar sobre la landa —objetó Sylvestre.

Lionel miraba atentamente hacia abajo.

—Oye, me parece a mí que si queremos estar tranquilos valdrá más que nos decidamos a subir francamente a los árboles.

Saltaron por una raíz, se agarraron a ella y consiguieron montar encima. Sus botas se hundían en una especie de tejido esponjoso. La masa entera del árbol oscilaba por los movimientos ascendentes del vapor. Las ramificaciones vegetales formaban una maraña impenetrable, amalgamando los árboles por docenas. A través del entrelazado de las raíces, veían bajo sus pies el abismo de la bruma. Avanzaban hacia el corazón del bosque para alejarse del muro rocoso contra el cual los árboles iban a golpear.

Se asieron a las asperezas rezumantes de los troncos para no verse precipitados en

el vacío. Tenían que trepar lo más rápidamente posible para conseguir apoyos más firmes entre las ramas.

Vaharadas de bruma llegaban lentamente para desmenuzarse en copos en esa atmósfera viscosa.

Era una verdadera selva virgen. Los troncos gigantes, relucientes y negruzcos, o de una blancura esponjosa, como descortezados, el menor de los cuales tendría cinco metros de diámetro y cincuenta de altura, palpitaban como serpientes. Los líquenes se apelotonaban en las horquillas y en las ramificaciones como si se tratara de heno podrido. Y todos los árboles que componían este bosque suspendido en la bruma, flotaban oscilando continuamente.

«Qué bosque tan fantástico», pensó Lionel. «Se diría que tiembla todo de una pieza como si estuviera a punto de lanzarse al asalto de algún monstruo mitológico».

Como los tentáculos innumerables de una hidra, los árboles vibraban bajo una tensión insoportable.

Continuaron subiendo hasta alcanzar las primeras ramas. La neblina parecía pesar, y tenían la impresión de que en lo alto de esta fantástica catedral, de este lío endiablado de raíces y ramas, compacto, espeso, recorrido por una especie de escalofríos, estaban espiándoles los hombres-canguro.

Ahora estaban al nivel de las ramas, que acababan de alcanzar entre el espesor de los bejucos y de los líquenes que les daban un sólido apoyo.

A la altura de un décimo piso se veían unas sombras que saltaban de una a otra rama, y entonces Lionel comprendió la razón por la cual los hombres-canguro eran tan extraordinariamente ágiles.

El chorrear del elemento sobre los árboles era continuo y monótono. Súbitamente oyeron un grito, seguido de otro y otro más después que repercutieron por todos los lados del bosque desde donde respondían, envolviendo a los dos pioneros en una especie de gigantesca red invisible.

—Prepara tu cacharro —insinuó Lionel.

Intentó escudriñar a través de la niebla por donde se veían las sombras que cruzaban y volvían a cruzar.

El grito de un pájaro, y los dos pioneros se lanzaron inmediatamente vientre a tierra escondiéndose entre la maraña de raíces. De rama en rama oyeron caer alguna cosa: una rama destrozada era lo que caía y fue a rebotar muy cerca de ellos. Los árboles se elevaban como gigantes pilares negros y pegajosos. ¿Dónde estaban los hombres-canguro? En medio de este bosque formidable se sentían los dos como unos niños perdidos.

Lionel susurró una orden y Sylvestre, montando a horcajadas sobre las raíces y agarrándose a los troncos se fue a colocar unas decenas de metros más allá, luego se disimuló en un espeso matorral formado por las ramas. Levantó su fusil y pegó un tiro.

Un cuerpo cayó directamente frente a los dos y se perdió entre las raíces, allá

abajo.

Desde arriba, y entre un agujero que se veía entre las ramas, Lionel pudo distinguir a los servidores de una ametralladora hablando entre ellos mientras la instalaban. Pudo verles emplazarla más lejos, invisibles de Sylvestre, pero dentro del rayo visual de Lionel.

Comprobó el funcionamiento de su pistola y apuntó con calma.

Una estela de fuego le unió momentáneamente con el puesto de ametralladores, luego una bola amarilla, flamígera, apareció entre la bruma, rodeando a los hombres-canguro, que formaban como unas siluetas negras gesticulantes. Esto duró apenas una centésima de segundo, luego un golpe seco una llama que saltó a lo largo del árbol y una humareda súbita y negra.

Fragmentos de ramas y de troncos cayeron como lluvia alrededor de los dos pioneros.

De común acuerdo, se apresuraron a descender de los árboles hacia el emplazamiento de los tiradores.

En el mismo instante, las raíces donde Lionel se había escondido y que ahora acababa de abandonar, saltaron por el aire, estallaron, convirtiéndose en una espumadora: otra ametralladora acababa de tirar hacia allá.

Ahora Lionel subía, preguntándose si no iba a caer sobre un nido de hombres-canguro; es posible que vivieran como los gorilas o los primitivos arborícolas.

Estaba escalando un árbol negro por el que montaban bejucos amarillentos y viscosos cuando, entre un enredo de ramas peladas, al nivel de su rostro, un silbido le sobresaltó.

Surgiendo de la espesura, y balanceándose torpemente apareció un lagarto del tamaño de un hombre, que se irguió sobre su cola, exactamente igual como haría un iguanodonte. Su piel era negra como el carbón y una larga cresta blanca arrancaba del centro de su cráneo y seguía por todo su espinazo hasta alcanzar su poderosa cola.

«Está demasiado cerca para poder tumbarlo con la pistola», pensó Lionel, como en un relámpago. Permaneció inmóvil observando al animal. Veía muy cerca por entre el yelmo de escamas de su formidable cráneo las pequeñas pupilas rojas en las cuales brillaba una ferocidad inimaginable.

«Todo consiste en que no me muerda, es muy sencillo», pensó Lionel mientras su mano se deslizaba hacia su machete. Un solo golpe bien calculado sería bastante para que sus fauces quedaran suficientemente doloridas y no se atreviera a servirse de ellas.

Enorme y rígido, algo pasó por encima de su cabeza y fue a aplastarse contra un tronco cercano con un ruido sordo.

Lionel continuaba en el mismo sitio, medio aturdido. El animal no cesaba ni un instante de balancearse sobre sus patas, como haría un boxeador, removiendo continuamente su cola detrás de él.

Avanzó su hocico. Lionel golpeó con su machete con tanto empuje que el arma

rebotó sobre la mandíbula al cortarla y salió volando para ir a parar unos metros más abajo.

Un bramido salió de la garganta del animal que se lanzó con las patas hacia adelante, manteniendo su hocico dolorido hacia un lado para protegerlo.

Lionel se lanzó hacia atrás, cayó de espaldas y fue a parar sobre una rama algunos metros más abajo, echó mano a su fusil arrancándolo de su espalda y lo empuñó como si fuera una maza.

El animal dio un salto hacia él. Un golpe propinado con la parte aguda de la culata le alcanzó en el dorso, otro fue dirigido contra la piel amarillenta del vientre. Igual que un hombre que quiere echar abajo un muro a golpes de pico, golpeaba en cualquier parte, empleando toda su fuerza a cada golpe que propinaba.

Un zarpazo fallido le arrancó un trozo de manga de arriba abajo.

Tomando aliento, Lionel hizo el molinete con su fusil con una sola mano, un revés propinado con la cola del animal mandó el arma a paseo. Entonces Lionel se lanzó sobre él, sujetando sus patas anteriores con sus guantes, y los dos cayeron abrazados rodando por en medio del ramaje.

«Estoy batiéndome como lo haría con un hombre», pensaba Lionel entre otras muchas cosas.

Haciendo un violento esfuerzo retorció la pata del monstruo, que se rompió con un ruido seco. Un golpe dado contra un tronco estropeó su casco.

Lionel mantenía al lagarto estrechamente abrazado para impedirle cualquier movimiento que le permitiera tomar empuje y mandarle otro coletazo.

La bestia se revolvió, sujetándolo debajo, y a ciegas le lanzó un coletazo que fue a dar muy cerca de la cara de Lionel con un choque sordo. Se levantó y volvió a caer una vez más y otra. Cada vez que Lionel veía la masa negra y triangular elevarse por encima de él, para volver a caer con fuerza, pensaba que llegaría el golpe de gracia. Pero el monstruo, en su forzada inmovilidad, tenía que golpear al azar. La cola ondulaba como la de una serpiente, haciendo saltar jirones de musgo y arrancando astillas de la madera.

Lionel pudo cambiar las tornas, soltó al animal para lanzarse de nuevo sobre él y agarrarlo horizontalmente, con una pata interior y otra posterior, para doblarlo, si podía, hacia la espalda. La cola lo envolvió y, al perder el equilibrio a causa de este movimiento fueron a caer los dos desde lo alto del árbol, una vez más estrechamente abrazados, como dos luchadores de catch.

Alrededor de Lionel todo se oscurecía mientras iban cayendo, le parecía que estaba descendiendo hasta el fondo de los abismos originales.

Por fin acabaron de deslizarse a lo largo del tronco, deteniéndose en su caída. Lionel permaneció inmóvil, desvanecido; cuando recobró los sentidos deshizo el abrazo. Sus brazos estaban llenos de sangre.

El monstruo, situado debajo de él, había amortiguado el golpe. Ahora estaba agonizando y daba unos bramidos espantosos, tenía rota la columna vertebral a causa

de la caída.

Lionel rompió la rama de un árbol, lanzándose encima con todo su peso y, blandiéndola igual que una primitiva clava, se lanzó sobre el moribundo encarnizándose en él y aplastándole todo cuanto podía. El animal se retorció de dolor, se doblaba sobre sí mismo. Lionel tomó en su mano la pistola y disparó... El monstruo se estremeció, convertido en una masa incandescente, se arqueó sobre su espalda y luego volvió a quedar rígido. Lionel, con los ojos fuera de las órbitas, se lanzó sobre él, saltó a pies juntos y pateó... los huesos crujieron, hundió sus manos entre los restos cenicientos que aplastaba a puñadas.

Luego se quedó inmóvil por un momento, recogido, acurrucado, mientras recuperaba las fuerzas. A su alrededor vaharadas de vapor flotaban entre las raíces grisáceas.

Notó que se deslizaba y de una manera instintiva, sin pensar en ello, se sujetó con un movimiento: más abajo, entre las raíces había el vacío...

¿Dónde estaba ahora con relación a Sylvestre? Pulsó el botón de llamada de su casco y oyó la voz de Sylvestre mosconear en el auricular.

—¿Qué te ocurre?

—¿Dónde estás?

—A la vista del nido de ametralladoras, vigilando, ¿y tú?

—Al nivel de las raíces.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Nada. He combatido contra un animal. ¡Qué bruto! Un poco más y no lo cuento. Es preciso que vuelva al refugio. Mi casco está estropeado.

—Allá voy.

Por medio de la radio le condujo, y Sylvestre estuvo al poco rato junto a él.

Apareció, saltando desde una rama, con la pistola en la mano. Lanzó una mirada de curiosidad hacia los restos carbonizados del monstruo.

—¿Qué diablos es eso?

—Una especie de lagarto. Un tipo bastante difícil de cocinar.

Lionel lanzó una mirada hacia el tupido ramaje que estaba sobre sus cabezas.

—Debe haber una fauna muy curiosa por estos andurriales. No son sólo los hombres-canguros. Y, a propósito, ¿qué están haciendo ahora?

—Nada. No se mueven. Tú tenías razón. Están convencidos de que somos todo un ejército y ahora sería el momento oportuno para exterminarlos.

—¿Has encontrado algunos nidos, casas aéreas, o algo que se le parezca?

—Nada todavía. Te aseguro que no es cómodo en absoluto buscar por ahí.

Lionel reflexionó un momento, y a continuación dijo:

—Nos es absolutamente necesario averiguar dónde se guarecen ahí dentro. Ahora es el momento de conseguirlo para poder vencerlos, de lo contrario no lo conseguiremos jamás en la vida.

Sylvestre se dejó caer sobre una raíz. Cuando Lionel contempló sus gestos

deslavazados comprendió que estaba completamente extenuado.

—Convendría que fuéramos en busca de refuerzos. Yo me quedaré aquí para ir «agusanándolos» a tiros entre tanto, para no darles tiempo de que puedan recuperarse y atacarnos.

—Está bien —dijo Sylvestre—, me voy hacia allá.

—Te acompañaré hasta la cresta.

Era mejor que estuvieran los dos juntos el mayor tiempo posible para prevenir cualquier ataque.

Necesitaron más de dos horas de esfuerzos para rehacer el camino que habían tomado para llegar hasta allí. Al fin estuvieron al pie de la colina.

—Procura traer contigo algunos muchachos, si es posible. En cualquier caso trae una ametralladora ligera —le dijo Lionel.

—Comprendido —respondió Sylvestre. Escaló la roca y desapareció.

Cuando Lionel se quedó solo se puso a reflexionar. Ante él se perfilaba la cresta de la cual se encontraba a media altura. A su izquierda, la formidable masa sombría de aquel bosque flotante. Durante largo tiempo estuvo escudriñando con sus prismáticos los árboles, después el murallón a pico de la cresta, en donde crecían retorcidos unos bejucos y unas plantas con raíces flexibles. Allá en lo alto, entre terrones de tierra negra y blanda a causa de la humedad, un árbol musculoso, despeinado exactamente igual que un sauce llorón, con hojas parecidas a jirones de satén blanco, se agarraba como un pulpo.

Era muy poco probable que los hombres-canguros vivieran en esa humedad perpetua de la selva. Era más, mucho más verosímil, que estuvieran alojados arriba en lo alto, en la cresta. Por tanto decidió alcanzar la cumbre evitando la ladera rocosa a donde venían a golpear los árboles, que componían aquella extraña selva.

Empezó su ascensión ayudándose con las plantas y las numerosas asperezas.

Efectivamente, la vertiente estaba literalmente acribillada por los agujeros que formaban las cavidades naturales que antes no había conseguido distinguir a través del vapor. Sus pies y sus manos se hundían en esa tierra blanduzca que rodaba en terrones y se hundía bajo su peso. A medida que avanzaba por entre el ruiselar monótono del elemento, oía el fluir de los gritos que proferían los hombres-canguro, gritos solitarios, espaciados. No parecían salidos de gargantas humanas, antes podríamos creer que se trataba de llamadas animales. Tenía la impresión de haber retrocedido al principio de la era cuaternaria en la Tierra, cuando el hombre no había podido aún desprenderse del todo del resto de la fauna que poblaba el planeta.

Un grito agudo llegó hasta él, muy cercano. Se dirigió rápidamente hacia el sitio de donde le pareció que provenía. Allí, en una cavidad del flanco de la roca, donde se entremezclaban toda clase de plantas, distinguió unas espaldas que se movían. Unos hombres-canguros, formando círculo, estaban sentados en el suelo, y comiendo raíces que habían arrancado de los árboles. Estaban completamente pacíficos, solamente uno de ellos que permanecía en pie contemplaba fijamente hacia el bosque, gritando a

intervalos regulares, y otros, esparcidos por todo el ámbito, le respondían.

Eran mucho menos simioscos de lo que él se había imaginado. Su retroceso, debido a la mutación sufrida y que sin ninguna duda había provocado en ellos una amnesia parcial, los había convertido simplemente en seres primitivos, como tantos otros existen aún en la Tierra, mientras estaba contemplándolos pegado en las raíces y atento a no demostrar su presencia, oyó un ruido muy cercano. Volvió la cabeza: a cuatro patas sobre el pavimento de la caverna un niño canguro le estaba mirando con extrañeza. Lo contempló un tiempo, y luego se puso a jugar con una especie de monigote de paja que tenía en la mano. Detrás de él, en la sombra, brillaba una especie de yunque a cuyo alrededor podían verse alineados diversos instrumentos de metal.

Lionel volvió a enfundar la pistola en su cinturón. El pequeño estaba demasiado ocupado en jugar para que Lionel pudiera imaginar ni por un momento en la posibilidad de tirar sobre la familia que seguramente debía estar en el interior. Comprendía también que los hombres-canguro no eran precisamente degenerados en el más amplio sentido de la palabra. Y mientras se dirigía hacia el acantilado para regresar a la selva, las cosas empezaron a aclararse para él.

Los hombres-canguro conocían la técnica de la fundición de metales y fabricación de enseres, por lo tanto el fuego. Era una especie de civilización lo que, a pesar de todo, habían conseguido fundar. Comprendió también que habían sentido el mismo descontento de la civilización de los sardinas que los pioneros, pero de una manera más violenta, cortando voluntariamente cualquier lazo que les sujetara con la Tierra. Así, pues, habían revivido ese deseo de un mundo y de una vida enteramente nueva con mayor intensidad, si cabe, que los mismos pioneros. Y es muy posible que odiaran a los pioneros por instinto, a causa del hecho de que éstos continuaran relacionándose con la Tierra.

Lionel se acordó de que en otras épocas había a menudo leído que las amnesias eran una forma de evasión, una especie de deseo inconsciente de olvidar el pasado. Los hombres-canguro, en una escala biológica infinitamente más importante, habían sufrido el mismo proceso que esos intelectuales que un buen día rechazan todo cuanto les rodea y se convierten en simples vagabundos, esos tipos tan particulares, cuyo caso no puede explicarse por la miseria. Habían tenido que soportar una presión demasiado fuerte de la civilización, tal como existía en la Tierra, y la parte instintiva del hombre había adquirido la preponderancia absoluta, sin ningún otro recurso.

Esta mutación había sido provocada en parte, por tanto, por un deseo inconsciente, y era del mismo tipo que algunas modificaciones celulares en los estigmatizados. Lionel comprendió también que la extraña transformación de la piel y del brazo que había experimentado Flum era debida en realidad al mismo deseo, ya que esto la acercaba a una mujer-canguro, de las que habría oído hablar, sin duda alguna a los inspectores astronáuticos, o algún que otro desgraciado frecuentador habitual de las tabernas.

Lionel descendía ahora por los matorrales, dándose prisa para encontrarse con Sylvestre antes de que éste llegara a la cresta tomando otro camino. Pero no había nadie, todo aparecía desierto. El aparato no estaba allí, sin duda por haberlo tomado Sylvestre para su servicio. Tenía que hacer un informe sobre los hombres canguro y todo lo que había comprendido ahora, antes de que se iniciara ningún ataque contra ellos.

Es posible que hubiera alguna manera de alcanzar una solución mejor que las continuas guerrillas, aunque fuera bastante dudoso que se alcanzaran acuerdos convenientes. Lionel se apresuró hacia el refugio.

No tardó mucho en llegar al pie del fiordo. El día iba a su ocaso. Nada parecía moverse en el interior. Subió las escaleras, llamó a una puerta. Nadie respondió. Advirtió un nido de ametralladoras y se deslizó en su interior. Consiguió abrir una puerta valiéndose de su machete y entró en la rotonda. Estaba solo en el interior de la gran sala desierta. Se dirigió hacia uno de los ventanillos y miró hacia el exterior.

No se veía nadie, limpio hasta el horizonte.

El elemento siempre. Sin fatigarse, sin cesar batiendo contra las rocas.

Se volvió hacia el interior, contempló las paredes, la mesa vacía, la sala muda y que empezaba a ser invadida por la penumbra.

Y bruscamente reconoció el ruido familiar de sus propios pasos. Tuvo la impresión que estaban resonando allá a lo lejos, en los corredores, el puesto de guardia, el observatorio, las habitaciones, en fin todo, hasta el mínimo rincón llenando con su presencia todo el reducto. Le pareció encontrarse a sí mismo y por fin todo entero.

El niño, el joven que había sido, todos esos seres que había tenido siempre a su cargo y que nunca llegó a amar demasiado, que habían ensombrecido su vida entera, se daba cuenta ahora de que había muerto.

Mientras tanto comprobaba su pistola. Su casco había sido abollado y abierto durante la lucha contra el iguanodonte y tuvo que subir hasta el cuerpo de guardia para recoger otro.

Luego se dirigió hacia el garaje: todos los vehículos estaban fuera. La caza del Rey-Pez era una empresa de mucho empuje, ya que toda la guarnición, Sylvestre incluido, había sido empleada para emprender el ataque. Se trataba de algo urgente: con seguridad habría víctima.

Salió del refugio y siguió a lo largo de la costa rocosa. Enfocó sus gemelos hacia el dédalo de rocas donde se había escondido el monstruo. Se veían allí restos de vehículos que iban a la deriva, así como algunos cuerpos y formas negras y dormidas en la bruma.

Se lanzó resueltamente al mar y nadó hacia un arrecife que surgía a poca distancia de las cavernas submarinas. Desde allí pudo contemplar toda la extensión del desastre.

El cuerpo de Antoine aparecía materialmente desmenuzado y pegado contra el

arrecife, levantado a intervalos regulares por el líquido.

Pulsó el botón de su casco y se dio cuenta de que la pila para la radio estaba agotada. No se había preocupado de comprobarlo cuando lo tomó del cuerpo de guardia. Este descuido le dejaba completamente aislado. Desde ahora ninguna comunicación le sería posible.

Registró el horizonte con la mirada; no quedaba más que una esperanza: que los pioneros, divididos en tantos grupos como vehículos, hubiesen podido salvarse aunque fuera en pequeño número, pero nada a su alrededor le permitía suponer la presencia de quienquiera que fuese.

Era evidente que sólo Sylvestre y él habían podido ver al Rey-Pez y darse cuenta de qué clase de adversario se trataba. Sin duda el efecto de sorpresa había trabajado a favor de tan gigantesca criatura. Los demás pioneros no habiendo hecho otra cosa apenas que entrever las salamandras, no habían podido darse cuenta de cuáles eran los recursos de que disponían.

La mayoría de los hombres que iban en el vehículo no pudieron ver al Pez-Papa más que en el preciso instante que les atacó y no pudieron, con toda evidencia, disponer del tiempo suficiente para madurar un plan de ataque que se adaptara y aprovechara de los fallos de esta formidable ciudadela viviente. Hubieran debido enfrentárseles en masa. Pero él, disimulado en la oscuridad de las cavernas tortuosas, no pudo ser ni rodeado ni apuntado con la pistola. Fueron atacados por su enorme cola, que era su arma principal como para el iguanodonte y con la cual destrozó todos los vehículos por la total imprevisión de los asaltantes que no se ocuparon más que de inutilizar sus fau-ces y sus patas. Inmediatamente después el gigantesco animal había terminado con los que se salvaron a dentelladas y zarpazos.

Debieron haber conseguido ante todo inutilizar su apéndice caudal y teniendo en cuenta la lentitud relativa del coloso, un hombre solo, por ser menos visible y mucho más móvil, podía acercarse resueltamente a él por la espalda y cortar su espina dorsal.

Quizá la guarnición compuesta de Morgan, de Cyprien y a la cual se había unido Sylvestre, existía aún. Pero ¿era seguro? Ese cuerpo que había visto allí abajo, podía muy bien ser el de Morgan o también el de Sylvestre, dentro de su armadura negra todos eran seres anónimos.

Y ahora Lionel estaba solo.

Y estaba aquí. Contempló el mar, y el paisaje que lo rodeaba. No, él no era ni el rey solitario y todopoderoso de aquel planeta ni tampoco un súbdito asustado. Formaba parte de él, y él le había sido hostil a veces y a veces se demostró amistoso, pero Lionel no era un ser más evolucionado que la salamandra.

Sin embargo le parecía ahora que había encontrado por fin su sitio. No era más que uno de tantos elementos de la naturaleza, sin la pasividad animal de los hombres-canguro, activo, actuando por el contrario, pero sin la rapacidad de los sardinas.

Y le parecía descubrir el auténtico rostro del planeta, uno entre muchos otros, su amistad despiadada, orgullosa, para el que se había mostrado digno de ser uno de sus

habitantes. Un planeta vivo, no un establecimiento cómodo para sardinas.

Sí, esa debía ser la razón por la cual él había huido de la Tierra: para encontrarse a sí mismo dentro de esta perspectiva exactamente, que habría hecho estremecer a las gentes de las bases volantes: estar solo en un planeta perdido sin ninguna esperanza de retorno y con todos sus camaradas probablemente muertos.

Y él, más allá de todos los ahogados que habían oído cantar el «Canto del exiliado», por encima de todas las víctimas cristalizadas, muertas en combate o convertidas en canguros, él, en medio de tantas luchas había conseguido al fin llegar a encontrar una nueva Tierra, y sentía que en esta soledad, lejos de aquellos sardinas ávidos, el planeta le sonreía por fin con *una sonrisa desconocida*.

Ahora ya no se trataba de enterrarse en el refugio como un superviviente temeroso en espera de un socorro poco probable de los terráqueos, que para él eran más extranjeros que los hombres-canguro e incluso que las salamandras. Tenía que continuar en su papel, quizás injusto, de ser humano y atacar también, a solas, a ese monstruo cuya presencia adivinaba bajo los profundos roquedales negros. Ese monstruo que era más evolucionado que él en cierto sentido, pero del cual, por naturaleza, era uno de sus enemigos irreconciliables.

¿Un monstruo? No, no más que él mismo, intruso en un planeta extraño. El equilibrio en combate: que luchara contra los hombres-canguro o contra las salamandras. No confiar demasiado en la naturaleza ni abandonarse a ella como los románticos y la joven del quiosco, pero sí darse cuenta de que uno forma parte de los elementos componentes y que todo el error de la Tierra consistió en no haber intentado otra cosa que sujetar, dominar, adueñarse... de un desierto al final. Y eso era el sentido perdido de las viejas tauromaquias, o de las cazas a caballo, espontáneamente presentadas como rituales; recordar al hombre que no es más que una porción del universo, ponerle en situación de igualdad con los demás seres para que pueda encontrar su equilibrio cósmico, combatir, «por una sola vez», de una manera leal.

Arriba, sobre las rocas, la noche desciende ya acompañada del frío habitual. Lionel se ha lanzado al mar completamente solo, sujetando su machete con la mano...

Como un antiguo hombre-rana que fuera simplemente a hundir un buque enemigo, se pone a nadar... desciende hacia la gruta...

Ya ha llegado; sus pies huellan el suelo. Una pistola retorcida, hecha trizas, yace sobre las rocas...

Sobre la arena lisa, unos miembros destrozados, pedazos de cuerpos, huesos, cabezas de cejas fruncidas, y con el cuello a tiras están dispersas...

En la oscuridad no es fácil identificar dónde se halla el monstruo. Una masa algo más oscura que la penumbra envolvente, el brillo de una garra, quizás...

Lionel calcula ahora, que hallándose en lo profundo de su guarida, como parece estar el monstruo ahora, no puede revolverse para servirse de su poderosa cola como

arma de ataque y defensa verdaderamente temible.

Sigue avanzando. El Rey-Pez se agita, le ha visto. Lionel vigila los ojos del monstruo, hacia lo alto, como un duelista, para intentar adivinar qué movimiento va a realizar su antagonista. Así puede ver cómo, en las pupilas verdosas, nace y se fragua un pensamiento, el de que él, Lionel, no es más que otro animal. Los otros pioneros lo han, pues, atacado como si se tratara de una masa informe, estúpida.

Ahora están los dos frente a frente y se observan. Como en un combate singular, no hay más que los dos contendientes, ellos, solos, y nadie más, en todo el mundo.

Lionel puede evitar a tiempo un zarpazo, se coloca sobre el hocico, pica hacia el cuello y se lanza deliberadamente hacia el fondo de la gruta.

Está debajo del vientre. Golpea. Sube de nuevo. Se agarra al espinazo. Hunde allí su machete. Una sangre pardusca maná de la herida. El monstruo brama, y de un brusco movimiento con su espalda lo lanza contra el suelo.

Entonces, Lionel toma la pistola y tira dentro de las fauces del monstruo que estalla en humo, se disgrega... y como una casa que se hunde, el rey se derrumba...

Lo alto del gigantesco ser cae inflamado como un techo destrozado por las llamas, esparciendo brasas ardientes. Asustado Lionel tiene la impresión que no acabará nunca de morir. Como en todos los momentos cruciales el tiempo parece alargarse indefinidamente, como si el monstruo se hundiera poco a poco, y su cuerpo ondulante fuera retenido en su caída por el elemento que lo envuelve y así va desmoronándose como en «cámara lenta». Lionel retrocede, temiendo que el derrumbamiento de este prodigioso edificio le sorprenda entre sus ruinas. Huesos, pedazos de carne, piel, todo va a caer a sus pies en torbellino, proyectado, ya que la descarga de la pistola no actúa tan poderosamente en medio del elemento.

Le parece haber abatido, solo, una torre y se siente a la vez culpable de una especie de sacrilegio e investido de una responsabilidad aplastante.

Los ojos de color esmeralda del rey ya no ven nada. Lentamente, muy lentamente, va dejándose caer, se estira en toda su enorme longitud, en el suelo de la cueva. La cabeza se hunde, se inmoviliza en la arena. Una humareda densa, rápida, agitada, se abre camino entre el elemento...

Permanece allí un largo instante aún. No, él ya no era ni un mero viajero, ni un pionero. Había adquirido un compromiso con ese planeta. En el platillo de la balanza, se equilibraba poco a poco con esa carga gigantesca, ese peso de titán que había apenas entrevisto cuando contemplaba el planeta por la ventana de la cabina de Flum.

Nadie le espera ya. Ahora puede estar tranquilo. Y entonces, con toda calma, empieza a subir a la superficie, sin prisas, tomando el tiempo que sea preciso.

Detrás de él queda la anfractuosidad rocosa, el palenque en donde nunca más volverá a contender. Sobre la arena roja, la enorme masa antediluviana yace entre jirones de carne y los restos del atuendo dispersos y deshechos. Una necrópolis...

Llega a la superficie. Se agarra a las rocas...

Levanta la visera y aspira grandes bocanadas del aire fresco de la atmósfera. La

sangre bulle en sus arterias. Percibe un olor como de un alimento desconocido: la del elemento que ahora ve por vez primera.

Vuelve la cabeza. A cincuenta metros de donde está ahora, acaba de aterrizar un cohete, varado entre las rocas batidas por el mar. Baja su visera.

«Aterrizar de día. ¡Qué suerte han tenido!», piensa Lionel.

Monta sobre las rocas y se dirige al encuentro del cohete.

Los recién llegados, pálidos y despeinados, le ven surgir ante ellos, asustados y respetuosos.

Se da cuenta en seguida de la razón de su mirada asustada: está recubierto de toda clase de musgos, la coraza medio quemada por las descargas de su pistola, terrible, un ser mitológico también él, como el Pez-Papa.

Una joven, con las largas piernas enfundadas en una especie de pantalones de piel gris, que parece haber tomado algún predicamento ante los supervivientes de la expedición, le contempla con los ojos abiertos.

En pie, inmóviles, alineados, los pioneros están allí sucios también, pero menos raros que él mismo, y lo contemplan todos en silencio.

«Han debido ir a refugiarse y descansar en algún agujero antes de reanudar el ataque», piensa Lionel.

—¿Quién es aquí el Jefe? —pregunta la joven.

Lionel se vuelve hacia los demás pioneros para saber qué debe contestar. Pero son ellos los que parecen estar esperando su respuesta en medio de un respetuoso silencio.

Silencio que se prolonga. Morgan se calla también. Lionel se pregunta la cara que debe poner bajo la visera.

Entonces se da cuenta de que, súbitamente tiene la impresión de que él lo domina todo y a todos, los recién llegados también, los pioneros, el planeta y que toda su vida está haciendo su transformación aquí.

Sencillamente, sin ninguna ceremonia, Cyprien le entrega el gorro, tan estrafalario, con las colas de lobo colgantes.

—Toma, lo habías olvidado.

Ese gorro, ese signo insólito de la dignidad de Jefe, y toda la elegancia, aparentemente fútil de «Máscara de Hierro», era en todo lo que se percibía que, aunque formando parte integrante del planeta, no era, como los hombres-canguro, el esclavo.

Lionel contempla la mirada perdida de los exilados, llegados a este mundo nuevo, en medio de esas figuras inidentificables bajo los cascos. Intimidada, la joven vuelve a preguntar, con inquietud:

—¿Quién es aquí el Jefe?

—Yo mismo —responde Lionel.

La noche va invadiendo el planeta mientras los pioneros, pensativos, continúan inmóviles como estatuas sobre las rocas. Instintivamente los sobrevivientes de la

expedición se han agrupado alrededor de Lionel.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —pregunta uno de ellos.

Ahora, bajo el casco de robot, se ha convertido en un símbolo, una entidad misteriosa, él también. Esta comprensión, este coraje que había tenido cuando estaba solitario, era eso.

¿Era posible que fuera eso un Jefe?

Es cuando no se piensa en ello que uno llega a serlo.

Tiende el brazo en la oscuridad. Morgan y Sylvestre han comprendido su gesto; lanzan unas bengalas trazadoras al aire, y a la luz que expanden surge el reducto entre los misterios lejanos de la noche.

Se ponen en marcha todos a la vez.

El próximo informe anual declararía, igual que los precedentes, que el planeta era imposible de colonizar.

Siempre sería *fresco, como el mar al amanecer...*

FIN

EL HIJO DEL SOL

Leigh Brackett

Eric Falken se hallaba completamente inmóvil y vigilaba atentamente los mandos de la nave espacial «Falcon».

Las luces rojas del panel indicador señalaban naves hiltonistas en una media luna tridimensional, encima, detrás y debajo de él. Como unas tenazas que se acercaban velozmente.

El instinto animal de huir alentaba en él, pero no podía obedecer. Tenía bastante combustible para intentar una última prueba de velocidad. Pero no había paso a través del círculo de naves espaciales. Los faros exploradores, que se cruzaban entre sí, atraparían al «Falcon» como a un pececillo dentro de una red.

Tampoco había forma de seguir hacia delante. Mercurio estaba allí, fiero y extraño, expuesto a todo el fulgor del Sol. Las naves de Gantry Hilton, Presidente de la Federación de los Mundos, inventor del Psicoajustador y caudillo de las almas de los hombres, le estaban empujando hacia abajo, para obligarle a realizar un aterrizaje en el solitario puesto avanzado de la Guardia Espacial.

No podía evitar el aterrizaje. Y en tal caso...

Para Paul Avery, la elección entre la muerte o la felicidad. Para sí mismo y para Sheila Moore, no había elección: era la muerte.

Las luces rojas parpadearon ante la mirada de Falken. La pulsación de los electrodos bajo sus pies se desvaneció en la distancia. Llevaba en los mandos cuatro días de cronómetro, desde que los hiltonistas le estaban persiguiendo desde Lonsangles, en la Tierra.

Lo sabía porque se hallaba tan agotado que no podía pensar, o impedir que la pesadilla de los últimos días le desquiciase el cerebro, martilleándole con la incesante pregunta:

¿Cómo?

¿Cómo le habían seguido el rastro los hiltonistas desde Nueva York? Paul Avery, el recluta Subregenerado que él había ido a buscar, había pasado por una rígida prueba síquica, la cual, incidentalmente, había revelado el más excelente cerebro que jamás se hubiera unido a la causa de los Subregenerados. No podía ser un espía. Y no había, hablado con nadie más que con Falken.

Sin embargo, estaban siendo perseguidos. Ahora, la Guardia Nacional Hiltonista se hallaba muy atareada destruyendo las últimas vías de escape de la Tierra, vías de escape que Falken conocía de memoria.

¿Pero cómo? Sabía que él no se había descubierto. Durante treinta años había estado arrebatando Subregenerados de las Fortalezas de Paz y Felicidad de Gantry Hilton. Era, pues, demasiado veterano para cometer errores.

Sin embargo, la Guardia Negra les había descubierto en Lonsangles, donde el «Falcon» estaba oculto. Y sin embargo, de algún modo, se habían escapado con una muchacha muerta de hambre, de ojos verdes, llamada Kitty...

—Kitty, no —musitó Falken—. Kitty es Feliz. Hilton se apoderó de Kitty hace treinta años.

El día de nuestra boda.

Una chiquilla muerta de hambre llamada Sheila Moore, que le pido ayuda porque él era Eric Falken, y casi un dios para los Subgenerados. Huyeron en el «Falcon», pero las naves hiltonistas les siguieron. Un vuelo sin esperanza, un esfuerzo desesperado para escapar de aquella persecución antes de hallarse demasiado cerca del Sol. Varias veces, utilizando `su magnífico combustible y las aceleraciones que incluso ponían a prueba su duro cuerpo, Falken pensó que había conseguido huir.

Pero de nuevo le habían descubierto. Era misteriosa la manera como le encontraban.

Ya no podía correr más. Al menos llevaría a los hiltonistas lejos de los compasivos agujeros helados donde se escondía su pueblo, en los planetas exteriores, en los estériles satélites y en las oscuras moles que flotaban fuera de las sendas navegables.

Y se suicidaría antes de que los psicoanalistas hiltonistas pudieran obtener de su cerebro alguna información con respecto a los Subgenerados. Se mataría si conseguía despabilarse.

Empezó a reírse con una risa rabiosa, de borracho. No podía dejar de reír. Se asió al borde del panel y rió hasta que las lágrimas surcaron su Atezado rostro, lleno de cicatrices.

—¡Cállate! —le gritó Sheila Moore—. ¡Cállate, Falken!

—No puedo. Es muy divertido. Hace treinta años que los Subgenerados vivimos en un infierno, luchando contra el Hiltonismo. Y ahora estamos listos. Es decir, ya lo estábamos antes de emprender el viaje.

»¡Y ahora voy a dormir! ¡Por tanto, ellos pueden sufrir unas cuantas semanas más! ¡Es tan condenadamente divertido...!

El sueño se apoderó de Falken. Un sueño urgente y poderoso, tanto, que le parecía que una garra invisible le apretujase el cerebro. Sus manos abandonaron los mandos del aparato.

—¡Falken —le gritó Sheila Moore—, Eric Falken!

Algo metálico en la voz de la joven le obligó a levantar de nuevo la cabeza. Ella estaba acurrucada en una de las literas superiores, centelleantes sus verdes pupilas, y tenso su esbelto cuerpo dentro de su destrozado vestido de seda verde.

—¡Tienes que despistarles, Falken! ¡Tienes que escapar!

Él había dejado de reír.

—¿Por qué? —preguntó tristemente.

—Porque nosotros te necesitamos, Falken. Eres una leyenda, una esperanza a la que nos asimos. Si te entregas, ¿qué va a ser de nosotros?

Sheila se levantó y dio unos pasos por la estrecha cabina. Paul Avery contemplaba desde su litera, en la pared opuesta, sus ojos ambarinos embotados por la profunda lasitud que quebrantaba su bello cuerpo juvenil.

Falken también la miró. El terrible apremio del sueño seguía oprimiendo su

cerebro, robando la fortaleza de sus músculos. Pero no podía dejar de mirar a Sheila Moore.

Por ella había puesto en peligro su vida, y por Avery también, y había quebrantado la ley de los Subregenerados por salvarla a ella, a una desconocida, que no había pasado prueba alguna. Sheila resplandecía. Penetraba en el cerebro de Falken con el mismo fuego helado que había sentido cuando Kitty fue separada de sus brazos.

—Tienes que escapar —repitió la muchacha—. No podemos entregarnos.

Su voz sonaba distante, y su cabello suelto, del color del oro, formaba como un halo de luz en torno a su cabeza. Las tinieblas estaban apoderándose del cerebro de Falken.

—¿Cómo? —susurró.

—¡No lo sé..., Falken! —Le asió de un brazo con temblorosos dedos—. Te están acorralando hacia Mercurio. ¿Por qué no les engañas? ¿Por qué no ir más allá?

Falken la miró fijamente. No se le había ocurrido tal idea. No podía habersele ocurrido.

Más allá de la órbita de Mercurio sólo había la muerte.

Avery saltó al suelo. Durante un instante de sobresalto, el cerebro de Falken se despejó, viendo el salvaje terror en los ojos de Avery.

—¡Moriríamos! —gritó roncamente—. El calor...

Sheila se le enfrentó.

—Moriremos de todas formas, a menos que desees el Cambio Psíquico. ¿Por qué no probarlo, Eric? Los instrumentos de ellos no funcionarán cerca del Sol. Tal vez temerán seguirnos.

La acerada, febril fuerza de la joven les sacudió.

—¡Pruébalo, Eric! No tenemos nada que perder.

Paul Avery trasladó su vista de uno al otro, y luego a las luces rojas que indicaban las naves enemigas. De repente se sentó en el borde de su litera, con el rostro entre las manos. Falken observó los nervios de sus manos, como un manojito de cuerdas.

—No... no puedo —susurró Falken. La fuerza de su sueño era más imperiosa que nunca. Añadió—: No puedo pensar...

—¡Debes hacerlo! —le exigió Sheila—. Si te duermes, nos atraparán. No puedes matarme y matarnos. Te vaciarán el cerebro. Y luego te lo hiltonizarán con el psicoajustado.

Pondrán en blanco tu cerebro con los impulsos eléctricos y después te injertarán una memoria completamente nueva, transmutando incluso tus circunvoluciones cerebrales para que no puedas pensar del mismo modo. Te cambiarán tu metabolismo, tu equilibrio glandular, tus huellas dactilares.

Falken sabía que ella le estaba recordando estas cosas deliberadamente, para obligarle a la lucha. Pero las tinieblas del sueño seguían atenazándole.

—Incluso perderás tu nombre —prosiguió ella, implacable—. Te tornarás plácido

y sin vida, dejando que tu existencia transcurra ociosamente, uno más del rebaño de Hilton.

—Como... —Respiró profundamente y agregó—: como Kitty.

Falken la oprimió por los hombros, sacudiéndola febrilmente.

—¿Cómo lo sabes?

—Aquella noche, cuando me encontraste, pronunciaste su nombre. Quizá yo te hice acordarte de ella. Sé lo que sientes, Eric. Se apoderaron de la chica que amabas.

Él la miró fieramente, reflejándose en sus ojos el resplandor de las verdes pupilas de la muchacha: Había acero en ella. Pudo sentir el impacto del choque de ambas voluntades.

—Háblame —le ordenó—. Mantenme despierto. Lo probaré.

El sueño estaba asaltando a Falken con manos físicas. Pero volvió a concentrar su atención al tablero de mandos.

El feroz resplandor de Mercurio le apuñalaba sus enrojecidos ojos. Las luces rojas le acosaban. No podía pensar. Y entonces Sheila Moore empezó a hablar. De pie a espaldas suyas; con sus delgadas y vitales manos en sus hombros, iba contándole la historia del Hiltonismo.

—El Sicoajustador de Granty Hilton fue bueno al principio. Mediante el lavado artificial de las ondas cerebrales, y el uso del electro-hipnotismo, o transmisión de formas de pensar directamente al cerebro, curaba demencias no lesionales, neurosis, y las tendencias criminales. Luego, al finalizar la Guerra Interplanetaria...

Las luces rojas se acercaban. ¿Cómo podrían escapar a la agresión de la Guardia Especial? La voz de Sheila combatía a las tinieblas de su cerebro. Velocidad, esto era lo que le hacía falta. Y más coraje que el que había empleado en toda su vida. Y suerte.

—Sigue hablando, Sheila. Mantenme despierto.

—Hilton fomentó su descubrimiento. La gente estaba agotada tras seis años de lucha.

Deseaban el Hiltonismo, la Paz y la Felicidad. La pasión por huir de la vida les tornó en lunáticos.

Falken asió la palanca de emergencia y la llevó hacia abajo. La última onza de fuerza acumulada penetró en los tubos del cohete. El «Falcon» se enderezó y aceleró su marcha.

Entonces, salió disparado hacia Mercurio, mientras el gimiente chirrido del metal hacía estremecer los muros de la cabina.

Estallaron varias granadas espaciales. El «Falcon» se estremeció, pero no le alcanzaron. El círculo de luces rojas se iba quedando atrás. La aceleración desgarraba el cuerpo de Falken, pero la tela de araña del sueño iba aflojando su presa. La voz de Sheila iba contándole la historia de la esclavitud del hombre.

Los pelados y hambrientos picos de Mercurio destellaron ante Falken.

Y entonces las armas de la Guardia Espacial atronaron el espacio.

—¡Sigue, Sheila! —gritó Falken—. ¡Sigue hablando!

—Bien, Gantry Hilton se convirtió en una especie de Dios, rigiendo los pensamientos y las emociones de la gente. No halló ninguna oposición, salvo por parte de los Subregenerados, que carecíamos de poder. La humanidad se desenvuelve en medio de un estupor plácido. No puede sentir incomodidad, deslealtad, ni el deseo de progresar y cambiar. No puede luchar, siquiera sea moralmente.

»Gantry Hilton es un dios. Su hijo será un dios. Y la humanidad está agonizando.

En el cerebro de Falken se produjo un extraño y casi audible impacto. Sintió el rápido y terrible choque del odio que le sobresaltó porque no formaba parte de su personalidad.

Desapareció al instante y su mente se aclaró.

Estaba agotado por completo, pero podía pensar y pelear.

Lívidas y flamígeras estrellas surgían y morían en torno suyo. Los fatigados electrodos rugían de agonía. Las alargadas manos de Falken se afanaban en los controles. Ahora sabía lo que iba a hacer.

Abajo, abajo... directamente hacia las negras, vomitantes bocas de las armas, apostándolo todo a que su súbito impulso de velocidad confundiría a los artilleros, a que la minúscula mole de su nave hundiéndose en el vacío de proa, sería muy difícil de distinguir contra las profundidades espaciales moteadas de estrellas.

Tenía los labios blanquecinos. Las delgadas manos de Sheila eran como un dolor pasajero en sus hombros. Abajo, abajo... Los picos de Mercurio casi rozaban el casco de la nave.

Una granada estalló muy lejos. Cegado, aturdido, Falken guiaba el cohete con el instinto. Silenciosos cohetes frenaron el impulso gravitatorio por un momento. Luego, la nave volvió a hallar su camino a través del vacío. Había pasado Mercurio.

Al otro lado, en el espacio libre, la nave no era ya más que una veloz mota de polvo perdida entre los titánicos fuegos del Sol.

Falken se volvió. Paul Avery seguía en su litera, pero sus ojos dorados, muy abiertos, contemplaban fijamente a Falken. Se trasladaron a Sheila Moore, que se había dejado caer exhausta al suelo, y de nuevo se posaron en Falken... como queriendo atravesarle en una fría mirada que Falken no fue capaz de comprender.

Falken cortó la fuerza impulsora de los cohetes. Vigiló los mandos. El calor estaba pegándose al casco de la nave. Falken miró a través de las sombreadas portillas al vasto y abultado Sol.

Ningún hombre en la historia de los viajes espaciales se había aventurado a acercarse tanto. Se preguntó cuánto tiempo podrían resistir el calor, y si el casco podría desviar las poderosas radiaciones.

Su cerebro, con su conocimiento de los campamentos de Subregenerados, se hallaba a salvo por algún tiempo. Conociendo lo poco que podía esperar de la suerte, sonrió sardónicamente, no sabiendo si el hábito había ocupado el sitio de la razón.

Entonces, la resplandeciente cabeza de Sheila le obligó a acordarse de Kitty, y

comprendió que su agotado cuerpo le estaba traicionando. No, no podía abandonar.

Se sentó junto a Sheila. Le cogió las manos y le dijo:

—Gracias. Muchas gracias, Sheila Moore.

Y luego, pacíficamente, se quedó dormido con la cabeza reposando en el regazo de la joven.

El calor era maligno, como un vampiro. Eric Falken lo sintió aun antes de despertarse.

Estaba tendido en la litera de Paul Avery, y el sudor de su cuerpo había formado como un charco debajo de él.

Sheila estaba sentada a su lado, con los ojos cerrados, y el dorado cabello peinado hacia atrás. Su vestido de seda verde estaba, humedecido de sudor. La delgadez de su cuerpo le proporcionaba una rara belleza, clara y suave, como una escultura de hielo.

Había vivido en callejones y bodegas, ocultándose de los hiltonistas, porque no quería ser Feliz. Era una muchacha fuerte. Como una gatita que no quiere morir.

Avery, sentado en la silla del piloto, miraba al exterior a través del portillo. Giró en redondo cuando Falken despertó. El cansancio había huido de su juvenil y cuadrada cara, pero todavía tenía los ojos velados y enrojecidos. Falken no pudo leer en ellos, pero le pareció intuir el temor.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —quiso saber.

Avery se encogió de hombros.

—El cronómetro se paró. Supongo que mucho tiempo. Quizá veinte horas.

Falken se acercó a los mandos.

—Será mejor que retrocedamos. Daremos un amplio rodeo y tal vez podremos volver a esquivar a Mercurio.

Esperaba que la constante velocidad no les hubiese llevado demasiado lejos y llegase a faltarles el combustible.

El alivio se dibujó en el rostro de Avery.

—¡Es enorme el Sol! —se quejó—. Es aterrador. Nunca había pasado tanto miedo...

Se interrumpió de repente. Algo en su tono de voz hizo que Sheila abriese mucho los ojos.

De pronto el zumbador de detección de masas empezó a sonar, con su insistente persistencia.

—¡Un meteoro! —gritó Falken, y saltó a la pantalla del visor. Se inmovilizó.

No era un meteoro que se dirigiera hacia ellos, procedente del vasto campo resplandeciente del Sol. Era un planeta.

Un planeta oscuro, negro como el infinito, estéril y cruel hasta la negación, cuyos altos picos brillaban con fuegos fosforescentes.

—¡Cielo santo! —murmuró Paul Avery—. ¿Un planeta aquí? ¡Es imposible!

Sheila Moore intervino rápida.

—¡No! Recordar las antiguas leyendas acerca de Vulcano, el planeta situado entre

Mercurio y el Sol. Nadie creyó en él, porque no pudieron descubrirlo. Pero tampoco pudieron explicarse jamás la excéntrica órbita de Mercurio, excepto por la interferencia gravitatoria de otro planeta.

—Seguramente los observadores de Mercurio lo habrían descubierto ¿no? —objetó Paul Avery, y en su garganta comenzó a latirle el pulso fuertemente.

—Está allí —observó Falken con impaciencia—. Y nos estrellaremos contra su superficie dentro de un minuto si no... ¡Sheila! ¡Sheila Moore!

El resplandor procedente de los portillos iluminó su agitanado rostro y el brillo centelleante de sus ojos azules.

—¡Es un mundo, Sheila! ¡Podría ser un mundo para nosotros, un mundo donde los Subgenerados podrían vivir y esperar!

La joven jadeó y le miró con fijeza.

—¡Míralo, Eric Falken! —gritóle Avery—. Nadie ni nada podría prosperar aquí.

—¿Temes aterrizar y comprobarlo? —le preguntó Falken, con suavidad.

Los amarillentos ojos quedaron confundidos. Luego, Avery volvió la cabeza.

—No, pero no puedes aterrizar, Falken. Fíjate bien.

Falken encendió uno de los poderosos reflectores. Vulcano era más pequeño aún que Mercurio. No había atmósfera. Los picos de sus mares ascendían a una enorme altura, como queriendo penetrar el brillante resplandor solar.

El haz de luz se dirigió al fondo oscuro de sus valles. No había nada más que roca cristalizada, que destelló a la reverberación de la luz.

—Es igual —murmuró Falken—. Voy a aterrizar.

Si existía la más leve oportunidad no podían desaprovecharla.

Los Subgenerados vivían casi muriendo en los mundos deshabitados. Paul Avery era el único ser reclutado en muchos meses. Y se había estado muriendo en las miserables fortalezas independientes del espacio exterior.

El hambre, la miseria, el frío y la oscuridad. La inseguridad y el peligro, y el pavoroso terror de los humanos arrancados a la tierra y a la luz. A menos que hallasen un lugar seguro, con calor, luz y tierras de cultivo, donde los niños pudiesen nacer y criarse, Gantry Hilton llegaría a apoderarse de todo el Sistema Solar para su recreo.

No hubo más protestas, Falken puso la nave dirigida hacia abajo, con infinita destreza.

Luego dio media vuelta, sintiendo que la sangre se agolpaba a sus muñecas y a su garganta.

—Los trajes del vacío —pidió—. Hay dos y uno de reserva.

Se los pusieron, se deslizaron por la escotilla y salieron al aire libre, los primeros seres humanos en un mundo por descubrir.

El peso plomizo de sus botas les ayudó a quedar sujetos al suelo, permitiéndoles andar. Falken probó la roca con un bastón provisto de contera de acero.

—Es como el cristal —dijo—. Probablemente, formado por algún compuesto químico desconocido, fundido por la viva fuerza de los trastornos solares que originó

los planetas. Esto explicaría su resistencia al calor.

Los radioauriculares le transmitían con toda claridad la voz de Avery, y Falken comprendió que toda la materia del planeta se hallaba aislada contra las radiaciones solares, que normalmente habrían impedido toda comunicación.

—Sea como sea —repuso Avery—, absorbe la luz. Pero esto nunca ha podido ser visto.

Sólo unos débiles destellos se filtran a su través, demasiado flojos para que ni siquiera los telescopios de Mercurio puedan captarlos, detectándolos contra el Sol. Su mole es demasiado diminuta para que su tránsito pueda ser observado, y además no produce reflejos.

—Un perfecto desconocido escondido en pleno espacio —observó Sheila, estremeciéndose—. ¡Mira, Eric! ¿No es la entrada de una caverna?

El corazón de Falken le dio un vuelco de esperanza. Había cavernas en Plutón. Quizás en el centro de este extraño mundo...

Se acercaron a la entrada. Estaba sorprendentemente caliente. Falken sospechó que la roca difundía el calor solar en lugar de frenarlo.

Espirales de vapor cálido ascendían hacia el cielo, pareciendo querer apuñalar a las estrellas. Furtivos destellos de luz entraban y salían de la oscura profundidad. La cueva se abría ante ellos, y la luminosidad de sus linternas resbaló por sus muros, disipando las tinieblas.

Falken desenrolló una cuerda de fibra sintética de un millar de pies de longitud, que llevaba enrollada a la cintura. No tenía el espesor de un hilo de araña, aunque era lo suficientemente resistente para soportar el peso de Falken y Avery, a la vez. Ataron a un extremo una de las botas metálicas de cada uno, y dejaron caer la cuerda.

Flotó durante lo que pareció un tiempo interminable, cayendo perezosamente, debido a la poca fuerza de la gravedad. Ochocientos... novecientos pies. Cuando en la mano de Falken no quedaban más que cinco pies de cuerda, se detuvo.

—Bueno, hay un fondo.

Paul Avery le cogió del brazo.

—¿Vas a bajar?

—¿Por qué no? —Falken le contempló, extrañado—. Quédate aquí, si lo prefieres. ¿Sheila?

—Voy contigo.

—De acuerdo —murmuró Avery—. Vendré.

Sus ojos ambarinos parecieron momentáneamente los de un león atrapado en un pozo.

Asustado y peligroso.

¿Peligroso? Falken meneó la cabeza con irritación. Hendió el bastón en una grieta y aseguró la cuerda.

—Nos colgaremos de la cuerda —explicó—. Flotaremos como globos. Pero hay que tener cuidado. Yo iré delante. Si allá abajo hay peligro, arrojaremos la otra bota

que nos queda y ascenderemos con rapidez.

Descendieron, flotando asidos a la cuerda. En el oscuro pozo resplandecían leves destellos luminosos. El calor iba en aumento. Entonces, Falken pegó con el pie contra la resquebrajada pared de enfrente y empezó a deslizarse con una inclinación de cuarenta y cinco grados. De repente, apareció un vivo resplandor.

Falken parpadeó, asombrado. Luego, gritó fiera, salvajemente, en advertencia. La «cosa» estaba casi frente a él. Un coloso de ojos ardientes, como asentado sobre unos largos zancos, las mandíbulas abiertas, bien provista de colmillos y tensos los músculos.

Falken empuñó su daga radioactiva. El veloz movimiento le hizo perder el equilibrio.

Sheila, que se deslizaba detrás suyo, tropezó con él y ambos cayeron, lentamente, resignados ya a una muerte cierta en manos de aquel monstruoso ser que se disponía a cargar contra ellos en medio de un arco iris de cegadora luz.

Paul Avery aterrizó a su lado, lista su daga radioactiva. Falken y Sheila se incorporaron, con un sudor frío en todo su cuerpo.

—¿Qué era aquello? —preguntó Sheila.

—¡Quién sabe! —repuso Falken, estremecido de terror. Lanzó una ojeada a su alrededor.

El monstruo estaba ahora lejos.

Falken llevó a sus compañeros, apresuradamente, hacia el refugio de la pared agrietada.

Unos jinetes estaban dando caza ahora al coloso. Jinetes de tan extrañas formas que ni la mente más desquiciada de un ser humano habría podido concebirlos. Jinetes en unos corceles semejantes a las colas de los cometas, tenues, vaporosos, seguidos por una manada de perros ladrones.

El sudor frío persistía en Falken.

—¿Cómo pueden vivir sin aire? —susurró—. ¿Y por qué no nos ven?

No había respuesta. Pero por el momento, se hallaban a salvo. La luz, que cambiaba de color a cada instante, ahora no les mostraba nada en movimiento.

Estaban sobre un suelo de roca negra cristalina. Por encima y a ambos lados, los muros formaban curvas que se alejaban hacia un gran resplandor... la luz del Sol, al parecer, que hacía resplandecer a todo el planeta. Al frente había una llanura también negra, cuya curva se emparejaba con la de la cueva.

Falken lo contemplaba todo asombrado. No había sitio donde estar a resguardo. No podía habitarse en aquel planeta. En aquel pozo no existía la vida tal como Falken la concebía. Y sin embargo, había cierta clase de vida, por extraña que fuese. Si volvían aquellos jinetes, no podrían escapar a su destino.

—Será mejor regresar —dijo, girándose para coger la cuerda.

La grieta había desaparecido.

Lisa y sin fisuras, la pared negra parecía estar burlándose de él. Sin embargo, no

se había, movido más de dos pasos. Sintió como una puñalada de miedo.

—Busquémosla —murmuró—. Debe estar por aquí.

Paul Avery se echó a reír secamente.

—Aquí hay algo —declaró—. Algo con vida...

Falken rezongó:

—¡Naturalmente, tonto! Esos jinetes...

—No. Algo más. Algo que se ríe de nosotros.

—¡Cállate, Avery! —le ordenó Sheila—. No podemos dejarnos dominar por los nervios.

—Ni podemos permanecer tampoco aquí buscando la fisura eternamente — Falken procuraba atisbar por entre los cegadores rayos de luz—. Debemos seguir explorando esto. Quizás existe otra salida.

Avery soltó una risita sin humor.

—Y quizá, no. Quizá ni siquiera hubo jamás una entrada. ¿Qué ha sucedido, Falken?

—Domínate —le aconsejó Falken, severamente—, o te quitaré la válvula de oxígeno. Está bien. Adelante.

Fueron siguiendo un largo sendero que atravesaba la llanura negra, sin aire, en medio de un silencio subyugador, deslizándose sobre la roca cristalina, casi cegados por la luminosidad multicolor.

Y entonces, Falken divisó el castillo.

Apareció ante ellos de repente, una mole de alas achatadas con torrecitas retorcidas y ventanales contorsionados. Falken parpadeó asombrado. Estaba seguro de no haberlo visto antes. Quizá la luz...

Titubearon. Por los poros de la piel de Falken parecían estar filtrándose leves motitas de hielo. Hubiera querido dar la vuelta al castillo, pero las negras paredes parecían alargarse indefinidamente a ambos lados de aquél.

—Entraremos —anunció, y sintió, empero, un escalofrío ante la aterradora idea de tropezar con seres como aquellos que, habían estado dando caza al coloso de ojos llameantes.

Con las dagas a punto, ascendieron unas escalinatas de altísimos peldaños. Ante ellos se extendía un vestíbulo sin ventanas. Lo siguieron.

Falken tuvo de pronto una impresión de «cambio». Las paredes se estremecían como si por ellas resbalase una tenue cortina de agua. Y de repente, unas puertas se abrieron delante de un salón redondo.

Falken atravesó una puerta. Al otro lado había un enorme salón redondeado por completo, con más puertas. Retrocedió. El vestíbulo que acababan de abandonar había desaparecido. Sólo había puertas. Centenares de puertas, de extrañas formas y tamaños, como las cosas que la mente humana recuerda con imperfección.

Paul Avery empezó a reír.

Falken le golpeó rudamente encima del casco. Avery calló, y Sheila asió a Falken

del brazo, apuntando la mano hacia delante.

Unas oscuras sombras avanzaban hacia ellos, extrañas, monstruosas, como aves gigantescas. El corazón de Falken se sintió sobrecogido de pánico. Las sombras les iban dando caza...

Falken ahogó la risa histérica que estaba a punto de brotar de su garganta. Abrió otra puerta.

Salones con puertas. Y las sombras se arrastraban detrás de ellos. Falken empezó a abrir puertas, una tras otra, en rápida sucesión, pero detrás de cada una sólo se veían salones provistos de más puertas.

El corazón le latía aceleradamente, con un dolor profundo, real. Tenía el traje empapado en sudor frío. Atravesaba continuamente puertas y más puertas, salones y más salones, siempre con las sombras a sus espaldas, enroscándose a los muros y a las huertas... a las puertas.

Paul Avery lanzó una risita ahogada.

—¡Tiene gracia! —comentó, y se arrojó al negro suelo. Las sombras le pasaron por encima.

Los ojos de Sheila estaban mirando fijamente al ajado y pálido rostro de Paul. Su terror obró el milagro de despertar la conciencia en el cerebro de Falken.

—¡Ayúdale a levantarse! —gritó—. ¡Ayúdale a levantarse!

Tuvieron que cogerle, Sheila por los pies y Falken por los sobacos. Siguieron trastabillando con su carga. Y de pronto no hubo ya puertas, ni techo alguno. Sólo la luz y los muros cristalinos... y las cambiantes sombras.

Los muros eran muy delgados en algunos sitios. A su través, Falken pudo divisar al enorme coloso de ojos llameantes, que se extendía ante la luminosidad del Sol. Llegaron de nuevo los cazadores y los sabuesos, sin adelantar ni retroceder, cabalgando simplemente, siempre en el mismo sitio.

Se desvanecieron los muros y las sombras. Ahora se hallaban solos en el centro de la negra llanura. Falken miró hacia el castillo, a sus espaldas.

No había nada más que la desnuda piedra.

Dejaron a Paul Avery en tierra. Falken vio como Sheila se arrodillaba a su lado. Se echó a reír con risa siniestra, enloquecida. Luego se arrodilló junto a los otros, su rostro, agitanado y lleno de cicatrices convertido en una máscara pétrea.

Falken nunca supo si fue entonces o varias horas después cuando oyó la voz. Pero sonó fuertemente en su cerebro. Al oírla se puso de pie, empuñando la fútil daga radioactiva.

—¡Son humanos! —exclamaba la voz—. ¡Qué maravilloso!

Falken elevó la mirada, observando un cambio en el matiz de la luz.

Algo flotaba hacia arriba. Era como una zona de diez pies de un halo espeso, como un núcleo de resplandor cegador rodeado de un disco de fuego petrificado.

La belleza de aquello, fuese lo que fuese, maravilló a Falken. Aquel ser titilaba con una opalescencia lumínica, infinitamente suave, como una llama viviente,

mágica, flotando a la cambiante luz de un arco iris. Sintió oprimírsele el corazón, como invadido de una dulce tristeza.

La voz volvió a sonar, ahora claramente audible.

—Sí, vivo y os hablo.

Sheila y Avery se habían incorporado, a su vez. Miraban a aquel ser con voz, con los ojos completamente abiertos.

—¿Quién eres? —susurró la joven.

Aquel ser de fuego pareció replegarse en sí mismo. De sus bordes destellaron como lenguas de fuego, y sus colores rieron.

—¿Una mujer, eh? ¡Espléndido! Tendré que maquinara algo especial —cambiaba de color a medida que cambiaba de ideas—. Vosotros me asombráis, humanos. No puedo leer en vuestras mentes, aparte de los pensamientos telepáticos dirigidos a mí, pero puedo sentir la energía que emerge de vosotros.

»Había pensado que ese humano pálido era el más fuerte. Sin embargo, ha fallado, y en cambio vosotros dos os mantenéis firmes.

Avery miró a Falken con sus pupilas ambarinas, ahora encendidas con unas lucecitas incomprensibles.

—¿Quién eres? —le preguntó Falken a la luz.

El fuego flotante giró y se curvó. Del núcleo surgieron como unas plumas de pavo real multicolores y brillantes.

—Soy el Hijo del Sol —respondió con orgullo.

Vio cómo los otros se atragantaban de asombro, y se rió con unas notas áureas de burla.

—Os lo explicaré, humanos. Me divertirá tener un auditorio no creado por mí. ¡Mirad!

Un fragmento de roca cristalina tomó forma ante ellos. En su interior comenzó a brillar un punto lumínico.

Era un Sol, en el primer destello de su juventud viril. Giró lentamente en torno a su órbita galáctica. Luego, desde las profundidades del más remoto espacio, se acercó otro Sol. Era inmenso, ardiendo con un resplandor blanco azulado. Se produjo un apareamiento y al instante nacieron nueve mundos en medio de un incendio deslumbrador.

Y hubo vida. No en los nueve ardientes planetas. Sino en el espacio libre, con diminutos globos de fuego, fragmentos del Sol que lanzaba chispas de inteligencia con las enormes explosiones de la energía.

La pintura se tornó borrosa. Los colores de la luz flotante cambiaron mortecinamente.

—Somos muchos —suspiró la extraña criatura—. Somos como pequeños soles, que vivimos de la conversión de nuestros propios átomos. Jugamos en los espacios abiertos.

Sombrías figuras poblaban el paisaje, halos más allá de la humana comprensión,

una leve visión de esplendor de extraños mundos con los enormes, inmensos soles girando en el espacio.

—Como soles que somos —continuó la voz—, irradiamos nuestra propia energía.

Podríamos extraer fuerza de nuestro padre, pero no la suficiente. Y morimos. Pero yo soy más fuerte que los demás, y más inteligente. Y me construí una concha.

—¡Construir! —susurró Avery—. ¿Pero cómo?

—Toda la materia se halla formada de energía en bruto, de electrones y protones que existen en estado libre. Con parte de mi propia masa construí este mundo que hay a mi alrededor, para mantener la energía del Sol y proteger la irradiación de mi vitalidad.

»He vivido, mientras los demás morían. He visto cómo los planetas se enfriaban, vivían y morían. No soy inmortal. Mi masa disminuye en tanto la energía huye de mi cuerpo. Pero hasta que me agote debe transcurrir mucho tiempo. También veré morir al Sol.

La voz calló. Los colores eran como cenizas luminosas. Falken se sintió sobrecogido de una punzante penó.

Luego, las maliciosas llamaradas revivieron y la voz habló:

—Mi mayor problema es la distracción. Me aburro y dentro de mi concha me veo obligado a imaginar diversiones.

—¿Los cazadores —jadeó Falken—, la fisura que se ha desvanecido, el castillo, mágico?

De pronto, sentía frío y calor, a la vez.

—¿Hábil, verdad? Creé a la fiera de unos eones, hace algún tiempo. Según mi plan, la bestia no puede huir ni los cazadores atraparla. Pero, debido a un factor de incertidumbre, existe una oportunidad entre varios centenares de billones de que pueda ocurrir una de ambas cosas. Y esto me proporciona una diversión interminable.

—¿Y el castillo? —musitó Falken—. También es parte de la distracción.

—¡Oh, sí! Vuestras reacciones emocionales... ¡Muy interesante!

Falken levantó la daga radioactiva y asestó un golpe contra el núcleo de la luz.

El fuego vívido se limitó a retorcerse y replegarse más sobre sí mismo. El Hijo del Sol se echó a reír.

—La energía en bruto es mi único alimento. ¿Qué, no hay más preguntas?

La voz de Falken tenía un tono casi amable.

—¿Sólo piensas en divertirte?

Los colores del Hijo del Sol volvieron a amortiguarse.

¿Qué más puede hacer para pasar el tiempo?

¡El Tiempo! ¡Tiempo, desde que el diminuto y helado Plutón no era más que un globo de incandescente gas!

—Tú cerraste la entrada del pozo por donde descendimos —le reprochó Avery.

—Claro está.

—¿Volverás a abrirla? ¿Nos dejarás salir?

El tono de su voz le traicionó. Falken y Sheila se dieron cuenta.

—¡No! —gritó la joven con voz enronquecida—. ¡No nos dejará salir! ¡Nos retendrá aquí para divertirse con nosotros, hasta nuestra muerte!

Unos estremecedores colores rojos iluminaron al Hijo del Sol.

—¡Morir! —exclamó—. Mis criaturas existen hasta que se desvanecen por mi voluntad.

¡Pero la muerte... la auténtica muerte debe ser una maravillosa diversión!

Falken se sintió invadido de una tremenda, loca rabia. Aquella inmensa caverna parecía estar burlándose de él, matando de golpe sus escasas esperanzas. Se mofaba de él con sus sólidos muros que estaban contruidos y cambiaban constantemente como si fueran de humo, por el poder de aquella llama suave, dulce, sin alma...

Todo contruido, todo edificado por una sola voluntad... Todo cambiando por esa misma voluntad suprema.

De repente, el cerebro pareció latirle con vida propia. Falken se inmovilizó, rígido, como aplastado ante la magnificencia de su idea. Empezó a temblar, y por sus venas comenzó a circular una loca esperanza, hasta el punto de que sintió un vivo dolor en sus entrañas.

—¿No puedes crear auténticos seres vivientes, verdad? —le preguntó al ser de fuego, con sumo cuidado.

—No —replicó el Hijo del Sol—. Puedo fabricar los elementos químicos de sus cuerpos, pero la chispa vital se muestra esquiva. Mis criaturas son simples juguetes activados por la fuerza eléctrica de sus átomos. Piensan, de manera limitada, y experimentan crudas emociones, pero no viven en el verdadero sentido de la palabra.

—¿No puedes fabricar otras cosas? ¿Rocas, tierras, agua, aire?

—Ciertamente. Para ello tendría que gastar gran parte de mi fuerza, y se debilitaría mi concha, puesto que debería reducir parte de la roca a sus primarias partículas y reconstruirlas. Pero también puedo hacerlo, sin que la pérdida de energía sea grave.

Hubo un silencio. Los distantes fuegos azulados resplandecían en las pupilas de Falken. Vio que los otros dos le estaban mirando. Estaba acechando la oportunidad de un descuido de la masa brillante que evolucionaba sobre sus cabezas, como un nubarrón negro coronado de locura y mortandad.

Pero su alma se estremeció de éxtasis ante la idea que le había asaltado el cerebro.

—¿Por qué tendría que construir todo esto? —quiso saber el Hijo del Sol.

—Para divertirte —le contestó Falken—. ¡Sería el juego más divertido de cuantos has inventado!

—Dime por qué, humano.

—Antes debemos concertar un pacto.

—¿Por qué debo pactar? Vosotros sois míos, y haréis lo que yo desee.

—De acuerdo. Pero no duraremos mucho. ¿Por qué tienes que malgastar tu imaginación en nosotros tres cuando podrías tener miles de seres humanos?

Los ambarinos ojos de Avery estaban completamente abiertos. Una asombrosa incredulidad había aflojado los rígidos músculos de Sheila.

Falken se volvió hacia sus asombrados compañeros. Asió a cada uno de ellos por un brazo, con un brusco y doloroso apretón.

—¡Confiad, confiad en mí, por lo que más queráis! —les susurró. Y luego, en voz alta—: Ayudadme a decirle lo que necesitamos.

En la luminosidad del Hijo del Sol aparecieron unas brillantes chispas áureas, que denotaban su burlona risa, pero Falken estaba absorto, contemplando fijamente los ojos de Sheila. Entre ambos se cruzó un relámpago de comprensión, de salvaje esperanza.

—Oxígeno —dijo ella—. Nitrógeno, hidrógeno, bióxido de carbono...

—Y tierra —agregó Falken—. Cal, hierro, aluminio, sílice...

Se encontraron sobre un suelo de tierra rojiza, aún húmeda de lluvia. Una cordillera de bajas colinas recortaba contra un extraño suelo oscuro. Leves nubarrones brillaban a la luz de un arco iris.

Falken sólo acertaba a divisar grandes extensiones de tierra desnuda, salpicada de diminutas charcas y ríos tempestuosos. Se quitó el casco y aspiró profundamente el aire vivificante. Dejó que la tierra se deslizara por entre sus dedos y se acordó de los Subregenerados en sus guaridas heladas.

Sonrió porque se había dado cuenta de que en sus ojos azules había lágrimas.

Sheila también estaba sollozando quedamente, riendo y gritando al mismo tiempo.

—¡Eric, lo ha conseguido!

Paul Avery trasladó su vista a las colinas y no dijo nada.

Hubo un cambio de color, denotador de una risa, en el aire, donde flotaba el Hijo del Sol. Unas llamas rojas relampaguearon por entre otros colores más mortecinos.

—Mira, Eric Falken —gritó el Hijo del Sol—. Detrás tuyo.

Falken se volvió... y se vio a sí mismo.

Estaba allí, de pie, con su propio cuerpo delgado embutido dentro del traje espacial, con su cara de rasgos gitanos y los rebeldes rizos de su pelo, sobre la frente. Sólo los ojos eran distintos. Seguían teniendo el mismo colorido azul pero había también leves motitas doradas, unas chispas maliciosas como las que...

—Sí —le explicó el Hijo del Sol—, una levísima partícula de mí mismo, para activar el cuerpo. Una semejanza perfecta, ¿verdad?

Un lento y angustioso escalofrío se apoderó del corazón de Falken.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Hace mucho tiempo aprendí el arte que para la mentira poseen los mortales. Sé leer en las mentes humanas. Tu plan de engañarme para fabricar este mundo y luego destruirme, fue claro para mí desde el mismo instante de su concepción.

Los vivaces colores de su risa destellaron en la atmósfera.

—¡Oh, pero la verdad es que todo esto me está haciendo disfrutar de veras!

¡Desde que construí mi propia concha no me había divertido tanto! ¿No adivinas por qué he fabricado tu doble?

Los labios de Falken estaban apretados hasta sentirlos doloridos, y sus pupilas reflejaban su remordimiento ante su propia estupidez.

—Será él quien vaya en mi nave a traer aquí a mi pueblo.

Sabía que el Hijo del Sol había leído en su torpe cerebro con tanta claridad como cualquier hiltonista psicoajustador.

Súbitamente desesperado, empuñó la daga radioactiva y pretendió dirigirla contra aquellos colores burlones. Antes de que pudiera completar el gesto se erigió un muro negro como el ébano entre Falken y el Hijo del Sol. Los rayos mortíferos que surgieron de la daga no surtieron el menor efecto, sino que, estrellándose contra el muro, se desvanecieron en el aire.

El otro Falken dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas por la nueva tierra.

Falken la vio desvanecerse en la distancia, sin moverse ni hablar, porque no había nada que hacer ni nada que decir.

El suave y perverso fuego del Hijo del Sol se esfumó también súbitamente.

—Estoy cansado —dijo—. Iré a succionar al Sol y descansaré.

Se marchó flotando. Falken lo vio alejarse, como un leve resplandor de amortiguados colores. Se desvaneció como una espiral de humo, por entre los rayos de cegadora luz.

Se produjo un relámpago cegador y una fuerte corriente de aire, al tiempo que se abría una fisura. Falken vio a la criatura, ya muy lejos, pegado a la techumbre de la bóveda celeste y latiendo aceleradamente mientras absorbía la luz del Sol.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Falken—. ¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

Luego se echó a reír, con risa nerviosa, salvaje. Permanecía de pie, con las manos pegadas a sus costados, su rostro, una máscara tallada en piedra.

—Eric —le susurró Sheila—. Por favor... debes tener valor.

Falken se sintió avergonzado de sí mismo. Intentó alejar de sí su negra desesperación con cínico fatalismo.

—De acuerdo, Sheila. Seremos héroes hasta el triste final. Avery, pon en marcha tu excelso cerebro. ¿Cómo podemos salvar a nuestro pueblo e, incidentalmente, nuestros miserables pellejos?

Avery palideció como si un frío pánico le estuviese desgarrando las entrañas.

—¡No me lo preguntes, Falken, no me lo preguntes!

—¿Por qué no? ¿Qué diablos te pasa? —Falken se interrumpió. Su expresión proclamó de pronto su terror—. Un momento, Avery —añadió—: ¿Es que quieres dar a entender que conoces un medio?

—Yo... ¡Por lo que más quieras, déjame!

—¡Conoces un medio! —continuó Falken, inexorable—. ¿Por qué no he de preguntártelo, Paul Avery? ¿Por qué no he de intentar salvar a mi pueblo?

Las doradas pupilas del otro le miraron desesperadas, retadoras, asombradas y

compasivas, todo a la vez.

—No son mi pueblo —susurró Avery.

Entonces se produjo un extraño silencio. Arco iris de mágicos colores rozaron la tierra, reflejándose en las charcas de agua. Arriba, en la bóveda de negro cristal, el Hijo del Sol latía y succionaba: Y el silencio persistía, como en la mañana de la creación del mundo.

Eric Falken dio un paso hacia delante.

—¿Quién eres? —preguntó.

La respuesta llegó en un susurro a través de la rojiza tierra.

—Miner Hilton, el hijo de Gantry.

Falken empuñó su daga, que aún pendía floja en su mano. Miner Hilton, que había sido Paul Avery, miró aquella daga y luego el rostro de su dueño, una máscara acerada le la que surgían frías y terribles llamaradas.

Se estremeció, pero no se movió ni habló.

—Conoces un medio de luchar contra este monstruo —repitió Falken, en voz baja—. Quisiera matarte... pero conoces el medio.

—¡No... no lo sé! No puedo... —Los torturados ojos dorados se centraron en Sheila Moore, con temerosa intensidad.

Falken enseñó sus blancos dientes.

—¡Vas a decírmelo, Miner Hilton! ¿Me lo dirás, verdad? ¡A causa de Sheila!

El rostro del joven Hilton estaba encendido como la llama, y a poco se tornó blanco.

Sheila lanzó un agudo grito.

—¡No, Eric! ¿No ves que está padeciendo?

Pero Falken se acordaba de Kitty, y de los niños que habían nacido y muerto sobre las heladas rocas, sin sol ni lugar donde guarecerse.

—Sheila nunca será tuya, Hilton. Y te diré una cosa: quizá no pueda obligarte a contar lo que sabes, pero en tal caso, juro por Dios vivo que te mataré con mis propias manos.

Echó hacia atrás la cabeza y se echó a reír de improviso.

—¡El hijo de Gantry Hilton... enamorado de una Subregenerada!

—¡Espera, Eric! —Sheila Moore le puso una mano en un hombro y avanzó medio paso. Luego, giró en redondo, asiendo a Miner Hilton por los hombros y le miró fijamente—. No es tan imposible, Miner Hipen. No, si lo que pienso es verdad.

Falken miraba a la joven completamente asombrado, sin poder hablar ni moverse.

Entonces, sintió desgarrarse el corazón y comprendió, con la claridad del día, que amaba a Sheila Moore.

—¿Por qué lo hiciste? —Le estaba preguntando la joven a Hilton—. ¿Y cómo?

La voz del joven Hilton sonó sin acento, desprovista de entonación. Hizo un ademán como para cogerle las manos, pero no lo hizo. En cambio, su mirada se dirigió a Falken.

—Había que hacer algo para estigmatizar a los Subregenerados. Son un obstáculo para la paz, una constante amenaza. Eric Falken es su dios, como... como dijo Sheila. Si podíamos atraparlo, el resto sería fácil. Nosotros nos cuidaríamos de su gente.

»Mi padre no podía hacerlo por sí mismo. Es ya viejo y demasiado conocido. Me envió a mí, porque yo poseo el único cerebro que puede sintonizar todos sus pensamientos. Mi padre me ha educado muy bien.

»Para que no se viera en mí al psicoajustador, mi padre me procuró un cerebro temporal. Después de haber sido aceptado como refugiado, establecí contacto con él.

—Contacto mental —repitió Falken—. Era esto, ¿eh? Por esto siempre estabas agotado, y por esto yo no podía eludir la persecución.

—Continúa —le instó Sheila.

Hilton miraba ahora hacia el espacio, como sin ver.

—Casi te atrapé en Lonsangles, Falken, pero fuiste demasiado rápido para los Guardias.

Luego, cuando nos vimos acorralados en Mercurio, intenté hacerte dormir. Era también yo quien estaba guiando a aquellas naves. Pero me hallaba demasiado agotado, y tú y Sheila supisteis dominar la situación. Después, ya estuvimos demasiado cerca del Sol, y mis ondas cerebrales ya no llegaban hasta las naves.

Miró a Falken y luego de nuevo a Sheila.

—No sabía que hubiese personas como vosotros —susurró—. No sabía que los seres humanos pudiesen experimentar impresiones y tener sentimientos... y luchar por ellos. En mi mundo, nadie quiere nada, nadie pelea por nada, ni lo intenta... Y temo que yo carezco de poder.

Las verdes pupilas de Sheila se posaron en el joven, insinuante.

—¡Abandona tu mundo! —le dijo—. Ya ves que está en un error. Ayúdanos a edificar de nuevo el nuestro.

En aquel instante, Falken comprendió lo que ella estaba haciendo. Se sintió lleno de admiración, y de alegría porque a la joven no parecía importarle Hilton... aunque luego experimentó ciertas dudas, por si estaba equivocado.

Miner Hilton cerró los ojos. Dio un paso hacia atrás, y de repente estuvo empuñando su daga.

—No puedo —susurró. Tenía los labios casi blancos—. ¡Mi padre me ha educado! ¡Confía en mí! ¡Y yo creo en él...! ¡Y debo volver con él!

Hilton miró hacia el Hijo del Sol, aún succionando la luz solar.

—Los Subregenerados ya no volverán a molestarnos.

Levantó la daga a la altura de su hombro.

Fue entonces cuando Falken recordó que la suya estaba vacía. La dejó caer y saltó.

Chocó pesadamente contra Hilton, con las manos dirigidas hacia la daga mortífera. Pero Hilton también era recio y duro.

Rodó por el suelo, hasta que, con un hábil movimiento, logró golpear con la daga

a Falken sobre la sien. Falken quedó sobre el suelo fangoso, sangrando, casi sin sentido.

—¿Por qué no me has matado, Hilton? —Aún tuvo fuerzas para preguntar.

Hilton desvió la mirada de Falken a Sheila. De pronto, dejó que la daga se escurriese de entre sus dedos. Se tapó el rostro con ambas manos y empezó a temblar en silencio.

—Esto lo demuestra —le dijo Falken, con curiosa amabilidad—, hay que tener fe en algo, y matar o morir por ella.

—¡Sheila! —susurró Hilton. La joven sonrió y le besó, mientras Falken desviaba ominosamente la mirada, enjugándose la sangre de su rostro.

Hilton cogió de pronto el casco de su traje espacial. Habló de prisa, en un murmullo.

—El Hijo del Sol crea con la fuerza de su mente. Entiende por telequinesia, el control de la básica fuerza del Universo mediante el pensamiento, tal como lo entendían los hombres sabios de nuestro mundo. Los hombres que andaban sobre el agua, movían montañas y curaban a los enfermos.

—Sólo podemos atacarle a través de su mente. Intentaremos debilitar su fuerza pensante, destruyendo todo lo que envíe contra nosotros.

Sus dedos estaban atareados con la radio del casco, con que se hallaban provistos todos los vestidos espaciales, y con la cajita de útiles, usando cables, piezas de recambio y herramientas.

—Ya está —dijo, al fin—. Ahora, el tuyo.

Falken le entregó el casco.

—¿No sabe el Hijo del Sol lo que estamos haciendo? —preguntóle.

Hilton meneó su rubia cabeza.

—Ahora está débil. No pensara en nosotros hasta que esté bien nutrido. Quizá, dentro de dos horas.

—¿Puedes leer sus pensamientos? —se interesó Falken.

—Un poco —reconoció Hilton, y Sheila se echó a reír suavemente.

Hilton trabajaba febrilmente. Falken veía sus dedos entretejiendo una tupida red de cables entre los tres cascos, para luego desplazar y cambiar, buscar el tono y ajustarlo.

Vio también cómo el Hijo del Sol seguía succionando la energía lumínica del Sol. Y vio también a Sheila Moore que contemplaba a Miner Hilton con pupilas verdes, resplandecientes.

No supo nunca el tiempo transcurrido. Pero sí se dio cuenta de que el Hijo del Sol lanzó un suspiro, convertido en destello de luz, y comenzó a flotar hacia abajo. La fisura se cerró en la techumbre. Sheila suspendió su respiración.

Hilton se puso de pie.

—He hecho cuanto he podido —explicó, apresuradamente—. Es un trabajo tosco, pero las baterías son resistentes. Los cascos captarán y amplificarán los impulsos de

energía de nuestros cerebros. Radiaremos un solo impulso negativo, opuesto a cada idea del Hijo del Sol.

»Permanezcamos juntos, porque si los cables se rompen al movernos, perderíamos fuerza, y vamos a necesitar toda la que podamos acumular para vencer a esa salvaje criatura.

Falken se ciñó el casco. Los diminutos discos de cobre, recortados de la lámina de la cajita de herramientas y soldados a los cables se ajustaron a sus sienes. A través del portillo de la visión, podía distinguir la maraña de cables que salían de los tres cascos en medio de un enrejillado y un condensador, y también la alargada forma de una antena direccional.

—Concentraos en la partícula NO —les recomendó Hilton.

Falken contemplaba la nubosidad flotante que venía hacia ellos.

—No será fácil concentrarse —gruñó.

Las pupilas de Sheila denotaban coraje y decisión, mirando aquellas llamaradas vivientes y esponjosas. La cara de Hilton quedaba oculta por el casco.

—Conectad las radios —ordenó.

La fuerza zumbó en las baterías. Falken sintió un súbito impacto en su cerebro.

El Hijo del Sol se estaba aproximando. Estaba callado, y Falken intuyó que la corriente eléctrica de su casco estaba destruyendo sus pensamientos.

Los tres se cogieron de las manos. Falken sintió que su cerebro emitía un impulso, como una señal de radio, oponiendo su negativa a la idea positiva del Hijo del Sol.

Falken permanecía, como los otros, sobre el esponjoso suelo. A ambos lados se elevaban plantas de color oscuro, formando una impenetrable maleza de formas geométricas que le hacían titubear con una sensación de distorsión espacial.

Sobre su cabeza, en el cielo de color verde mar, tres diminutos soles giraban en órbitas excéntricas en torno a un centro común. El aire olía a una especie de putrefacción que no era animal ni vegetal.

Falken estaba completamente en silencio, empleando toda su fuerza mental en aquella única negativa.

La maleza geométrica se balanceó momentáneamente. Vertiginosamente, por entre las órbitas de los tres soles, apareció el Hijo del Sol, rojo de cólera y extrañeza.

El paisaje volvió a afirmarse. Y el suelo comenzó a moverse.

Se agrietaba en pequeñas hendiduras bajo los pies de Falken. El olor a podredumbre era tan pesado como el aceite. Sheila y Hilton parecían distantes e irreales, ocultos sus rostros por los cascos.

Falken les asió con más fuerza y obligó a su cerebro a aplicarse a su tarea. Sabía cuál era. La reproducción de otro mundo, un recuerdo de la juventud del Hijo del Sol. Si pudiesen permanecer unidos, sin dejarse vencer por aquellos extraños recuerdos...

Sintió que la tierra se levantaba, y adivinó que el Hijo del Sol había forjado su creación del suelo de la caverna.

La tierra comenzó a replegarse sobre sí misma bajo sus pies.

Durante una fracción de segundo, Falken divisó el auténtico mundo que yacía debajo, mientras el Hijo del Sol flotaba en su irisada luminosidad.

Estaba iracundo. Falken lo adivinó por su colorido. Luego, de repente, la ira fue ahogada con un torbellino de motas doradas.

Ahora estaba riendo. El Hijo del Sol estaba riendo.

Falken luchó contra un desesperado deseo. Temía caer. Oyó un grito de Sheila. El mundo volvió a cerrarse.

Sheila Moore le miró entre dos balanceantes árboles.

Falken no la había soltado. Pero entre ambos se interponían las ramas de aquellos árboles, que parecían animados de vida propia y que la estrechaban, desgarrando su vestido espacial. La joven chilló.

Falken lanzó un juramento y avanzó. Algo le retuvo. Luchó para soltarse, impulsado por el grito de agonía de Sheila.

Algo le golpeó débilmente. Sintió un agudo choque en su casco. Cayó, vacilando, y las ramas hambrientas de los arbustos le separaron de la muchacha.

Sheila estaba allí, enseñando su esbelto cuerpo por entre los desgarrones de su vestido espacial, y se reía.

Vio a Miner Hilton arrastrándose por aquel suelo viviente, en dirección a la figura que parecía ser Sheila, mientras también reía, brillantes los ojos con chispas doradas.

El alma de Falken se vio inmersa en una inmensa oscuridad. Dio media vuelta. Sheila Moore estaba acurrucada en el mismo sitio en que él la había soltado, en su lucha por librarla de los árboles.

La ayudó a levantarse.

—¿Pueden unirse estos cables rotos? —le preguntó a Miner Hilton.

El aludido meneó la cabeza. La contemplación de aquel estropicio pareció serenarle un tanto.

—No —dijo—. Es demasiado grande.

—Entonces, estamos perdidos —Falken giró su amargo rostro hacia el cielo verdoso, alzó un puño inútil y lo amenazó. Luego, se quedó callado, mirando a los otros dos.

—Es el final ¿verdad? —musitó Sheila Moore.

Falken asintió.

—Yo no estoy asustado —intervino Miner Hilton. Contempló los árboles que pendían sobre ellos, al acecho, y volvió a sacudir la cabeza—. No lo entiendo. Ahora que sé que voy a morir, no estoy asustado.

Los verdes ojos de Sheila eran suaves y cálidos. Besó a Hilton, larga, tiernamente, en los labios.

Falken se volvió de espaldas y dirigió su vista a los retorcidos árboles. No parecía verlos. Y tampoco pensaba en los Subregenerados y el mundo que había conquistado y vuelto a perder.

La mano de Sheila le rozó.

—Eric... —susurróle.

Sus ojos eran profundos, gloriosamente verdes. Su delgado, macilento rostro tenía la helada belleza de la nieve tallada por el viento. Levantó los brazos y sonrió.

Falken la abrazó y enterró su rostro en aquella masa de dorados cabellos.

—¿Cómo lo supiste —murmuró—. Cómo supiste que te amaba?

—Lo sabía.

—¿Y Hilton?

—No me ama, Eric. Ama lo que yo represento. Y además... esto puedo confesártelo porque voy a morir, te amo desde la primera vez que te vi. Te amo más que a Tom, y hubiese muerto por él.

Las hambrientas ramas de los árboles casi les alcanzaban, aún demasiado cortas. Bajo sus pies brotaban los vástagos. Pero Falken se olvidó de todo, de los árboles, de aquella extraña existencia, de los soles en sus órbitas no eran más que monstruosos sueños, y del Hijo del Sol que los dominaba.

Durante aquel último instante fue feliz, feliz como no lo había sido desde la pérdida de Kitty.

Dio media vuelta y le sonrió a Hilton, y de su rostro desapareció el aspecto lobuno de enojo.

—Quizás ella esté en lo cierto con respecto a mí —dijo Hilton—. No lo sé. Hay tantas cosas que ignoro... Lamento no poder vivir para llegar a conocerlas.

—Todos lo lamentamos —asintió Falken. Una súbita llamarada inflamó sus pupilas—. ¡Esperad un instante! —susurró—. Puede haber una oportunidad.

Habló atropelladamente, apremiado por la urgencia de la situación, mientras las plantas crecían en torno a sus pies.

—Dijiste que sólo puede atacársele a través de su mente. Pero puede haber otros medios. Sus recuerdos, su orgullo...

Levantó su rostro surcado de cicatrices hacia lo alto y voceó:

—¡Hijo del Sol, óyeme! ¡Nos has vencido! ¡Adelante, mátanos! Pero recuerda esto. Eres un hijo del Sol, y nosotros sólo somos unos gorgojos humanos, pequeños gusanos terrestres, miserables en nuestra debilidad y nuestro temor.

»¡Pero somos más grandes que tú! ¡Siempre, eternamente, seremos más grandes que tú!

Los árboles hicieron una pausa en su retorcimiento, los vástagos del suelo detuvieron su crecimiento. Leve, muy levemente, el paisaje se bamboleó. La voz de Falken se elevó hasta ser un chillido.

—¡Eres un hijo del Sol! ¡Y tenías a la galaxia como un juguete, lo mismo que todas las vastas profundidades del espacio! ¿Y qué has hecho? Te has encerrado a ti mismo, como un cobarde, en una tumba negra, y has perdido toda tu grandeza con las travesuras de un chiquillo perverso.

»Te asustaste de tu destino. Fuiste demasiado débil para tu propia fuerza.

Nosotros hemos luchado contigo, nosotros, pobres despojos humanos, y nuestra fortaleza ha sido tan grande que has tenido que vencernos gracias a un desdichado truco, desprovisto de talento.

»¡Hijo del Sol, puedes leer en nuestras mentes! Lee, pues. ¡Y ve si te tememos! ¡Y ve si te respetamos, a ti, que te ufanas de tu parentesco y sueñas sueños de perdida gloria, y te escondes en un oscuro agujero como una rata amedrentada!

Por un terrible momento, el extraño mundo se quedó ahogado en un vivo fulgor escarlata... a causa de una tan viva cólera, que casi era tangible. Luego se agrisó y decayó, y Falken pudo ver el rostro de Sheila, sereno y sonriente, y los dedos de Hilton enlazados a los de ella.

El suelo cayó de repente. Los borrosos árboles se marchitaron contra un cielo descolorido, y los soles se convirtieron en una sombra de ébano. Falken sintió tierra auténtica bajo sus pies. El olor a podrido habíase desvanecido.

Falken levantó la vista. El Hijo del Sol flotaba por encima de sus cabezas, bajo la rocosa bóveda. Estaban de regreso a la caverna.

La voz del Hijo del Sol le habló a su cerebro, y sus fulgores era ahora de un color carmesí, tamizado.

—¿Qué es lo que has dicho, humano?

—Lee en mi cerebro. Has arrojado lejos de ti tu grandeza. Comparados contigo somos miserables criaturas, pero hemos sabido conservar nuestra ínfima grandeza. Nos has vencido, pero esta victoria debe avergonzarte, porque un Hijo del Sol no debería dignarse luchar contra nosotros, míseros, abyectos seres humanos.

El colorido carmesí resplandeció, tornándose un maligno fuego entre cuyas llamaradas era visible la cólera del Hijo del Sol. Falken sintió que la muerte penetraba en sus entrañas, de la mano de aquel fuego. Pero lo afrontó con ojos amargos, burlones, y se sorprendió al comprobar que, efectivamente, no tenía ya temor alguno.

Y el fuego de violencia escarlata volvió a adquirir la suave tonalidad carmesí, que a su vez fue amortiguándose hasta convertirse en un malva triste, desangelada.

—Tienes razón —susurró el Hijo del Sol—. Y me siento avergonzado.

Las brasas del extinguido fuego aún se avivaron levemente.

—Creo que lo empecé a comprender cuando me combatisteis con tanto denuedo y valentía. Tú, Falken, que permitiste que tu amor te traicionase, y luego apuntaste tu puño hacia mí. Podría matarte, pero no podría quebrantarte. Me hiciste recordar...

En el mismo núcleo del Hijo del Sol se agitó un relámpago escarlata, signo de orgullo.

—Soy un hijo del Sol, y tengo la galaxia para jugar con ella. Y estuve a punto de olvidarlo. Quise olvidarlo porque sabía que lo que hacía era vergonzoso, maligno, perverso. Pero tú, Falken, no me has permitido olvidarlo. Me has obligado a mirar y a comprender.

»¡Me has hecho recordar! ¡Recordar...! Soy muy viejo. Pronto moriré, en el

espacio libre. Pero quiero ver el Sol sin velo alguno, y jugar de nuevo entre las estrellas. El ansia me ha robado muchos iones, pero estaba asustado... ¡temeroso de la muerte!

»Acepta este mundo, como pago del dolor que os he causado. Mi criatura regresará aquí en tu nave, Falken, y se desvanecerá en el momento de aterrizar. Y ahora...

El resplandor escarlata se consumió en sí mismo. Se produjo un gozoso estallido de chispas doradas. El Hijo del Sol se estremeció, y sus diminutas llamas esponjosas eran llamaradas de gloria, los corazones de los ópalos nacidos del Sol.

El Hijo del Sol se elevó en medio de un arco iris, cada vez más alto, envuelto en una nube de luminosidad viviente, hacia el negro cristal de la bóveda.

Una vez más se produjo un cegador resplandor y una intensa corriente de aire.

Débilmente, en el cerebro de Falken, una voz exclamó:

—¡Gracias, humano! ¡Gracias por despertarme de mi agonizante sueño!

Hubo un último relámpago de luz en el aire. El Hijo del Sol había desaparecido hacia el espacio, y el intenso fuego del Sol y el techo de roca era todo lo que quedaba.

Tres silenciosas personas estaban de pie sobre la tierra rojiza de un mundo nuevo.



Leigh Douglass Brackett (Los Ángeles, 7-12-1915 / Lancaster, 18-3-1978) fue una autora de novelas de ciencia ficción y negra.

Publicó de forma regular durante quince años en Planet Stories, con un total de diecisiete historias durante la existencia de la revista.

También fue guionista, conocida por sus trabajos en películas como The Big Sleep (1946), Río Bravo (1959), The Long Goodbye (1973) y The Empire Strikes Back (1980).

Leigh Brackett tuvo tres amores: las obras de Edgar Rice Burroughs, su marido Edmond Hamilton y el planeta Marte. Y todo esto lo combinó de forma perfecta en La espada de Rhiannon, en la que el entorno marciano se asemeja a los paisajes desérticos y románticos que la imaginación occidental recreaba a principios del siglo xx. Son Jekkara, Valkis y Barrakesh (sí, como Marrakech), que recuerdan los escenarios de algunos cuentos de Robert E. Howard. Es un medievalismo tanto en las apariencias como en los valores, en el que Brackett incluía seres imposibles, tipos alados, acuáticos, o con curiosas pigmentaciones cromáticas en su piel, pero siempre humanoides. En realidad, es una obra que pertenece más por la temática a la fantasía que a la ciencia ficción.